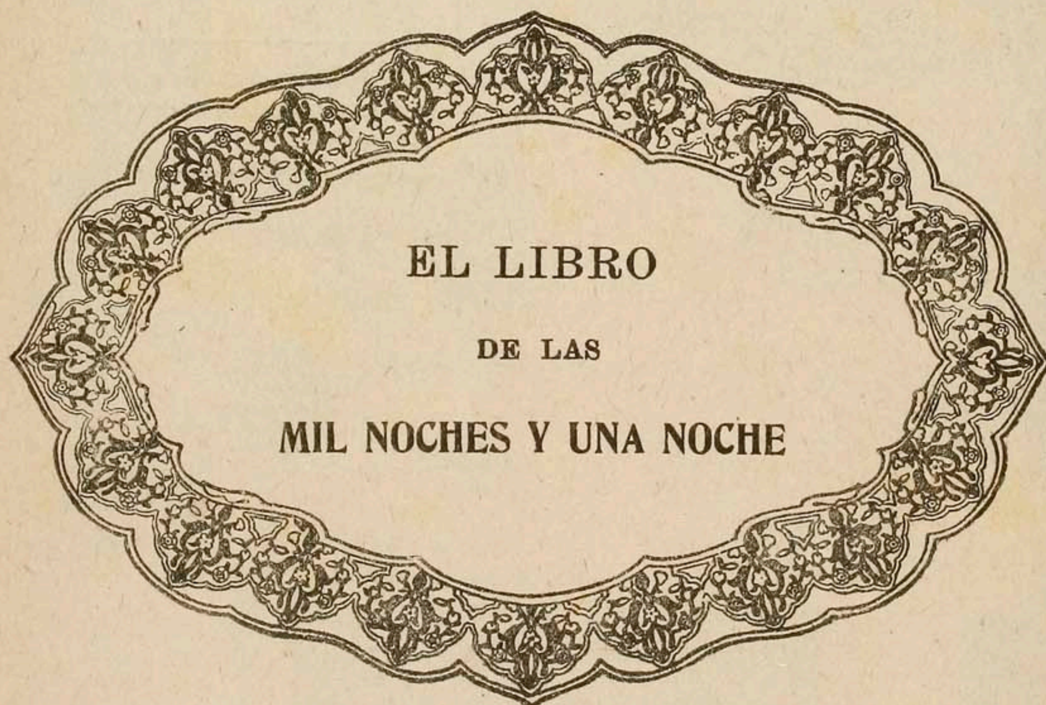
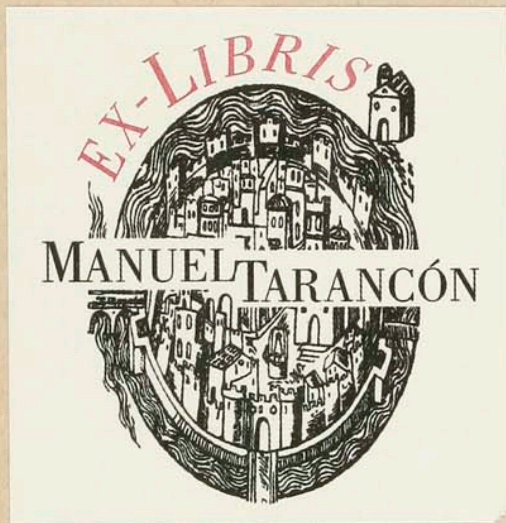
EL LIBRO DE LAS MIL NOCHES Y UNA NOCHE



LIBROS CÉLEBRES
ESPAÑOLES
Y EXTRANJEROS

Director literario: V. Blasco Ibáñez


EL LIBRO
DE LAS
MIL NOCHES Y UNA NOCHE


EX-LIBRIS
MANUEL TARANCÓN



EL LIBRO

DE LAS

MIL NOCHES Y UNA NOCHE

TRADUCCIÓN DIRECTA Y LITERAL DEL ÁRABE POR EL

Doctor J. C. MARDRUS

Versión española de VICENTE BLASCO IBAÑEZ

PRÓLOGO DE E. GÓMEZ CARRILLO

TOMO NOVENO

Historia de las seis jóvenes de distintos colores. —Historia prodigiosa de la ciudad de bronce.— De Ibn Al-Mansur y los dos jóvenes.—De Wardán el carnicero y de la hija del visir.—De la reina Yamlika, princesa subterránea.—El parterre florido del ingenio y el jardín de la galantería.

PROMETEO

SOCIEDAD EDITORIAL

Germanías, 33.—VALENCIA

A NUESTRO

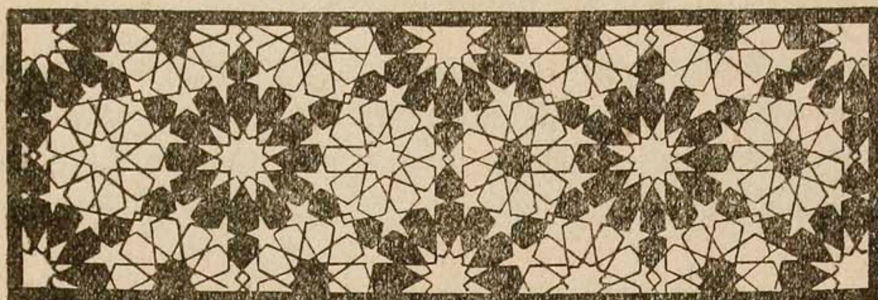
ENRIQUE DE RÉGNIER

J'ai longtemps animé avec mes flûtes justes

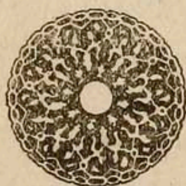
. . . .

(LOS JUEGOS RÚSTICOS Y DIVINOS)

J. C. M.



HISTORIA DE LAS SEIS JÓVENES DE DISTINTOS COLORES



Cuentan que un día entre los días el Emir de los Creyentes El-Mamún tomó asiento en el trono que había en la sala de su palacio, é hizo que se congregaran entre sus manos, además de sus visires, á sus emires y á los principales jefes de su imperio, á todos los poetas y á cuantas gentes de ingenio delicioso se contaban entre sus íntimos. Por cierto que el más íntimo entre los más íntimos reunidos allí era Mohammad El Bassri. Y el califa El-Mamún se encaró con él y le dijo: «¡Oh Mohammad, tengo deseos de oirte ahora contar alguna historia nunca oída!» El aludido contestó: «¡Fácil es complacerte, ¡oh Emir de los Creyentes! Pero ¿quieres de mí una historia oída con mis orejas, ó prefieres el relato

de un hecho que yo presenciara y observara con mis ojos?» Y dijo El-Mamún: «¡Me da lo mismo, ¡oh Mohammad! ¡Pero quiero que sea de lo más maravilloso!» Entonces dijo Mohammad El-Bassri:

«Sabe ¡oh Emir de los Creyentes! que en estos últimos tiempos conocí á un hombre de fortuna considerable, nacido en el Yamán, que dejó su país para venir á habitar en Bagdad, nuestra ciudad, con objeto de llevar en ella una vida agradable y tranquila. Se llamaba Alí El-Yamani. Y como al cabo de cierto tiempo encontró las costumbres de Bagdad absolutamente de su gusto, hizo venir del Yamán todos sus efectos, así como su harem, compuesto de seis jóvenes esclavas, hermosas cual otras tantas lunas.

La primera de estas jóvenes era blanca, la segunda morena, la tercera gruesa, la cuarta delgada, la quinta rubia y la sexta negra. Y en verdad que las seis alcanzaban el límite de las perfecciones, avalorando su espíritu con el conocimiento de las bellas letras y sobresaliendo en el arte de la danza y de los instrumentos armónicos.

La joven blanca se llamaba...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 332.ª NOCHE

Ella dijo:

La joven blanca se llamaba Cara-de-Luna; la morena se llamaba Llama-de-Hoguera; la gruesa, Luna-Llena; la delgada, Hurí-del-Paraíso; la rubia, Sol-del-Día; la negra, Pupila-del-Ojo.

Un día feliz, Alí El-Yamaní, con la quietud disfrutada por él en la deleitosa Bagdad, y sintiéndose en una disposición de espíritu mejor aún que de ordinario, invitó á sus seis esclavas á un tiempo á ir á la sala de reunión para acompañarle, y á pasar el rato bebiendo, departiendo y cantando con él. Y las seis se le presentaron en seguida, y con toda clase de juegos y diversiones se deleitaron juntos infinitamente.

Cuando la alegría más completa reinó entre ellos, Alí El-Yamaní cogió una copa, la llenó de vino, y volviéndose hacia Cara-de-Luna, le dijo: «¡Oh blanca y amable esclava! ¡oh Cara-de-Luna! ¡déjanos oir algunos acordes delicados de tu voz encantadora!» Y la esclava blanca, Cara-de-Luna, cogió un laúd, templó sus sonidos y ejecutó algunos preludios en sordina que hicieron bailar á las piedras y levantarse los brazos. Y después se acom-

pañó el canto con estos versos que hubo de improvisar:

¡Esté lejos ó cerca, el amigo que tengo ha impreso para siempre su imagen en mis ojos, y para siempre ha grabado su nombre en mis miembros fieles!

¡Para acariciar su recuerdo, me convierto por completo en un corazón, y para contemplarle, me convierto completamente en un ojo!

El censor que me reconviene de continuo me ha dicho: «¿Olvidarás por fin ese amor inflamado?» Y yo le digo: «¡Oh censor severo, déjame y vete! ¿No ves que te alucinas pidiéndome lo imposible?»

Al oir estos versos, el dueño de Cara-de-Luna se conmovió de gusto, y después de haber mojado los labios en la copa, se la ofreció á la joven, que se la bebió. La llenó él por segunda vez, y con ella en la mano se volvió hacia la esclava morena, y le dijo: «¡Oh Llama-de-Hoguera, remedio de las almas! ¡procura, sin besarme, hacerme oir los acentos de tu voz, cantando los versos que te plazcan!» Y Llama-de-Hoguera cogió el laúd y lo templó en otro tono, y preludió con unos tañidos que hacían bailar á las piedras y á los corazones, y en seguida cantó:

¡Lo juro por esa cara querida! ¡Te quiero, y á nadie más que á ti querré hasta morir! ¡Y nunca haré traición á tu amor!

¡Oh rostro brillante que la belleza envuelve con sus velos, á los más bellos seres enseñas lo que puede ser una cosa bella!

¡Con tu gentileza has conquistado todos los corazones, pues eres la obra pura salida de manos del Creador!

Al oir estos versos, el dueño de Llama-de-Hoguera se conmovió de gusto, y después de haber mojado los labios en la copa, se la ofreció á la joven, que se la bebió. La llenó él entonces otra vez, y con ella en la mano se volvió hacia la esclava gruesa, y le dijo: «¡Oh Luna-Llena, pesada en la superficie, pero de sangre tan simpática y ligera! ¿quieres cantarnos una canción de hermosos versos claros como tu carne?» Y la joven gruesa cogió el laúd y lo templó, y preludió de tal modo, que hacía vibrar las almas y las más duras rocas, y tras de algunos gratos murmullos, cantó con voz pura:

¡Si yo pudiera lograr agradarte, objeto de mi deseo, desafiaría á todo el universo y á su ira, sin aspirar á otro premio que tu sonrisa!

¡Si hacia mi alma que suspira avanzaras con tu altivo paso cimbreante, todos los reyes de la tierra desaparecerían sin que yo me enterase!

¡Si aceptaras mi humilde amor, mi dicha sería pasar á tus pies toda mi vida, ¡oh tú hacia quien convergen los atributos y adornos de la belleza!

Al oir estos versos, el dueño de la gruesa Luna-Llena se conmovió de gusto, y después de haber mojado los labios en la copa, se la ofreció á la joven, que se la bebió. Entonces la llenó él otra vez, y con ella en la mano se volvió hacia la esclava delgada, y le dijo: «¡Oh esbelta Hurí-del-Paraíso! ¡ahora te toca á ti proporcionarnos el éxtasis con hermosos cantos!» Y la esbelta joven se inclinó hacia el laúd, como una madre hacia su hijo, y cantó los siguientes versos:

¡Extremado es mi ardor por ti, y lo iguala tu indiferencia! ¿Dónde rige la ley que aconseja sentimientos tan opuestos?

¿En casos de amor, hay un Juez supremo para recurrir á él? ¡Dejaría á ambas partes iguales, dando el exceso de mi ardor al amado, y dándome á mí el exceso de su indiferencia!

Al oir estos versos, el dueño de la delgada y esbelta Hurí-del-Paraíso se conmovió de gusto, y después de haber mojado los labios en la copa, se la ofreció á la joven, que se la bebió. Después de lo cual la llenó él otra vez, y con ella en la mano se volvió hacia la esclava rubia, y le dijo...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 333.ª NOCHE

Ella dijo:

...se volvió hacia la esclava rubia, y le dijo: «¡Oh Sol-del-Día, cuerpo de ámbar y oro! ¿quieres bordarnos más versos sobre un delicado motivo de amor?» Y la rubia joven inclinó su cabeza de oro hacia el sonoro instrumento, cerró á medias sus ojos claros como la aurora, preludió con algunos acordes melodiosos, que hicieron vibrar sin esfuerzo las almas y los cuerpos por dentro como por fuera, y tras de haber iniciado los transportes con un principio no muy fuerte, dió á su voz, tesoro de los tesoros, su mayor arranque y cantó:

¡Cuando me presento ante él, el amigo que tengo
Me contempla y asesta á mi corazón
La cortante espada de sus miradas!
Y yo le digo á mi pobre corazón atravesado: ¿Por qué no quieres curar tus heridas?
¿Por qué no te guardas de él?
¡Pero mi corazón no me contesta, y cede siempre á la inclinación que le arrastra hacia debajo de los pies del amado!

Al oir estos versos, el dueño de la esclava rubia

Sol-del-Día se conmovió de gusto, y después de haber mojado sus labios en la copa, se la ofreció á la joven, que se la bebió. Tras de lo cual la llenó él otra vez, y con ella en la mano se volvió hacia la esclava negra, y le dijo: «¡Oh Pupila-del-Ojo, tan negra en la superficie y tan blanca por dentro! ¡tú, cuyo cuerpo lleva el color del luto y cuyo rostro cordial causa la dicha de nuestros umbrales, di algunos versos que sean maravillas tan rojas como el sol!»

Entonces la negra Pupila-del-Ojo cogió el laúd y tocó variantes de veinte maneras diferentes. Después de lo cual volvió á la primera música y entonó esta canción que cantaba á menudo, y que había compuesto al modo impar:

¡Ojos míos, dejad correr abundantemente las lágrimas, pues ha sido asesinado mi corazón por el fuego de mi amor!

¡Todo este fuego que me abrasa, toda esta pasión que me consume, se los debo al amigo cruel que me hace languidecer, al cruel que constituye la alegría de mis rivales!

¡Mis censores me reconvienen y me animan á renunciar á las rosas de sus mejillas floridas!

Pero ¿qué voy á hacer si tengo el corazón sensible á las flores y á las rosas?

¡Ahora, he aquí la copa de vino que circula allá lejos!

¡Y los sonidos de la guitarra invitan al placer á

nuestras almas, y á la voluptuosidad á nuestros cuerpos!...

¡Pero á mí no me gusta mas que su aliento!

¡Mis mejillas ¡ay de mí! están marchitas por el fuego de mis deseos! Pero ¡qué me importa! ¡He aquí las rosas del paraíso: sus mejillas!

¡Qué me importa, puesto que le adoro! ¡A no ser que mi crimen resulte demasiado grande por querer á la criatura!

Al oir estos versos, el dueño de Pupila-del-Ojo se conmovió de gusto, y después de mojar los labios en la copa, se la ofreció á la joven, que se la bebió.

Tras de lo cual, las seis se levantaron á un tiempo, y besaron la tierra entre las manos de su amo, y le rogaron que les dijera cuál le había encantado más y qué voz y versos le habían sido más gratos. Y Alí El-Yamaní se vió en el límite de la perplejidad, y estuvo contemplándolas mucho rato, admirando sus hechizos y sus méritos con miradas indecisas, y pensaba en su interior que sus formas y colores eran igualmente admirables. Y acabó por decidirse á hablar, y dijo:

»¡Loor á Alah, el Distribuidor de gracias y belleza, que me ha dado en vosotras seis mujeres maravillosas, dotadas de todas las perfecciones! Pues bien; declaro que os prefiero á todas por igual, y que no puedo faltar á mi conciencia otorgando á una de vosotras la supremacía! ¡Ve-

nid, pues, corderas mías, á besarme todas á un tiempo!»

Al oir estas palabras de su amo, las seis jóvenes se echaron en sus brazos, y durante una hora le hicieron mil caricias, á las que correspondió él.

Y luego las formó en corro ante sí, y les dijo: «¡No he querido cometer la injusticia de determinar mi elección de una de vosotras, concediéndole la preferencia entre sus compañeras. Pero lo que no he hecho yo, podéis hacerlo vosotras. Todas estáis versadas igualmente en la lectura del Korán y en la literatura; habéis leído los anales de los antiguos y la historia de nuestros padres musulmanes; por último, estáis dotadas de elocuencia y dicción maravillosas. Quiero, pues, que cada cual se prodigue las alabanzas que crea merecer; que realce sus artes y cualidades y rebaje los hechizos de su rival. De modo que la lucha ha de trabarse, por ejemplo, entre dos rivales de colores ó formas diferentes, entre la blanca y la negra, la gruesa y la delgada, la rubia y la morena; pero en esa lucha no se han de usar más armas que las máximas hermosas, las citas de sabios, la autoridad de los poetas y el auxilio del Korán...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 334.ª NOCHE

Ella dijo:

»...la autoridad de los poetas y el auxilio del Korán.» Y las seis jóvenes contestaron oyendo y obedeciendo, y se aprestaron á la lucha encantadora.

La primera que se levantó fué la esclava Cara-de-Luna, que hizo seña á la negra Pupila-del-Ojo para que se pusiera delante de ella, y en seguida dijo:

«¡Oh negra! en los libros de los sabios se dice que habló así la Blancura: «¡Soy una luz esplendorosa! ¡Soy una luna que se alza en el horizonte! ¡Mi color es claro y evidente! Mi frente brilla con el resplandor de la plata. Y mi belleza inspiró al poeta, que ha dicho:

¡La blanca, de mejillas finas, suaves y pulidas, es una bellísima perla, esmeradamente guardada!

¡Es derecha como la letra aleph; *la letra* mim *es su boca; sus cejas son dos* nuns *al revés, y sus miradas son flechas que dispara el arco formidable de sus cejas!*

¡Pero si quieres conocer sus mejillas y su cintura, he de decirte: Sus mejillas, hojas de rosa, flores de arrayán y narcisos. Su cintura, una tierna rama flexible que se balancea con gracia en el jardín, y por la cual se daría todo el jardín y sus vergeles!

»Pero prosigo, ¡oh negra!

»Mi color es el color del día; también es el color de la flor de azahar y de la estrella de la mañana.

»Sabe que Alah el Altísimo, en el Libro venerado, dijo á Musa (¡con él la plegaria y la paz!), quien tenía la mano cubierta de lepra: «¡Métete la mano en el bolsillo, y cuando la saques la encontrarás blanca, ó sea pura é intacta!»

»También está escrito en el Libro de nuestra fe: «¡Los que hayan sabido conservar la cara blanca, es decir, indemne de toda mancha, serán de los elegidos por la misericordia de Alah!»

»Por lo tanto, mi color es el rey de los colores, y mi belleza es mi perfección, y mi perfección es mi belleza.

»Los trajes ricos y las hermosas preseas sientan bien siempre á mi color y hacen resaltar más mi esplendor, que subyuga almas y corazones.

»¿No sabes que siempre es blanca la nieve que cae del cielo?

»¿Ignoras que los creyentes han preferido la muselina blanca para la tela de sus turbantes?

»¡Cuántas más cosas admirables podría decirte acerca de mi color! Pero no quiero extenderme más hablando de mis méritos, pues la verdad es evidente por sí misma, como la luz que hiere la mirada. ¡Y además, quiero empezar á criticarlo ahora mismo, ¡oh negra, color de tinta y de estiércol, limadura de hierro, cara de cuervo, la más nefasta de las aves!

»Empieza por recordar los versos del poeta que hablan de la blanca y la negra:

¿No sabes que el valor de una perla depende de su blancura, y que un saco de carbón apenas cuesta un dracma?

¿No sabes què las caras blancas son de buen agüero y ostentan la señal del paraíso, mientras làs caras negras no son mas que pez y alquitrán, destinados á alimentar el fuego del infierno?

»Sabe también que según los anales de los hombres justos, el santo Nuh se durmió un día, estando á su lado sus dos hijos Sam y Ham. Y de pronto se levantó una brisa que le remangó la ropa y le dejó las interioridades al descubierto. Al ver aquello, Ham se echó á reir, y como le divertía el espectáculo—pues Nuh, segundo padre de los hombres, era muy rico en rigideces suntuosas—, no quiso cubrir la desnudez de su padre. Entonces Sam se lenvantó gravemente, y se apresuró á taparlo todo bajando la ropa. A la sazón despertóse el venerable Nuh,

y al ver reirse á Ham, le maldijo, y al ver el aspecto serio de Sam, le bendijo. Y al momento se le puso blanca la cara á Sam, y á Ham se le puso negra. Y desde entonces, Sam fué el tronco del cual nacieron los profetas, los pastores de los pueblos, los sabios y los reyes, y Ham, que había huído de la presencia de su padre, fué el tronco del cual nacieron los negros, los sudaneses. ¡Y ya sabes, ¡oh negra! que todos los sabios, y los hombres en general, sustentan la opinión de que no puede haber un sabio en la especie negra ni en los países negros!»

Oídas estas palabras de la esclava blanca, su amo le dijo: «¡Ya puedes callar! ¡Ahora le toca á la negra!» Entonces, Pupila-del-Ojo, que había permanecido inmóvil, se encaró con Cara-de-Luna, y le dijo:

«¿No conoces, ¡oh blanca ignorante! el pasaje del Korán en que Alah el Altísimo juró por la noche tenebrosa y el día resplandeciente? Pues Alah el Altísimo, en aquel juramento, empezó por mentar la noche y luego el día, lo cual no habría hecho si no prefiriese la noche al día.

»Y además, el color negro de los cabellos y pelos, ¿no es signo y ornato de juventud, así como el blanco es indicio de vejez y del fin de los goces de la vida? Y si el color negro no fuera el más estimable de los colores...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 335.ª NOCHE

Ella dijo:

»...Y si el color negro no fuera el más estimable de los colores, Alah no lo habría hecho tan querido al núcleo de los ojos y del corazón. Por eso son tan verdaderas estas palabras del poeta:

¡Si me gusta tanto su cuerpo de ébano, es porque es joven y encierra un corazón cálido y pupilas de fuego!

¡En cuanto á lo blanco, me horroriza en extremo! ¡Escasas son las veces que me veo obligado á tragar una clara de huevo, ó á consolarme, á falta de otra cosa, con carne color de clara de huevo!

¡Pero nunca me veréis experimentar amor extremado por un sudario blanco, ó gustar de una cabellera del mismo color!

»Y dijo otro poeta:

¡Si me vuelve loco el exceso de mi amor á esa mujer negra de cuerpo brillante, no lo extrañéis, ¡oh amigos míos!

¡Pues á toda locura, según dicen los médicos, preceden ideas negras!

»Dijo asimismo otro:

¡No me gustan esas mujeres blancas, cuya piel parece cubierta de harina tamizada!

¡La amiga á quien amo es una negra cuyo color es el de la noche y cuya cara es la de la luna! ¡color y rostro inseparables, pues si no existiese la noche, no habría claridad de luna!

»Y además, ¿cuándo se celebran las reuniones íntimas de los amigos mas que de noche? ¿Y cuánta gratitud no deben los enamorados á las tinieblas de la noche, que favorecen sus retozos, les preservan de los indiscretos y les evitan censuras? Y en cambio, ¿qué sentimiento de repulsión no les inspira el día indiscreto, que los molesta y compromete? ¡Sólo esta diferencia debería bastarte, ¡oh blanca! Pero oye lo que dice el poeta:

¡No me gusta ese muchacho pesado, cuyo color blanco se debe á la grasa que le hincha; me gusta ese joven negro, esbelto y delgado, cuyas carnes son firmes!

¡Pues por naturaleza he preferido siempre como cabalgadura para el torneo de lanza, un garañón nuevo, de finos corvejones, y he dejado á los demás montar en elefantes!

»Y otro dijo:

¡El amigo ha venido á verme esta noche, y nos acostamos juntos deliciosamente! ¡La mañana nos encontró abrazados todavía!

¡Si he de pedir algo al Señor, es que convierta todos mis días en noches, para no separarme nunca del amigo!

»De modo ¡oh blanca! que si hubiera de seguir enumerando los méritos y alabanzas del color negro, faltaría á la sentencia siguiente: «¡Palabras claras y cortas valen más que un discurso largo!» Pero todavía he de añadir que tus méritos valen bien poco comparados con los míos. ¡Eres blanca, efectivamente, como la lepra es blanca, y fétida, y sofocante! Y si te comparas con la nieve, ¿olvidas que en el infierno no sólo hay fuego, sino que en ciertos sitios la nieve produce un frío terrible que tortura á los réprobos más que la quemadura de la llama? Y al compararme con la tinta, ¿olvidas que con tinta negra se ha escrito el Libro de Alah, y que es negro el almizcle preciado que los reyes se ofrecen entre sí? Por último, y por tu bien, te aconsejo que recuerdes estos versos del poeta:

¿No has notado que el almizcle no sería almizcle si no fuera tan negro, y que el yeso no es despreciable mas que por ser blanco?

¡Y en qué estimación se tiene la parte negra del ojo, mientras se hace poco caso de la blanca!

Cuando llegaba á este punto Pupila-del-Ojo, su amo Alí El-Yamaní le dijo: «Verdaderamente, ¡oh negra! y tú, esclava blanca, habéis hablado ambas de un modo excelente. ¡Ahora les toca á otras dos!»

Entonces se levantaron la gruesa y la delgada, mientras la blanca y la negra volvían á su sitio. Y aquéllas quedaron de pie una frente á otra, y la gruesa Luna-Llena se dispuso á hablar la primera.

Pero empezó por desnudarse, dejando descubiertos las muñecas, los tobillos, los brazos y los muslos, y acabó por quedarse casi completamente desnuda, de modo que realzaba las opulencias de su vientre con magníficos pliegues superpuestos, y la redondez de su ombligo umbroso, y la riqueza de sus nalgas considerables. Y no se quedó mas que con la camisa fina, cuyo tejido leve y transparente, sin ocultar sus formas redondas, las velaba de manera agradable. Y entonces, después de algunos estremecimientos, se volvió hacia su rival, la delgada Hurí-del-Paraíso, y le dijo...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 336.ª NOCHE

Ella dijo:

...Y entonces, después de algunos estremecimientos, se volvió hacia su rival, la delgada Hurí-del-Paraíso, y le dijo:

«¡Loor á Alah, que me ha creado gruesa, que ha puesto cojines en todas mis esquinas, que ha cuidado de rellenarme la piel con grasa que huele á benjuí de cerca y de lejos, y que, sin embargo, no dejó de darme como añadidura bastantes músculos para que en caso necesario pueda aplicar á mi enemigo un puñetazo que lo convierta en mermelada de membrillo.

»Ahora bien, ¡oh flaca! sabe que los sabios han dicho: «La alegría de la vida y la voluptuosidad consisten en tres cosas: ¡comer carne, montar carne y meter carne en carne!»

»¿Quién podría contemplar mis formas opulentas sin estremecerse de placer? Alah mismo, en el Libro, hace el elogio de la grasa cuando manda inmolar en los sacrificios carneros gordos, ó corderos gordos, ó terneras gordas.

»Mi cuerpo es un huerto cuyas frutas son: las granadas, mis pechos; los melocotones, mis mejillas; las sandías, mis nalgas.

»¿Cuál fué el pájaro que más echaron de menos en el desierto los Beni-Israil, al huir de Egipto? ¿No era indudablemente la codorniz, de carne jugosa y gorda?

»¿Se ha visto nunca á nadie pararse en casa del carnicero para pedir la carne tísica? ¿Y no da el carnicero á sus mejores parroquianos los pedazos más carnosos?

»Oye, además, ¡oh flaca! lo que dijo el poeta respecto á la mujer gruesa como yo:

¡Mírala andar cuando mueve hacia los dos lados dos odres balanceados, pesados y temibles en su lascivia!

¡Mírala, cuando se sienta, deja impresas, en el sitio que abandona, sus nalgas, como recuerdo de su paso!

¡Mírala bailar cuando con movimientos de caderas hace estremecerse á nuestras almas y caer nuestros corazones á sus pies!

»En cuanto á ti, ¡oh flaca! ¿á qué puedes parecerte, como no sea á un gorrión desplumado? ¿Y no son tus piernas lo mismo que patas de cuervo? ¿Y no se parecen tus muslos al palo del horno? ¿Y no es tu cuerpo seco y duro como el poste de un ahorcado?

»De ti, mujer descarnada, se trata en estos versos del poeta:

¡Líbreme Alah de verme obligado nunca á abrazar á esa mujer flaca, ni de servir de frotadero á su pasaje obstruído por guijarros!

¡En cada miembro tiene un asta que choca y se bate con mis huesos, hasta el punto de que me despierto con la piel amoratada y resquebrajada!»

Cuando Alí El-Yamaní oyó estas palabras de la gruesa Luna-Llena, le dijo: «¡Ya te puedes callar! ¡Ahora le toca á Hurí-del-Paraíso!»

Entonces la delgada y esbelta joven miró á la gruesa Luna-Llena, sonriendo, y le dijo:

«¡Loor á Alah, que me ha creado dándome la forma de la frágil rama del álamo, la flexibilidad del tallo del ciprés y el balanceo de la azucena!

»Cuando me levanto, soy ligera; cuando me siento, soy gentil; cuando bromeo, soy encantadora; mi aliento es suave y perfumado, porque mi alma es sencilla y pura de todo contacto que manche.

»Nunca he oído ¡oh gorda! que un amante alabe á su amada diciendo: «¡Es enorme como un elefante; es carnosa como alta es una montaña!»

»En cambio, siempre he oído al amante decir para describir á su amada: «Su cintura es delgada, flexible y elegante. ¡Su andar es tan ligero, que

sus pasos apenas dejan huellas! Sus juegos y caricias son discretos, y sus besos están llenos de voluptuosidad. Con poca cosa se la alimenta, y le apagan la sed pocas gotas de agua. ¡Es más ágil que el gorrión y más viva que el estornino! ¡Es flexible como el tallo del bambú! Su sonrisa es graciosa y graciosos son sus modales. Para atraerla hacia mí no necesito hacer esfuerzos. Y cuando hacia mí se inclina, inclínase delicadamente; y si se me sienta en las rodillas, no se deja caer con pesadez, sino que se posa como una pluma de ave.»

»Sabe, pues, ¡oh gorda! que yo soy la esbelta, la fina, por la cual arden los corazones todos. ¡Soy la que inspiro las pasiones más violentas y vuelvo locos á los hombres más sensatos!

»En fin, yo soy la que comparan con la parra que trepa por la palmera y que se enlaza al tronco con tanta indolencia. Soy la gacela esbelta, de hermosos ojos húmedos y lánguidos. ¡Y tengo bien ganado mi nombre de Hurí!

»En cuanto á ti, ¡oh gorda! déjame decirte las verdades...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 337.ª NOCHE

Ella dijo:

»...En cuanto á ti, ¡oh gorda! déjame decirte las verdades.

»Cuando andas ¡oh montón de grasa y carne! lo haces como el pato; cuando comes, como el elefante; insaciable eres en la copulación, y en el reposo, intratable.

»Además, ¿cuál será el hombre de zib bastante largo para llegar á tu cavidad oculta por las montañas de tu vientre y tus muslos?

»Y si tal hombre se encuentra y puede penetrar en ti, en seguida lo rechaza un envite de tu vientre hinchado.

»Parece que no te das cuenta de que, tan gorda como eres, no vales mas que para que te vendan en la carnicería.

»Tu alma es tan tosca como tu cuerpo. Tus chanzas son tan pesadas, que sofocan. Tus juegos son tan tremendos, que matan. Y tu risa es tan espantosa, que rompe los huesos de la oreja.

»Si tu amante suspira en tus brazos, apenas puedes respirar; si te besa, te encuentra húmeda y pegajosa de sudor.

»Cuando duermes, roncas; cuando velas, resuellas como un búfalo; apenas puedes cambiar de sitio; y cuando descansas, eres un peso para ti misma; pasas la vida moviendo los quijadas como una vaca y regoldando como un camello.

»Cuando orinas, te mojas la ropa; cuando gozas, inundas los divanes; cuando vas al retrete, te metes hasta el cuello; cuando vas á bañarte, no puedes alcanzarte la vulva, que se queda macerada en su jugo y revuelta en su cabellera nunca depilada.

»Si te miran por la parte delantera, pareces un elefante; si te miran de perfil, pareces un camello; si te miran por detrás, pareces un pellejo hinchado.

»En fin, seguramente fué de ti de quien dijo el poeta:

¡Es pesada como una vejiga llena de orines; sus muslos son dos estribaciones de montaña, y al andar mueve el suelo como un terremoto!

¡Si en Occidente suelta un cuesco, resuena en el Oriente todo!»

A estas palabras de Hurí-del-Paraíso, Alí El-Yamaní, su amo, le dijo: «¡En verdad ¡oh Hurí! que tu elocuencia es notoria! ¡Y tu lenguaje ¡oh Luna-Llena! es admirable! Pero ya es hora de que volváis á vuestros sitios, para dejar hablar á la rubia y á la morena.»

Entonces Sol-del-Día y Llama-de-Hoguera se levantaron, y se colocaron una enfrente de otra.

Y la joven rubia fué la primera que dijo á su rival:

«¡Soy la rubia descrita largamente en el Korán! ¡Soy la que calificó Alah cuando dijo: «¡El amarillo es el color que alegra las miradas!» De modo que soy el más bello de los colores.

»Mi color es una maravilla, mi belleza es un límite, y mi encanto es un fin. Porque mi color da su valor al oro y su belleza á los astros y al sol.

»Este color embellece las manzanas y los melocotones, y presta su matiz al azafrán. Doy sus tonos á las piedras preciosas y su madurez al trigo.

»Los otoños me deben el oro de su adorno, y la causa de que la tierra esté tan bella con su alfombra de hojas, es el matiz que fijan sobre ella los rayos del sol.

»Pero en cambio, ¡oh morena! cuando tu color se encuentra en un objeto, sirve para despreciarlo. ¡Nada tan vulgar ni tan feo! ¡Mira á los búfalos, los burros, los lobos y los perros: todos son morenos!

»¡Cítame un solo manjar en que se vea con gusto tu color! Ni las flores ni las pedrerías han sido nunca morenas.

»Ni eres blanca, ni eres negra. De modo que no se te pueden aplicar ninguno de los méritos de ambos colores, ni las frases con que se los alaba.»

Oídas estas palabras de la rubia, su amo le dijo: «¡Deja ahora hablar á Llama-de-Hoguera!»

Entonces la joven morena hizo brillar en una sonrisa el doble collar de sus dientes—¡perlas!—, y como además de su color de miel tenía formas graciosas, cintura maravillosa, proporciones armoniosas, modales elegantes y cabellera de carbón que bajaba en pesadas trenzas hasta sus nalgas admirables, empezó por realzar sus encantos en un momento de silencio, y después dijo á su rival la rubia:

«¡Loor á Alah, que no me ha hecho ni gorda deforme, ni flaca enfermiza, ni blanca como el yeso, ni negra como el polvo de carbón, ni amarilla como el cólico, sino que ha reunido en mí con arte admirable los colores más delicados y las formas más atractivas.

»Además, todos los poetas han cantado á porfía mis loores en todos los idiomas, y soy la preferida de todos los siglos y de todos los sabios.

»Pero sin hacer mi elogio, que harto hecho está, he aquí sólo algunos de los poemas escritos en honor mío:

»Ha dicho un poeta...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 338.ª NOCHE

Ella dijo:

»...Ha dicho un poeta:

¡Las morenas tienen en sí un sentido oculto! ¡Si lo adivinas, tus ojos no se dignarán mirar nunca á las demás mujeres!

¡Las encantadoras saben el arte sutil con todos sus rodeos, y se lo enseñarían hasta al ángel Harut!

»Otro ha dicho:

¡Amo á una morena encantadora, cuyo color me hechiza, y cuya cintura es recta como una lanza!

¡Cuántas veces me arrebató la sedosa manchita negra, tan acariciada y tan besada, que adorna su cuello!

¡Por el color de su piel lisa, por el perfume delicioso que exhala, se parece al tallo oloroso del áloe!

¡Y cuando la noche tiende el velo de las sombras, la morena viene á verme. Y la sujeto junto á mí, hasta que las mismas sombras sean del color de nuestros sueños!

»Pero tú ¡oh amarilla! estás marchita como

las hojas de la mulukhia (1) de mala calidad que se coge en Bab El-Luk, y que es fibrosa y dura.

»Tienes el color de la marmita de barro cocido que utiliza el vendedor de cabezas de carnero.

»Tienes el color del ocre y el de la grama.

»Tienes una cara de cobre amarillo, parecido á la fruta del árbol Zakum, que en el infierno da como frutos cráneos diabólicos.

»Y de ti ha dicho el poeta:

¡La suerte me ha dado una mujer de color amarillo tan chillón, que me da dolor de cabeza, y mi corazón y mis ojos se estremecen de malestar!

¡Si mi alma no quiere renunciar á verla por siempre, para castigarme me daré tan grandes golpes en la cara que me arrancaré las muelas!»

Cuando Alí El-Yamaní oyó estas palabras, se estremeció de placer, y se echó á reir de tal modo, que se cayó de espaldas, después de lo cual dijo á las dos jóvenes que se sentaran en sus sitios; y para demostrarles á todas el gusto que le había dado oirlas, les hizo regalos iguales de hermosos vestidos y de pedrerías terrestres y marítimas.

Y tal es, ¡oh Emir de los Creyentes! prosiguió Mohammad El-Bassri, dirigiéndose al califa El-

(1) Mulukhia: planta de la familia de las liliáceas, *corchorus trilocularis,* con la cual se hace una sopa verde, manjar muy apreciado en Egipto.

Mamún, la historia de las seis jóvenes, que ahora siguen viviendo muy á gusto unas con otras en la morada de su amo Alí El-Yamaní en Bagdad, nuestra ciudad.»

Extremadamente encantado quedó el califa con esta historia, y preguntó: «Pero ¡oh Mohammad! ¿sabes siquiera en dónde está la casa del amo de esas jóvenes, y podrías ir á preguntarle si quiere vendérmelas? ¡Si accede, cómpramelas y tráelas!» Mohammad contestó. «Puedo decirte ¡oh Emir de los Creyentes! que estoy seguro de que el amo de estas esclavas no querrá separarse de ellas, porque le tienen enamorado hasta el extremo.» Y El-Mamún dijo: «Lleva contigo como precio de cada una diez mil dinares, ó sea sesenta mil en total. Los entregarás de mi parte á ese Alí El-Yamaní y le dirás que deseo sus seis esclavas.»

Oídas estas palabras del califa, Mohammad El-Bassri se apresuró á coger la cantidad consabida y fué á buscar al amo de las esclavas, al cual manifestó el deseo del Emir de los Creyentes. Alí El-Yamaní, en el primer impulso, no se atrevió á negarse á la petición del califa, y habiendo cobrado los sesenta mil dinares, entregó las seis esclavas á Mohammad El-Bassri, que las condujo en seguida á presencia de El-Mamún.

El califa, al verlas, llegó al límite del encanto, tanto por lo vario de sus colores como por sus maneras elegantes, su ingenio cultivado y sus diver-

sos atractivos. Y les dió á cada una en su harem un sitio escogido, y durante varios días pudo gozar de sus perfecciones y de su hermosura.

A todo esto, el primer amo de las seis, Alí El-Yamaní, sintió pesar sobre sí la soledad, y empezó á lamentar el impulso que le había hecho ceder al deseo del califa. Y un día, falto ya de paciencia, envió al califa una carta llena de desesperación, en la cual, entre otras cosas tristes, había los versos siguientes:

¡Llegue mi desesperado saludo á las hermosas de quienes está separada mi alma! ¡Ellas son mis ojos, mis orejas, mi alimento, mi bebida, mi jardín y mi vida!

¡Desde que estoy lejos de ellas, nada distrae mi dolor, y hasta el sueño ha huído de mis párpados!

¿Por qué no las tengo, más celoso que antes, encerradas las seis en mis ojos, y por qué no he bajado mis párpados como tapices encima de ellas?

¡Oh dolor, oh dolor! ¡Preferiría no haber nacido, á caer herido por las flechas—¡sus miradas!—mortales y sacadas de la herida!

Cuando el califa El-Mamún recorrió esta carta, como tenía el alma magnánima, mandó llamar en seguida á las seis jóvenes, les dió á cada una diez mil dinares, y vestidos maravillosos, y otros regalos admirables, y las mandó devolver á su antiguo amo.

No bien Alí El-Yamaní las vió llegar, más be-

llas que antes, y más ricas y más felices, alcanzó el límite de la alegría, y siguió viviendo con ellas entre delicias y placeres, hasta el día de la última separación.

Pero—prosiguió Schahrazada—no creas, ¡oh rey afortunado! que todas las historias que has oído hasta ahora puedan valer de cerca ni de lejos lo que la HISTORIA PRODIGIOSA DE LA CIUDAD DE BRONCE, que me reservo contarte la noche próxima, si quieres.

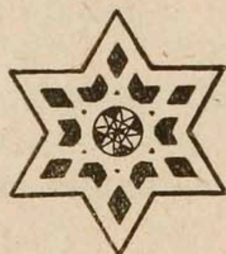
Y la pequeña Doniazada exclamó: «¡Oh qué amable serías, Schahrazada, si entretanto nos dijeras siquiera las primeras palabras!»

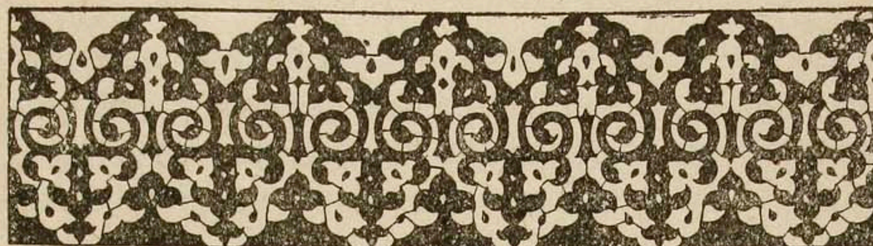
Entonces Schahrazada sonrió y dijo:

«Cuentan que había un rey (¡Alah sólo es rey!) en la ciudad de...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



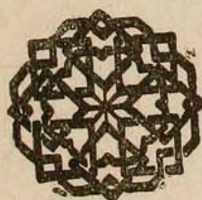




HISTORIA PRODIGIOSA DE LA CIUDAD DE BRONCE

CUANDO LLEGÓ LA 339.ª NOCHE

Dijo Schahrazada:



Cuentan que en el trono de los califas Omniadas, en Damasco, se sentó un rey (¡sólo Alah es rey!) que se llamaba Abdalmalek ben-Merwán. Le gustaba departir á menudo con los sabios de su reino acerca de nuestro señor Soleimán ben-Daúd (¡con él la plegaria y la paz!), de sus virtudes, de su influencia y de su poder ilimitado sobre las fieras de las soledades, los efrits que pueblan el aire y los genios marítimos y subterráneos.

Un día en que el califa, oyendo hablar de ciertos vasos de cobre antiguo, cuyo contenido era una extraña humareda negra de formas diabólicas, asombrábase en extremo y parecía poner en duda la realidad de hechos tan verídicos, hubo de levantarse entre los circunstantes el famoso viajero Taleb ben-Sehl, quien confirmó el relato que acababan de escuchar, y añadió: «En efecto, ¡oh Emir de los Creyentes! esos vasos de cobre no son otros que aquellos donde se encerraron, en tiempos antiguos, á los genios que rebeláronse ante las órdenes de Soleimán, vasos arrojados al fondo del mar mugiente, en los confines del Moghreb, en el África occidental, tras de sellarlos con el sello temible. Y el humo que se escapa de ellos es simplemente el alma condensada de los efrits, los cuales no por eso dejan de tomar su aspecto formidable si llegan á salir al aire libre.»

Al oir tales palabras, aumentaron considerablemente la curiosidad y el asombro del califa Abdalmalek, que dijo á Taleb ben-Sehl: «¡Oh Taleb, tengo muchas ganas de ver uno de esos vasos de cobre que encierran efrits convertidos en humo! ¿Crees realizable mi deseo? Si es así, pronto estoy á hacer por mí propio las investigaciones necesarias. Habla.» El otro contestó: «¡Oh Emir de los Creyentes! Aquí mismo puedes poseer uno de esos objetos, sin que sea preciso que te muevas y sin fatigas para tu persona venerada. No tienes mas que enviar una carta al emir Muza, tu lugarte-

niente en el país del Moghreb. Porque la montaña á cuyo pie se encuentra el mar que guarda esos vasos está unida al Moghreb por una lengua de tierra que puede atravesarse á pie enjuto. ¡Al recibir una carta semejante, el emir Muza no dejará de ejecutar las órdenes de nuestro amo el califa!»

Estas palabras tuvieron el don de convencer á Abdalmalek, que dijo á Taleb en el instante: «¿Y quién mejor que tú ¡oh Taleb! será capaz de ir con celeridad al país del Moghreb, con el fin de llevar esa carta á mi lugarteniente el emir Muza? Te otorgo plenos poderes para que tomes de mi tesoro lo que juzgues necesario para gastos de viaje, y para que lleves cuantos hombres te hagan falta en calidad de escolta. Pero date prisa, ¡oh Taleb!» Y al punto escribió el califa una carta de su puño y letra para el emir Muza, la selló y se la dió á Taleb, que besó la tierra entre las manos del rey, y no bien hizo los preparativos oportunos, partió con toda diligencia hacia el Moghreb, adonde llegó sin contratiempos.

El emir Muza le recibió con júbilo y guardándole todas las consideraciones debidas á un enviado del Emir de los Creyentes; y cuando Taleb le entregó la carta, la cogió, y después de leerla y comprender su sentido, se la llevó á sus labios, luego á su frente, y dijo. «¡Escucho y obedezco!» Y en seguida mandó que fuera á su presencia el jeique Abdossamad, hombre que había recorrido

todas las regiones habitables de la tierra, y que á la sazón pasaba los días de su vejez anotando cuidadosamente, por fechas, los conocimientos que adquirió en una vida de viajes no interrumpidos. Y cuando presentóse el jeique, el emir Muza le saludó con respeto y le dijo: «¡Oh jeique Abdossamad! He aquí que el Emir de los Creyentes me transmite sus órdenes para que vaya en busca de los vasos de cobre antiguos, donde fueron encerrados por nuestro señor Soleimán ben-Daúd los genios rebeldes. Parece ser que yacen en el fondo de un mar situado al pie de una montaña que debe hallarse en los confines extremos del Moghreb. Por más que desde hace mucho tiempo conozco todo el país, nunca oí hablar de ese mar ni del camino que á él conduce; pero tú, ¡oh jeique Abdossamad! que recorriste el mundo entero, no ignorarás sin duda la existencia de esa montaña y de ese mar.

Reflexionó el jeique una hora de tiempo, y contestó: «¡Oh emir Muza ben-Nossair! No son desconocidos para mi memoria esa montaña y ese mar; pero, á pesar de desearlo, hasta ahora no pude ir donde se hallan; el camino que allá conduce se hace muy penoso á causa de la falta de agua en las cisternas, y para llegar se necesitan dos años y algunos meses, y más aún para volver, ¡suponiendo que sea posible volver de una comarca cuyos habitantes no dieron nunca la menor señal de su existencia, y viven en una ciudad situada, según dicen, en la propia cima de la montaña consabida, una

ciudad en la que no logró penetrar nadie y que se llama la Ciudad de Bronce!»

Y dichas tales palabras, se calló el jeique, reflexionando un momento todavía, y añadió: «Por lo demás, ¡oh emir Muza! no debo ocultarte que ese camino está sembrado de peligros y de cosas espantosas, y que para seguirle hay que cruzar un desierto poblado por efrits y genios, guardianes de aquellas tierras vírgenes de la planta humana desde la antigüedad. Efectivamente, sabe ¡oh Ben-Nossair! que esas comarcas del extremo Occidente africano están vedadas á los hijos de los hombres; sólo dos de ellos pudieron atravesarlas: Soleimán ben-Daúd, uno, y El-Iskandar de Dos-Cuernos, el otro. ¡Y desde aquellas épocas remotas, nada turba el silencio que reina en tan vastos desiertos! Pero si deseas cumplir las órdenes del califa é intentar, sin otro guía que tu servidor, ese viaje por un país que carece de rutas ciertas, desdeñando obstáculos misteriosos y peligros, manda cargar mil camellos con odres repletos de agua y otros mil camellos con víveres y provisiones; lleva la menos escolta posible, porque ningún poder humano nos preservaría de la cólera de las potencias tenebrosas cuyos dominios vamos á violar, y no conviene que nos indispongamos con ellas alardeando de armas amenazadoras é inútiles. ¡Y cuando esté preparado todo, haz tu testamento, emir Muza, y partamos!...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 340.ª NOCHE

Ella dijo:

»...¡Y cuando esté preparado todo, haz tu testamento, emir Muza, y partamos!»

Al oir tales palabras, el emir Muza, gobernador del Moghreb, invocando el nombre de Alah, no quiso tener un momento de vacilación; congregó á los jefes de sus soldados y á los notables del reino, testó ante ellos y nombró como sustituto á su hijo Harún. Tras de lo cual, mandó hacer los preparativos consabidos, no se llevó consigo mas que algunos hombres seleccionados de antemano, y en compañía del jeique Abdossamad y de Taleb, el enviado del califa, tomó el camino del desierto, seguido por mil camellos cargados con agua y por otros mil cargados con víveres y provisiones.

Durante días y meses marchó la caravana por las llanuras solitarias, sin encontrar por su camino un ser viviente en aquellas inmensidades monótonas cual el mar encalmado. Y de esta suerte continuó el viaje en medio del silencio infinito, hasta que un día advirtieron en lontananza como una nube brillante á ras del horizonte, hacia la que se

dirigieron. Y observaron que era un edificio con altas murallas de acero chino, y sostenido por cuatro filas de columnas de oro que tenían cuatro mil pasos de circunferencia. La cúpula de aquel palacio era de oro, y servía de albergue á millares y millares de cuervos, únicos habitantes que bajo el cielo se veían allá. En la gran muralla donde abríase la puerta principal, de ébano macizo incrustado de oro, aparecía una placa inmensa de metal rojo, la cual dejaba leer estas palabras trazadas en caracteres jónicos, que descifró el jeique Abdossamad y se las tradujo al emir Muza y á sus acompañantes:

¡Entra aquí para saber la historia de los dominadores!

¡Todos pasaron ya! ¡Y apenas tuvieron tiempo para descansar á la sombra de mis torres!

¡Los dispersó la muerte como si fueran sombras! ¡Los disipó la muerte como á la paja el viento!

Con exceso se emocionó el emir Muza al oir las palabras que traducía el venerable Abdossamad, y murmuró: «¡No hay más Dios que Alah!» Luego dijo: «¡Entremos!» Y seguido por sus acompañantes, franqueó los umbrales de la puerta principal y penetró en el palacio.

Entre el vuelo mudo de los pajarracos negros, surgió ante ellos la alta desnudez granítica de una torre cuyo final perdíase de vista, y al pie de la cual

se alineaban en redondo cuatro filas de cien sepulcros cada una, rodeando un monumental sarcófago de cristal pulimentado, en torno del cual se leía esta inscripción, grabada en caracteres jónicos realzados por pedrerías:

¡Pasó cual el delirio de las fiebres la embriaguez del triunfo!

¿De cuántos acontecimientos no hube de ser testigo?

¿De qué brillante fama no gocé en mis días de gloria?

¿Cuántas capitales no retemblaron bajo el casco sonoro de mi caballo?

¿Cuántas ciudades no saqueé, entrando en ellas como el simún destructor? ¿Cuántos imperios no destruí, impetuoso como el trueno?

¿Qué de potentados no arrastré á la zaga de mi carro?

¿Qué de leyes no dicté en el universo?

¡Y ya lo veis!

¡La embriaguez de mi triunfo pasó cual el delirio de la fiebre, sin dejar más huella que la que en la arena pueda dejar la espuma!

¡Me sorprendió la muerte, sin que mi poderío la rechazase, ni lograran mis cortesanos defenderme de ella!

Por tanto, viajero, escucha las palabras que jamás mis labios pronunciaron mientras estuve vivo:

¡Conserva tu alma! ¡Goza en paz la calma de la

vida, la belleza, que es calma de la vida! ¡Mañana se apoderará de ti la muerte!

Mañana responderá la tierra á quien te llame: «¡Ha muerto!» ¡Y nunca mi celoso seno devolvió á los que guarda para la eternidad!»

Al oir estas palabras que traducía el jeique Abdossamad, el emir Muza y sus acompañantes no pudieron por menos de llorar. Y permanecieron largo rato en pie ante el sarcófago y los sepulcros, repitiéndose las palabras fúnebres. Luego se encaminaron á la torre, que se cerraba con una puerta de dos hojas de ébano, sobre la cual se leía esta inscripción, también grabada en caracteres jónicos realzados por pedrerías:

¡En el nombre del Eterno, del Inmutable!

¡En el nombre del Dueño de la fuerza y del poder!

¡Aprende, viajero que pasas por aquí, á no enorgullecerte de las apariencias, porque su resplandor es engañoso!

¡Aprende con mi ejemplo á no dejarte deslumbrar por ilusiones que te precipitarían en el abismo!

¡Voy á hablarte de mi poderío!

¡En mis cuadras, cuidadas por los reyes que mis armas cautivaron, tenía yo diez mil caballos generosos!

¡En mis estancias reservadas tenía yo como concubinas mil vírgenes descendientes de sangre real, y otras mil vírgenes escogidas entre aquellas cuyos

senos son gloriosos y cuya belleza hace palidecer el brillo de la luna!

¡Diéronme mis esposas una posteridad de mil príncipes reales, valientes cual leones!

¡Poseía inmensos tesoros; y bajo mi dominio se abatían los pueblos y los reyes, desde el Oriente hasta los límites extremos de Occidente, sojuzgados por mis ejércitos invencibles!

¡Y creí eterno mi poderío y afirmada por los siglos de los siglos la duración de mi vida, cuando de pronto se hizo oir la voz que me anunciaba los irrevocables decretos del que no muere!

¡Entonces reflexioné acerca de mi destino!

¡Congregué á mis jinetes y á mis hombres de á pie, que eran millares, armados con sus lanzas y con sus espadas!

¡Y congregué á mis tributarios los reyes, y á los jefes de mi imperio, y á los jefes de mis ejércitos!

Y á presencia de todos ellos hice llevar mis arquillas y los cofres de mis tesoros, y les dije á todos:

«¡Os doy estas riquezas, estos quintales de oro y plata, si prolongáis sólo por un día mi vida sobre la tierra!»

¡Pero se mantuvieron con los ojos bajos, y guardaron silencio! ¡Hube de morir á la sazón! ¡Y mi palacio se tornó en asilo de la muerte!

¡Si deseas conocer mi nombre, sabe que me llamé Kusch ben-Scheddad ben-Aad el Grande!

Al oir tan sublimes verdades, el emir Muza y

sus acompañantes prorrumpieron en sollozos y lloraron largamente. Tras de lo cual penetraron en la torre, y hubieron de recorrer inmensas salas habitadas por el vacío y el silencio. Y acabaron por llegar á una estancia mayor que las otras, con bóveda redondeada en forma de cúpula, y que era la única de la torre que tenía algún mueble. El mueble consistía en una colosal mesa de madera de sándalo, tallada maravillosamente, y sobre la cual se destacaba, en hermosos caracteres análogos á los anteriores, esta inscripción:

¡Otrora se sentaron á esta mesa mil reyes tuertos y mil reyes que conservaban bien sus ojos! ¡Ahora son ciegos todos en la tumba!

El asombro del emir Muza hubo de aumentar frente á aquel misterio, y como no pudo dar con la solución, transcribió tales palabras en sus pergaminos; luego, conmovido en extremo, abandonó el palacio y emprendió de nuevo con sus acompañantes el camino de la Ciudad de Bronce...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 341.ª NOCHE

Ella dijo:

...y emprendió de nuevo con sus acompañantes el camino de la Ciudad de Bronce.

Anduvieron uno, dos y tres días, hasta la tarde del tercero. Entonces vieron destacarse á los rayos del rojo sol poniente, erguida sobre un alto pedestal, una silueta de jinete inmóvil que blandía una lanza de larga punta, semejante á una llama incandescente del mismo color que el astro que ardía en el horizonte.

Cuando estuvieron muy cerca de aquella aparición, advirtieron que el jinete, y su caballo, y el pedestal eran de bronce, y que en el palo de la lanza, por el sitio que iluminaban aún los postreros rayos del astro, aparecían grabadas en caracteres de fuego estas palabras:

¡Audaces viajeros que pudisteis llegar hasta las tierras vedadas, ya no sabréis volver sobre vuestros pasos!

¡Si os es desconocido el camino de la ciudad, movedme sobre mi pedestal con la fuerza de vuestros brazos, y dirigíos hacia donde yo vuelva el rostro cuando quede otra vez quieto!

Entonces el emir Muza se acercó al jinete y le empujó con la mano. Y súbito, con la rapidez del relámpago, el jinete giró sobre sí mismo y se paró volviendo el rostro en dirección completamente opuesta á la que habían seguido los viajeros. Y el jeique Abdossamad hubo de reconocer que, efectivamente, habíase equivocado y que la nueva ruta era la verdadera.

Al punto volvió sobre sus pasos la caravana, emprendiendo el nuevo camino, y de esta suerte prosiguió el viaje durante días y días, hasta que una noche llegó ante una columna de piedra negra, á la cual estaba encadenado un ser extraño del que no se veía mas que medio cuerpo, pues el otro medio aparecía enterrado en el suelo. Aquel busto que surgía de la tierra, diríase un engendro monstruoso arrojado allí por la fuerza de las potencias infernales. Era negro y corpulento como el tronco de una palmera vieja, seca y desprovista de sus palmas. Tenía dos enormes alas negras, y cuatro manos, dos de las cuales semejaban garras de leones. En su cráneo espantoso se agitaba de un modo salvaje una cabellera erizada de crines ásperas, como la cola de un asno silvestre. En las cuencas de sus ojos llameaban dos pupilas rojas, y en la frente, que tenía dobles cuernos de buey, aparecía el agujero de un solo ojo que abríase inmóvil y fijo, lanzando iguales resplandores verdes que la mirada de tigres y panteras.

Al ver á los viajeros, el busto agitó los brazos

dando gritos espantosos y haciendo movimientos desesperados como para romper las cadenas que le sujetaban á la columna negra. Y asaltada por un terror extremado, la caravana se detuvo allí, sin alientos para avanzar ni retroceder.

Entonces se encaró el emir Muza con el jeique Abdossamad y le preguntó: «¿Puedes ¡oh venerable! decirnos qué significa esto?» El jeique contestó: «¡Por Alah, ¡oh emir! que esto supera á mi entendimiento!» Y dijo el emir Muza: «¡Aproxímate, pues, más á él, é interrógale! ¡Acaso él mismo nos lo aclare!» Y el jeique Abdossamad no quiso mostrar la menor vacilación, y se acercó al monstruo, gritándole: «¡En el nombre del Dueño que tiene en su mano los imperios de lo Visible y de lo Invisible, te conjuro á que me respondas! ¡Dime quién eres, desde cuándo estás ahí y por qué sufres un castigo tan extraño!»

Entonces ladró el busto. Y he aquí las palabras que entendieron luego el emir Muza, el jeique Abdossamad y sus acompañantes:

«Soy un efrit de la posteridad de Eblis, padre de los genios. Me llamo Daesch ben-Alaemasch, y estoy encadenado aquí por la Fuerza Invisible hasta la consumación de los siglos.

»Antaño, en este país, gobernado por el rey del Mar, existía en calidad de protector de la Ciudad de Bronce un ídolo de ágata roja, del cual yo era guardián y habitante al propio tiempo. Porque me

aposenté dentro de él; y de todos los países venían muchedumbres á consultar por conducto mío la suerte y á escuchar los oráculos y las predicciones augurales que hacía yo.

»El rey del Mar, de quien yo mismo era vasallo, tenía bajo su mando supremo al ejército de los genios que se habían rebelado contra Soleimán ben-Daúd; y me había nombrado jefe de ese ejército, para el caso de que estallara una guerra entre aquél y el señor formidable de los genios. Y, en efecto, no tardó en estallar tal guerra.

»Tenía el rey del Mar una hija tan hermosa, que la fama de su belleza llegó á oídos de Soleimán, quien deseoso de contarla entre sus esposas, envió un emisario al rey del Mar para pedírsela en matrimonio, á la vez que le instaba á romper la estatua de ágata y á reconocer que no hay más Dios que Alah, y que Soleimán es el profeta de Alah. Y le amenazaba con su enojo y su venganza si no se sometía inmediatamente á sus deseos.

»Entonces congregó el rey del Mar á sus visires y á los jefes de los genios, y les dijo: «Sabed que Soleimán me amenaza con todo género de calamidades para obligarme á que le dé mi hija y rompa la estatua que sirve de vivienda á vuestro jefe Daesch ben-Alaemasch. ¿Qué opináis acerca de tales amenazas? ¿Debo inclinarme ó resistir?

»Los visires contestaron: «¿Y qué tienes que temer del poder de Soleimán, ¡oh rey nuestro!? ¡Nuestras fuerzas son tan formidables como las

suyas por lo menos, y sabremos aniquilarlas!» Luego encaráronse conmigo y me pidieron mi opinión. Dije entonces: «¡Nuestra única respuesta para Soleimán será dar una paliza á su emisario!» Lo cual ejecutóse al punto. Y dijímos al emisario: «¡Vuelve ahora para dar cuenta de la aventura á tu amo!»

»Cuando enteróse Soleimán del trato infligido á su emisario, llegó al límite de la indignación, y reunió en seguida todas sus fuerzas disponibles, consistentes en genios, hombres, pájaros y animales. Confió á Assaf ben-Barkhia el mando de los guerreros humanos, y á Domriat, rey de los efrits, el mando de todo el ejército de genios, que ascendía á sesenta millones, y el de los animales y aves de rapiña recolectados en todos los puntos del universo y en las islas y mares de la tierra. Hecho lo cual, yendo á la cabeza de tan formidable ejército, Soleimán se dispuso á invadir el país de mi soberano el rey del Mar. Y no bien llegó, alineó su ejército en orden de batalla.

»Empezó por formar en dos alas á los animales, colocándolos en líneas de á cuatro, y en los aires apostó á las grandes aves de rapiña, destinadas á servir de centinelas que descubriesen nuestros movimientos, y á arrojarse de pronto sobre los guerreros para herirles y sacarles los ojos. Compuso la vanguardia con el ejército de hombres, y la retaguardia con el ejército de genios; y mantuvo á su diestra á su visir Assaf ben-Barkhia y á su izquierda á Domriat, rey de los efrits del aire. Él per-

maneció en medio, sentado en su trono de pórfido y de oro, que arrastraban cuatro elefantes. Y dió entonces la señal de la batalla.

»De repente hízose oir un clamor que aumentaba con el ruido de carreras al galope y el estrépito tumultuoso de los genios, hombres, aves de rapiña y fieras guerreras; y resonaba la corteza terrestre bajo el azote formidable de tantas pisadas, en tanto que retemblaba el aire con el batir de millones de alas, y con las exclamaciones, los gritos y los rugidos.

»Por lo que á mí respecta, se me concedió el mando de la vanguardia del ejército de genios sometidos al rey del Mar. Hice una seña á mis tropas, y á la cabeza de ellas me precipité sobre el tropel de genios enemigos que mandaba el rey Domriat...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 342.ª NOCHE

Ella dijo.

»...Hice una seña á mis tropas, y á la cabeza de ellas me precipité sobre el tropel de genios enemigos que mandaba el rey Domriat. É intenta-

ba atacar yo mismo al jefe de los adversarios, cuando le vi convertirse de improviso en una montaña inflamada que empezó á vomitar fuego á torrentes, esforzándose por aniquilarme y ahogarme con los despojos que caían hacia nuestra parte en olas abrasadoras. Pero me defendí y ataqué con encarnizamiento, animando á los míos, y sólo cuando me convencí de que el número de mis enemigos me aplastaría á la postre, dí la señal de retirada y me puse en fuga por los aires á fuerza de alas. Pero nos persiguieron por orden de Soleimán, viéndonos por todas partes rodeados de adversarios, genios, hombres, animales y pájaros; y de los nuestros quedaron extenuados unos, aplastados otros por las patas de los cuadrúpedos, y precipitados otros desde lo alto de los aires, después que les sacaron los ojos y les despedazaron la piel. También á mí alcanzáronme en mi fuga, que duró tres meses. Preso y amarrado ya, me condenaron á estar sujeto á esta columna negra hasta la extinción de las edades, mientras que aprisionaron á todos los genios que yo tuve á mis órdenes, los transformaron en humaredas y los encerraron en vasos de cobre, sellados con el sello de Soleimán, que arrojaron al fondo del mar que baña las murallas de la Ciudad de Bronce.

»En cuanto á los hombres que habitaban este país, no sé exactamente qué fué de ellos, pues me hallo encadenado desde que se acabó nuestro poderío. ¡Pero si vais á la Ciudad de Bronce, quizá

os tropecéis con huellas suyas y lleguéis á saber su historia!»

Cuando acabó de hablar el busto, comenzó á agitarse de un modo frenético para desligarse de la columna. Y temerosos de que lograra libertarse y les obligara á secundar sus esfuerzos, el emir Muza y sus acompañantes no quisieron permanecer más tiempo allí, y se dieron prisa á proseguir su camino hacia la ciudad, cuyas torres y murallas veían ya destacarse en lontananza.

Cuando sólo estuvieron á una ligera distancia de la ciudad, como caía la noche y las cosas tomaban á su alrededor un aspecto hostil, prefirieron esperar al amanecer para acercarse á las puertas; y montaron tiendas donde pasar la noche, porque estaban rendidos de las fatigas del viaje.

Apenas comenzó el alba por Oriente á aclarar las cimas de las montañas, el emir Muza despertó á sus acompañantes, y se puso con ellos en camino para alcanzar una de las puertas de entrada. Entonces vieron erguirse formidables ante ellos, en medio de la claridad matinal, las murallas de bronce, tan lisas, que diríase acababan de salir del molde en que las fundieron. Era tanta su altura, que parecían como una primera cadena de los montes gigantescos que las rodeaban, y en cuyos flancos incrustábanse, cual nacidas allí mismo, con el metal de que se hicieron.

Cuando pudieron salir de la inmovilidad que les

produjo aquel espectáculo sorprendente, buscaron con la vista alguna puerta por donde entrar á la ciudad. Pero no dieron con ella. Entonces echaron á andar bordeando las murallas, siempre en espera de encontrar la entrada. Pero no vieron entrada ninguna. Y siguieron andando todavía horas y horas, sin ver puerta ni brecha alguna, ni nadie que se dirigiese á la ciudad ó saliese de ella. Y á pesar de estar ya muy avanzado el día, no oyeron dentro ni fuera de las murallas el menor rumor, ni tampoco notaron el menor movimiento arriba ni al pie de los muros. Pero el emir Muza no perdió la esperanza, animando á sus acompañantes para que anduviesen más aún; y caminaron así hasta la noche, y siempre veían desplegarse ante ellos la línea inflexible de murallas de bronce que seguían la carrera del sol por valles y costas, y parecían surgir del propio seno de la tierra.

Entonces el emir Muza ordenó á sus acompañantes que hicieran alto para descansar y comer. Y se sentó con ellos durante algún tiempo, reflexionando acerca de la situación.

Cuando hubo descansado, dijo á sus compañeros que se quedaran allí vigilando el campamento hasta su regreso, y seguido del jeique Abdossamad y de Taleb ben-Sehl, trepó con ellos á una alta montaña con el propósito de inspeccionar los alrededores y reconocer aquella ciudad que no quería dejarse violar por las tentativas humanas...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 343.ª NOCHE

Ella dijo:

...aquella ciudad que no quería dejarse violar por las tentativas humanas.

Al principio no pudieron distinguir nada en las tinieblas, porque ya la noche había espesado sus sombras sobre la llanura; pero de pronto hízose un vivo resplandor por Oriente, y en la cima de la montaña apareció la luna, iluminando cielo y tierra con un parpadeo de sus ojos. Y á sus plantas desplegóse un espectáculo que les contuvo la respiración.

Estaban viendo una ciudad de ensueño.

Bajo el blanco cendal que caía de la altura, en toda la extensión que podía abarcar la mirada fija en los horizontes hundidos en la noche, aparecían dentro del recinto de bronce cúpulas de palacios, terrazas de casas, apacibles jardines, y á la sombra de los macizos brillaban los canales, que iban á morir en un mar de metal, cuyo seno frío reflejaban las luces del cielo. Y el bronce de las murallas, las pedrerías encendidas de las cúpulas, las terrazas cándidas, los canales y el mar entero, así como

las sombras proyectadas por Occidente, amalgamábanse bajo la brisa nocturna y la luna mágica.

Sin embargo, aquella inmensidad estaba sepultada, como en una tumba, en el universal silencio. Allá dentro no había ni un vestigio de vida humana. Pero he aquí que con un mismo gesto, quieto, destacábanse sobre monumentales zócalos altas figuras de bronce, enormes jinetes tallados en mármol, animales alados que se inmovilizaban en un vuelo estéril; y los únicos seres dotados de movimiento en aquella quietud eran millares de inmensos vampiros que daban vueltas á ras de los edificios bajo el cielo, mientras buhos invisibles turbaban el estático silencio con sus lamentos y sus voces fúnebres en los palacios muertos y las terrazas solitarias.

Cuando saciaron la mirada con aquel espectáculo extraño, el emir Muza y sus compañeros bajaron de la montaña, asombrándose en extremo por no haber advertido en aquella ciudad inmensa la huella de un ser humano vivo. Y ya al pie de los muros de bronce, llegaron á un lugar donde vieron cuatro inscripciones grabadas en caracteres jónicos, y que en seguida descifró y tradujo al emir Muza el jeique Abdossamad.

Decía la primera inscripción:

¡Oh hijo de los hombres, qué vanos son tus cálculos! ¡La muerte está cercana; no hagas cuentas para el porvenir; se trata de un Señor del Universo

que dispersa las naciones y los ejércitos, y desde sus palacios de vastas magnificencias precipita á los reyes en la estrecha morada de la tumba; y al despertar su alma en la igualdad de la tierra, han de verse reducidos á un montón de ceniza y polvo!

Cuando oyó estas palabras, exclamó el emir Muza: «¡Oh sublimes verdades! ¡Oh sueños del alma en la igualdad de la tierra! ¡Qué conmovedor es todo esto!» Y copió al punto en sus pergaminos aquellas frases. Pero ya traducía el jeique la segunda inscripción, que decía:

¡Oh hijo de los hombres! ¿Por qué te ciegas con tus propias manos? ¿Cómo puedes confiar en este vano mundo? ¿No sabes que es un albergue pasajero, una morada transitoria? ¡Di! ¿Dónde están los reyes que cimentaron los imperios? ¿Dónde están los conquistadores, los dueños del Irak, de Ispahán y del Khorassán? ¡Pasaron cual si nunca hubieran existido!

Igualmente copió esta inscripción el emir Muza, y escuchó muy emocionado al jeique, que traducía la tercera:

¡Oh hijo de los hombres! ¡He aquí que transcurren los días, y miras indiferente cómo corre tu vida hacia el término final! ¡Piensa en el día del Juicio ante el Señor, tu dueño! ¿Qué fué de los soberanos

de la India, de la China, de Sina y de Nubia? ¡Les arrojó á la nada el soplo implacable de la muerte!

Y exclamó el emir Muza: «¿Qué fué de los soberanos de Sina y de Nubia? ¡Se perdieron en la nada!» Y decía la cuarta inscripción:

¡Oh hijo de los hombres! ¡Anegas tu alma en los placeres, y no ves que la muerte se te monta en los hombros espiando tus movimientos! ¡El mundo es como una tela de araña, detrás de cuya fragilidad está acechándote la nada! ¿Adónde fueron á parar los hombres llenos de esperanzas y sus proyectos efímeros? ¡Cambiaron por la tumba los palacios donde habitan buhos ahora!

No pudo el emir Muza contener su emoción, y se estuvo largo tiempo llorando con las manos en las sienes, y decía: «¡Oh el misterio del nacimiento y de la muerte! ¿Por qué nacer, si hay que morir? ¿Por qué vivir, si la muerte da el olvido de la vida? ¡Pero sólo Alah conoce los destinos, y nuestro deber es inclinarnos ante Él con obediencia muda!» Hechas estas reflexiones, se encaminó de nuevo al campamento con sus compañeros, y ordenó á sus hombres que al punto pusieran manos á la obra para construir con madera y ramajes una escala larga y sólida, que les permitiese subir á lo alto del muro, con objeto de intentar luego bajar á aquella ciudad sin puertas.

En seguida dedicáronse á buscar madera y gruesas ramas secas; las mondaron lo mejor que pudieron con sus sables y sus cuchillos; las ataron unas á otras con sus turbantes, sus cinturones, las cuerdas de los camellos, las cinchas y las guarniciones, logrando construir una escala lo suficiente larga para llegar á lo alto de las murallas. Y entonces la tendieron en el sitio más á propósito, sosteniéndola por todos lados con piedras gruesas; é invocando el nombre de Alah, comenzaron á trepar por ella lentamente...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 344.ª NOCHE

Ella dijo:

...comenzaron á trepar por ella lentamente, con el emir Muza á la cabeza. Pero quedáronse algunos en la parte baja de los muros para vigilar el campamento y los alrededores.

El emir Muza y sus acompañantes anduvieron durante algún tiempo por lo alto de los muros, y llegaron al fin ante dos torres unidas entre sí por una puerta de bronce, cuyas dos hojas encajaban tan perfectamente, que no se hubiera podido intro-

ducir por su intersticio la punta de una aguja. Sobre aquella puerta aparecía grabada en relieve la imagen de un jinete de oro que tenía un brazo extendido y la mano abierta, y en la palma de esta mano había trazados unos caracteres jónicos, que descifró en seguida el jeique Abdossamad y los tradujo del siguiente modo: «Frota la puerta doce veces con el clavo que hay en mi ombligo.»

Aunque muy sorprendido de tales palabras, el emir Muza se acercó entonces al jinete y notó que, efectivamente, tenía metido en medio del ombligo un clavo de oro. Echó mano é introdujo y sacó el clavo doce veces. Y á las doce veces que lo hizo, se abrieron las dos hojas de la puerta, dejando ver una escalera de granito rojo que descendía caracoleando. Entonces el emir Muza y sus acompañantes bajaron por los peldaños de esta escalera, la cual les condujo al centro de una sala que daba á ras de una calle en la que se estacionaban guardias armados con arcos y espadas. Y dijo el emir Muza: «¡Vamos á hablarles, antes de que se inquieten con nuestra presencia!»

Acercáronse, pues, á estos guardias, unos de los cuales estaban de pie, con el escudo al brazo y el sable desnudo, mientras otros permanecían sentados ó tendidos. Y encarándose con el que parecía el jefe, el emir Muza le deseó la paz con afabilidad; pero no se movió el hombre ni le devolvió la zalema; y los demás guardias permanecieron inmóviles igualmente y con los ojos fijos, sin prestar nin-

guna atención á los que acababan de llegar y como si no les vieran.

Entonces, por si aquellos guardias no entendían el árabe, el emir Muza dijo al jeique Abdossamad: «¡Oh jeique, dirígeles la palabra en cuantas lenguas conozcas!» Y el jeique hubo de hablarles primero en lengua griega; luego, al advertir la inutilidad de su tentativa, les habló en indio, en hebreo, en persa, en etíope y en sudanés; pero ninguno de ellos comprendió una palabra de tales idiomas ni hizo el menor gesto de inteligencia. Entonces dijo el emir Muza: «¡Oh jeique! Acaso estén ofendidos estos guardias porque no les saludaste al estilo de su país. Conviene, pues, que les hagas zalemas al uso de cuantos países conozcas.» Y el venerable Abdossamad hizo al instante todos los ademanes acostumbrados en las zalemas conocidas en los pueblos de cuantas comarcas había recorrido. Pero no se movió ninguno de los guardias, y cada cual permaneció en la misma actitud que al principio.

Al ver aquello, llegó al límite del asombro el emir Muza, sin querer insistir más; dijo á sus acompañantes que le siguieran, y continuó su camino, no sabiendo á qué causa atribuir semejante mutismo. Y se decía el jeique Abdossamad: «¡Por Alah, que nunca vi cosa tan extraordinaria en mis viajes!»

Prosiguieron andando así hasta llegar á la entrada del zoco. Como encontráronse con las puertas abiertas, penetraron en el interior. El zoco

estaba lleno de gentes que vendían y compraban; y por delante de las tiendas se amontonaban maravillosas mercancías. Pero el emir Muza y sus acompañantes notaron que todos los compradores y vendedores, como también cuantos se hallaban en el zoco, habíanse detenido, cual puestos de común acuerdo, en la postura en que les sorprendieron; y se diría que no esperaban para reanudar sus ocupaciones habituales mas que á que se ausentasen los extranjeros. Sin embargo, no parecían prestar la menor atención á la presencia de éstos, y contentábanse con expresar por medio del desprecio y la indiferencia el disgusto que semejante intrusión les producía. Y para hacer aún más significativa tan desdeñosa actitud, reinaba un silencio general al paso de los extraños, hasta el punto de que en el inmenso zoco abovedado se oían resonar sus pisadas de caminantes solitarios entre la quietud de su alrededor. Y de esta guisa recorrieron el zoco de los joyeros, el zoco de las sederías, el zozo de los guarnicioneros, el zoco de los pañeros, el de los zapateros remendones y el zoco de los mercaderes de especias y sahumerios, sin encontrar por parte alguna el menor gesto benévolo ú hostil, ni la menor sonrisa de bienvenida ó burla.

Cuando cruzaron el zoco de los sahumerios, desembocaron en una plaza inmensa, donde deslumbraba la claridad del sol después de acostumbrarse la vista á la dulzura de la luz tamizada de los zocos. Y al fondo, entre columnas de bronce de

una altura prodigiosa, que servían de pedestales á enormes pájaros de oro con las alas desplegadas, erguíase un palacio de mármol, flanqueado con torreones de bronce y guardado por una cadena de guardias, cuyas lanzas y espadas despedían de continuo vivos resplandores. Daba acceso á aquel palacio una puerta de oro, por la que entró el emir Muza seguido de sus acompañantes.

Primeramente vieron abrirse á lo largo del edificio una galería sostenida por columnas de pórfido, y que limitaba un patio con pilas de mármoles de colores; y utilizábase como armería esta galería, pues veíanse allí, por doquier, colgadas de las columnas, de las paredes y del techo, armas admirables, maravillas enriquecidas con incrustaciones preciosas, y que procedían de todos los países de la tierra. En torno á la galería se adosaban bancos de ébano de un labrado maravilloso, repujados de plata y oro, y en los que aparecían, sentados ó tendidos, guerreros en traje de gala, quienes, por cierto, no hicieron movimiento alguno para impedir el paso á los visitantes ni para animarles á seguir en su asombrada exploración...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 345.ª NOCHE

Ella dijo:

...para impedir el paso á los visitantes ni para animarles á seguir en su asombrada exploración.

Continuaron, pues, por esta galería, cuya parte superior estaba decorada con una cornisa bellísima, y vieron, grabada en letras de oro sobre fondo azul, una inscripción en lengua jónica, que contenía preceptos sublimes, y cuya traducción fiel hizo el jeique Abdossamad en esta forma:

¡En el nombre del Inmutable, Soberano de los destinos! ¡Oh hijo de los hombres, vuelve la cabeza y verás que la muerte se dispone á caer sobre tu alma! ¿Dónde está Adán, padre de los humanos? ¿Dónde está Nuh y su descendencia? ¿Dónde está Nemrod el formidable? ¿Dónde están los reyes, los conquistadores, los Khosroes, los Césares, los Faraones, los emperadores de la India y del Irak, los dueños de Persia y de Arabia é Iscandar el Bicornio? ¿Dónde están los soberanos de la tierra Hamán y Karún, y Scheddad, hijo de Aad, y todos los pertenecientes á la posteridad de Canaán? ¡Por orden del Eterno, abandonaron la tierra para ir á dar cuenta de sus actos el día de la Retribución!

¡Oh hijo de los hombres, no te entregues al mundo y á sus placeres! ¡Teme al Señor, y sírvele con corazón devoto! ¡Teme á la muerte! ¡La devoción por el Señor y el temor á la muerte son el principio de toda sabiduría! ¡Así cosecharás buenas acciones, con las que te perfumarás el día terrible del Juicio!

Cuando escribieron en sus pergaminos esta inscripción, que les conmovió mucho, franquearon una gran puerta que se abría en medio de la galería, y entraron á una sala, en el centro de la cual había una hermosa pila de mármol transparente, de donde se escapaba un surtidor de agua. Sobre la pila, á manera de techo agradablemente coloreado, se alzaba un pabellón cubierto con colgaduras de seda y oro en matices diferentes, combinados con un arte perfecto. Para llegar á aquella pila, el agua se encauzaba por cuatro canalillos trazados en el suelo de la sala con sinuosidades encantadoras, y cada canalillo tenía un lecho de color especial: el primero tenía un lecho de pórfido rosa; el segundo, de topacios; el tercero, de esmeraldas, y el cuarto, de turquesas; de tal modo, que el agua de cada uno se teñía del color de su lecho, y herida por la luz atenuada que filtraban las sedas en la altura, proyectaba sobre los objetos de su alrededor y las paredes de mármol una dulzura de paisaje marino.

Allí franquearon una segunda puerta, y entraron en la segunda sala. La encontraron llena de

monedas antiguas de oro y plata, de collares, de alhajas, de perlas, de rubíes y de toda clase de pedrerías. Y tan amontonado estaba todo, que apenas se podía cruzar la sala y circular por ella para penetrar en la tercera.

Aparecía ésta llena de armaduras de metales preciosos, de escudos de oro enriquecidos con pedrerías, de cascos antiguos, de sables de la India, de lanzas, de venablos y de corazas del tiempo de Daúd y de Soleimán; y todas aquellas armas estaban en tan buen estado de conservación, que creeríase habían salido la víspera de entre las manos que las fabricaron.

Entraron luego en la cuarta sala, enteramente ocupada por armarios y estantes de maderas preciosas, donde se alineaban ordenadamente ricos trajes, ropones suntuosos, telas de valor y brocados labrados de un modo admirable. Desde allí se dirigieron á una puerta abierta, que les facilitó el acceso á la quinta sala.

La cual no contenía entre el suelo y el techo mas que vasos y enseres para bebidas, para manjares y para abluciones: tazones de oro y plata, jofainas de cristal de roca, copas de piedras preciosas, bandejas de jade y de ágata de diversos colores.

Cuando hubieron admirado todo aquello, pensaron en volver sobre sus pasos, y he aquí que sintieron la tentación de llevarse un tapiz inmenso de seda y oro que cubría una de las paredes de la

sala. Y detrás del tapiz vieron una gran puerta labrada con finas marqueterías de marfil y ébano, y que estaba cerrada con cerrojos macizos, sin la menor huella de cerradura donde meter una llave. Pero el jeique Abdossamad se puso á estudiar el mecanismo de aquellos cerrojos, y acabó por dar con un resorte oculto, que hubo de ceder á sus esfuerzos. Entonces la puerta giró sobre sí misma y dió á los viajeros libre acceso á una sala milagrosa, abovedada en forma de cúpula y construída con un mármol tan pulido, que parecía un espejo de acero. Por las ventanas de aquella sala, á través de las celosías de esmeraldas y diamantes, filtrábase una claridad que inundaba los objetos con un resplandor imprevisto. En el centro, sostenido por pilastras de oro, sobre cada una de las cuales había un pájaro con plumaje de esmeraldas y pico de rubíes, erguíase una especie de oratorio adornado con colgaduras de seda y oro, y al que unas gradas de marfil unían al suelo, donde una magnífica alfombra, diestramente fabricada con lana de colores gloriosos, abría sus flores sin aroma en medio de su césped sin savia, y vivía toda la vida artificial de sus florestas pobladas de pájaros y animales copiados de manera exacta, con su belleza natural y sus contornos verdaderos.

El emir Muza y sus acompañantes subieron por las gradas del oratorio, y al llegar á la plataforma se detuvieron mudos de sorpresa. Bajo un dosel de terciopelo salpicado de gemas y diamantes, en

amplio lecho construído con tapices de seda superpuestos, reposaba una joven de tez brillante, de párpados entornados por el sueño tras unas largas pestañas combadas, y cuya belleza realzábase con la calma admirable de sus facciones, con la corona de oro que ceñía su cabellera, con la diadema de pedrerías que constelaba su frente y con el húmedo collar de perlas que acariciaban su dorada piel. A derecha y á izquierda del lecho se hallaban dos esclavos, blanco uno y negro otro, armado cada cual con un alfanje desnudo y una pica de acero. A los pies del lecho había una mesa de mármol, en la que aparecían grabadas las siguientes frases:

¡Soy la virgen Tadmor, hija del rey de los amalecitas, y esta ciudad es mi ciudad! ¡Puedes llevarte cuanto plazca á tu deseo, viajero que lograste penetrar hasta aquí! ¡Pero ten cuidado con poner sobre mí una mano violadora, atraído por mis encantos y por la voluptuosidad!

Cuando el emir Muza se repuso de la emoción que hubo de causarle la presencia de la joven dormida, dijo á sus acompañantes: «Ya es hora de que nos alejemos de estos lugares después de ver cosas tan asombrosas, y nos encaminemos hacia el mar en busca de los vasos de cobre. ¡Podéis, no obstante, coger de este palacio todo lo que os parezca; pero guardaos de poner la mano sobre la hija del rey ó de tocar á sus vestidos...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 346.ª NOCHE

Ella dijo:

»...pero guardaos de poner la mano sobre la hija del rey ó de tocar á sus vestidos.»

Entonces dijo Taleb ben-Sehl: «¡Oh emir nuestro, nada en este palacio puede compararse á la belleza de esta joven! Sería una lástima dejarla ahí en vez de llevárnosla á Damasco para ofrecérsela al califa. ¡Valdría más semejante regalo que todas las ánforas con efrits del mar!» Y contestó el emir Muza: «No podemos tocar á la princesa, porque sería ofenderla, y nos atraeríamos calamidades.» Pero exclamó Taleb: «¡Oh emir nuestro! las princesas, vivas ó dormidas, no se ofenden nunca por violencias tales.» Y tras de haber dicho estas palabras, se acercó á la joven y quiso levantarla en brazos. Pero cayó muerto de repente, atravesado por los alfanjes y las picas de los esclavos, que le acertaron al mismo tiempo en la cabeza y en el corazón.

Al ver aquello, el emir Muza no quiso permanecer ni un momento más en el palacio, y ordenó

á sus acompañantes que salieran de prisa para emprender el camino del mar.

Cuando llegaron á la playa, encontraron allí á unos cuantos hombres negros ocupados en secar sus redes de pescar, y que correspondieron á las zalemas en árabe y conforme á la fórmula musulmana. Y dijo el emir Muza al de más edad entre ellos, y que parecía ser el jefe: «¡Oh venerable jeique! venimos de parte de nuestro dueño el califa Abdalmalek ben-Merwán, para buscar en este mar vasos con efrits de tiempos del profeta Soleimán. ¿Puedes ayudarnos en nuestras investigaciones y explicarnos el misterio de esta ciudad donde están privados de movimiento todos los seres?» Y contestó el anciano: «Ante todo, hijo mío, has de saber que cuantos pescadores nos hallamos en esta playa creemos en la palabra de Alah y en la de su Enviado (¡con él la plegaria y la paz!); pero cuantos se encuentran en esa Ciudad de Bronce están encantados desde la antigüedad, y permanecerán así hasta el día del Juicio. Respecto á los vasos que contienen efrits, nada más fácil que procurároslos, puesto que poseemos una porción de ellos, que una vez destapados, nos sirven para cocer pescado y alimentos. Os daremos todos los que queráis. ¡Solamente es necesario, antes de destaparlos, hacerlos resonar golpeándolos con las manos, y obtener de quienes los habitan el juramento de que reconocerán la verdad de la misión de nuestro profeta Mohammed, expiando su primera falta y su rebe-

lión contra la supremacía de Soleimán ben-Daúd!» Luego añadió: «Además, también deseamos daros, como testimonio de nuestra fidelidad al Emir de los Creyentes, amo de todos nosotros, dos hijas del mar que hemos pescado hoy mismo, y que son más bellas que todas las hijas de los hombres.»

Y cuando hubo dicho estas palabras, el anciano entregó al emir Muza doce vasos de cobre, sellados en plomo con el sello de Soleimán, y las dos hijas del mar, que eran dos maravillosas criaturas de largos cabellos ondulados como las olas, de cara de luna y de senos admirables y redondos y duros cual guijarros marinos; pero desde el ombligo carecían de las suntuosidades carnales que generalmente son patrimonio de las hijas de los hombres, y las sustituían con un cuerpo de pez que se movía á derecha y á izquierda, de la propia manera que las mujeres cuando advierten que á su paso llaman la atención. Tenían la voz muy dulce, y su sonrisa resultaba encantadora; pero no comprendían ni hablaban ninguno de los idiomas conocidos, y contentábanse con responder únicamente con la sonrisa de sus ojos á todas las preguntas que se les dirigían.

No dejaron de dar las gracias al anciano por su generosa bondad el emir Muza y sus acompañantes, é invitáronles, á él y á todos los pescadores que estaban con él, á seguirles al país de los musulmanes, á Damasco, la ciudad de las flores, de las frutas y de las aguas dulces. Aceptaron la

oferta el anciano y los pescadores, y todos juntos volvieron primero á la Ciudad de Bronce para coger cuanto pudieron llevarse de cosas preciosas, joyas, oro, y todo lo ligero de peso y pesado de valor. Cargados de este modo, se descolgaron otra vez por las murallas de bronce, llenaron sus sacos y cajas de provisiones con tan inesperado botín, y emprendieron de nuevo el camino de Damasco, adonde llegaron felizmente al cabo de un largo viaje sin incidentes.

El califa Abdalmalek quedó encantado y maravillado al mismo tiempo del relato que de la aventura le hizo el emir Muza, y exclamó: «Siento en extremo no haber ido con vosotros á esa Ciudad de Bronce. ¡Pero iré, con la venia de Alah, á admirar por mí mismo esas maravillas y á tratar de aclarar el misterio de ese encantamiento!» Luego quiso abrir por su propia mano los doce vasos de cobre, y los abrió uno tras de otro. Y cada vez salía una humareda muy densa que convertíase en un efrit espantable, el cual se arrojaba á los pies del califa y exclamaba: «¡Pido perdón por mi rebelión á Alah y á ti, ¡oh señor nuestro Soleimán!» Y desaparecían á través del techo ante la sorpresa de todos los circunstantes. No se maravilló menos el califa de la belleza de las dos hijas del mar. Su sonrisa, y su voz, y su idioma desconocido le conmovieron y le emocionaron. E hizo que las pusieran en un gran baño, donde vivieron algún tiempo, para morir de consunción y de calor por último.

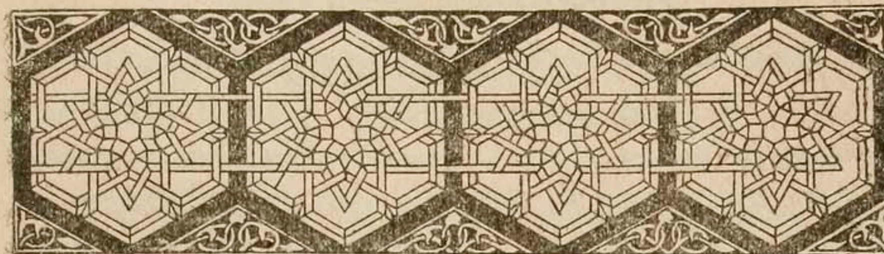
En cuanto al emir Muza, obtuvo del califa permiso para retirarse á Jerusalén la Santa, con el propósito de pasar el resto de su vida allí, sumido en la meditación de las palabras antiguas que tuvo cuidado de copiar en sus pergaminos. ¡Y murió en aquella ciudad después de ser objeto de la veneración de todos los creyentes, que todavía van á visitar la kubba donde reposa en la paz y la bendición del Altísimo!

¡Y esta es ¡oh rey afortunado!—prosiguió Schahrazada—la historia de la Ciudad de Bronce!

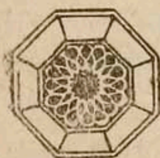
Entonces dijo el rey Schahriar: «¡Verdaderamente, Schahrazada, que el relato es prodigioso!» Y dijo ella: «Sí, ¡oh rey! Pero no quiero que transcurra esta noche sin contarte una historia de lo más deliciosa, y que le acaeció á Ibn Al-Mansur.» Y sorprendido, dijo el rey Schahriar: «¿Quién es ese Ibn Al-Mansur? No le conozco.» Entonces dijo Schahrazada sonriendo: «¡Escucha!»







HISTORIA DE IBN AL-MANSUR Y LOS DOS JÓVENES



He llegado á saber ¡oh rey afortunado! que el califa Harún Al-Rachid sufría con frecuencia insomnios producidos por las preocupaciones que le causaba su reino. Una noche, en vano daba vueltas de un lado á otro en su lecho, porque no lograba amodorrarse, y al fin se cansó de la inutilidad de sus tentativas. Rechazó entonces violentamente con un pie las ropas de su cama, y dando una palmada llamó á Massrur, su porta-alfanje, que vigilaba á la puerta siempre, y le dijo: «¡Massrur, búscame una distracción, porque no logro dormir!» El otro contestó: «¡No hay nada como los paseos nocturnos, mi señor, para calmar el alma y adormecer los sentidos! Ahí fuera, en el jardín, está hermosa la noche. Bajaremos y nos pasearemos entre los árbo-

les, entre las flores; y contemplaremos las estrellas y sus incrustaciones magníficas, y admiraremos la belleza de la luna que avanza lentamente en medio de ellas y desciende hasta el río para bañarse en el agua.» El califa dijo: «¡Massrur, esta noche no desea mi alma ver semejantes cosas!» El otro añadió: «¡Señor, en tu palacio tienes trescientas mujeres secretas, y cada una disfruta de un pabellón para ella sola! Iré á prevenirlas para que todas estén preparadas; y entonces te pondrás tú detrás de los tapices de cada pabellón, y admirarás en su sencilla desnudez á cada una de ellas, sin hacerte traición con tu presencia.» El califa dijo: «¡Massrur, este palacio es mi palacio, y esas jóvenes me pertenecen; pero no es nada de eso lo que anhela mi alma esta noche!» El otro contestó: «¡Ordena, mi señor, y haré que entre tus manos se congreguen los sabios, los consejeros y los poetas de Bagdad! Los consejeros pronunciarán ante ti hermosas sentencias; los sabios te pondrán al corriente de los descubrimientos que hayan hecho en los anales, y los poetas encantarán tu espíritu con sus versos rítmicos.» El califa contestó: «¡Massrur, no es nada de eso lo que anhela mi alma esta noche!» El otro contestó: «En tu palacio, mi señor, hay coperos encantadores y deliciosos jóvenes de aspecto agradable. ¡Si lo ordenas, les haré venir para que te hagan compañía!» El califa contestó: «¡Massrur, no es nada de eso lo que anhela mi alma esta noche!» Massrur dijo: «¡Córtame, entonces, la cabe-

za, mi señor! ¡Quizá sea lo único que disipe tu hastío!...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 347.ª NOCHE

Ella dijo:

»...¡Córtame, entonces, la cabeza, mi señor! ¡Quizá sea lo único que disipe tu hastío!» Al oir estas palabras, Al-Rachid se echó á reir á carcajadas; luego dijo: «¡Mira, Massrur, puede que lo haga algún día! ¡Pero ahora ve á ver si todavía hay en el vestíbulo alguien que verdaderamente sea agradable de aspecto y de conversación!»

Entonces salió á ejecutar la orden Massrur, y volvió en seguida para decir al califa: «¡Oh Emir de los Creyentes! no encontré ahí fuera mas que á este viejo de mala índole, que se llama Ibn Al-Mansur!» Y preguntó Al-Rachid: «¿Qué Ibn Al-Mansur? ¿Es acaso Ibn Al-Mansur el de Damasco?» El jefe de los eunucos dijo: «¡Ese mismo viejo malicioso!» Al-Rachid dijo: «¡Hazle entrar cuanto antes!» Y Massrur introdujo á Ibn Al-Mansur, que dijo: «¡Sea contigo la zalema, ¡oh Emir de los Cre-

yentes!» El califa le devolvió la zalema y dijo: «¡Ya Ibn Al-Mansur! ¡Ponme al corriente de una de tus aventuras!» El otro contestó: «¡Oh Emir de los Creyentes! ¿Debo entretenerte con la narración de algo que yo haya visto, ó solamente con el relato de algo que haya oído?» El califa contestó: «¡Si viste alguna cosa asombrosa, date prisa á contármela, porque las cosas que se vieron son siempre preferibles á las que se oyeron contar!» El otro dijo: «¡Entonces, ¡oh Emir de los Creyentes! presta oído y otórgame una atención simpática!» El califa contestó: «¡Ya Ibn Al-Mansur! ¡Heme aquí dispuesto á escucharte con mis oídos, á verte con mis ojos, y á otorgarte de todo corazón una atención simpática!» Entonces dijo Ibn Al-Mansur:

«Has de saber, ¡oh Emir de los Creyentes! que todos los años iba yo á Bassra para pasar algunos días junto al emir Mohammad Al-Haschami, lugarteniente tuyo en aquella ciudad. Un año en que fuí á Bassra, como de costumbre, al llegar á palacio vi al emir que se disponía á montar á caballo para ir de caza. Cuando me vió, no dejó, tras las zalemas de bienvenida, de invitarme á que le acompañara; pero yo le dije: «Dispénsame, señor, pues la sola vista de un caballo me para la digestión, y á duras penas puedo tenerme en un burro. ¡No voy á ir de caza en burro!» El emir Mohammad me excusó, puso á mi disposición todo el palacio, y encargó á sus oficiales que me sirvieran con todo mira-

miento y no dejasen que careciera yo de nada mientras durase mi estancia. Y así lo hicieron.

Cuando se marchó, me dije: «¡Por Alah! Ya Ibn Al-Mansur, he aquí que hace años y años que vienes regularmente desde Bagdad á Bassra, y hasta hoy te contentaste con ir del palacio al jardín y del jardín al palacio como único passo por la ciudad. No basta eso para que te instruyas. Ahora que puedes distraerte, trata, pues, de ver por las calles de Bassra alguna cosa interesante. ¡Por cierto que nada ayuda á la digestión tanto como andar; y tu digestión es muy pesada; y engordas y te hinchas como una ostra!» Entonces obedecí á la voz de mi alma ofuscada por mi gordura, y me levanté al punto, me puse mi traje más hermoso, y salí del palacio con objeto de andar un poco á la ventura, de aquí para allá.

Por lo demás, ya sabes, ¡oh Emir de los Creyentes! que en Bassra hay setenta calles, y que cada calle tiene una longitud de setenta parasangas del Irak. Así es que, al cabo de cierto tiempo, me vi de pronto perdido en medio de tantas calles, y en mi perplejidad hube de andar más de prisa, sin atreverme á preguntar el camino por miedo de quedar en ridículo. Aquello me hizo sudar mucho; y también sentí bastante sed; y creí que el sol terrible iba sin duda á liquidar la grasa sensible de mi piel.

Entonces me apresuré á tomar la primera bocacalle para buscar algo de sombra, y de este modo

llegué á un callejón sin salida, por donde se entraba á una casa grande de muy buena apariencia. La entrada, medio oculta por un tapiz de seda roja, daba á un gran jardín que había delante de la casa. A ambos lados aparecían bancos de mármol sombreados por una parra, lo que me incitó á sentarme para tomar aliento.

Mientras me secaba la frente, resoplando de calor, oí que del jardín llegaba una voz de mujer, que cantaba con aire lastimero estas palabras:

¡Desde el día en que me abandonó mi gamo joven, se ha tornado mi corazón en asilo de dolor!

¿Acaso, como él cree, es un pecado tan grande dejarse amar por las muchachas?

Era tan hermosa la voz que cantaba y tanto me intrigaron las palabras aquellas, que dije para mí: «¡Si la poseedora de esta voz es tan bella como este canto hace suponer, es una criatura maravillosa!» Entonces me levanté y me acerqué á la entrada, cuyo tapiz levanté con cuidado, y miré poco á poco para no despertar sospechas. Y advertí en medio del jardín á dos jóvenes, de las cuales parecía ser el ama una y la esclava la otra. Y ambas eran de una belleza extraordinaria. Pero la más bella era precisamente quien cantaba; y la esclava la acompañaba con un laúd. Y yo creí ver á la misma luna que hubiese descendido al jardín en su

décimocuarto día, y me acordé entonces de estos versos del poeta:

¡Babilonia la voluptuosa brilla en sus ojos que matan con sus pestañas, más curvadas seguramente que los alfanjes y que el hierro templado de las lanzas!

¡Cuando caen sus cabellos negros sobre su cuello de jazmín, me pregunto si viene á saludarla la noche!

¿Son dos breves esferas de marfil lo que hay en su pecho, ó son dos granadas, ó son sus senos? ¿Y qué es lo que de tal modo ondula bajo su camisa? ¿Es su talle, ó es arena movible?

Y también me hizo pensar en estos versos del poeta:

¡Sus párpados son dos pétalos de narciso; su sonrisa es como la aurora; su boca está sellada por los dos rubíes de sus labios deliciosos; y bajo su túnica se mecen todos los jardines del paraíso!

Entonces, ¡oh Emir de los Creyentes! no pude por menos de exclamar: «¡Ya Alah! ¡ya Alah!» Y permanecí allí inmóvil, comiendo y bebiendo con los ojos encantos tan milagrosos. Así es que, al volver la cabeza hacia donde yo estaba, me vió la joven, y bajó vivamente el velillo de su rostro; luego, dando muestras de gran indignación, me mandó á la esclava tañedora de laúd, que se me

acercó, y después de arañarme, me dijo: «¡Oh jeique! ¿no te da vergüenza mirar así en su cara á las mujeres? ¿Y no te aconsejan tu barba blanca y tu vejez el respeto para las cosas honorables?» Yo contesté en alta voz para que me oyera la joven sentada: «Tienes razón, ¡oh mi dueña! y mi vejez es notoria; pero en lo que respecta á mi vergüenza, ya es otra cosa...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 348.ª NOCHE

Ella dijo:

»...pero en lo que respecta á mi vergüenza, ya es otra cosa.»

Cuando la joven hubo oído estas palabras, se levantó y fué á reunirse con su esclava, para decirme, irritada en extremo: «¿Es que hay mayor vergüenza para tus cabellos blancos ¡oh jeique! que la acción de pararte con tal osadía á la puerta de un harem que no es tu harem, y de una morada que no es tu morada?» Yo me incliné y contesté: «¡Por Alah, ¡oh mi dueña! que la vergüenza para mi barba no es tan considerable, y lo juro por tu vida! ¡Mi presencia aquí tiene una ex-

cusa!» Ella preguntó: «¿Y cuál es tu excusa?» Contesté: «¡Soy un extranjero que padece una sed de la que voy á morir!» Ella contestó: «¡Aceptamos esa excusa, pues ¡por Alah! que es atendible!» Y en seguida se volvió hacia su joven esclava y le dijo: «¡Gentil, corre pronto á darle de beber!»

Desapareció la pequeña para volver al cabo de un momento con un tazón de oro en una bandeja y una servilleta de seda verde. Y me ofreció el tazón, que estaba lleno de agua fresca, perfumada agradablemente con almizcle puro. Lo tomé, y me puse á beber muy lentamente y á largos sorbos, dirigiendo de soslayo miradas de admiración á la joven principal y miradas de notorio agradecimiento á ambas. Cuando me hube servido de este juego durante cierto tiempo, devolví el tazón á la joven, la cual me ofreció entonces la servilleta de seda, invitándome á limpiarme la boca. Me limpié la boca, le devolví la servilleta, que estaba deliciosamente perfumada con sándalo, y no me moví de aquel sitio.

Cuando la hermosa joven vió que mi inmovilidad pasaba de los límites correctos, me dijo con acento adusto: «¡Oh jeique! ¿á qué esperas aún para reanudar tu marcha por el camino de Alah?» Yo contesté con aire pensativo: «¡Oh mi dueña! me preocupan extremadamente ciertos pensamientos, y me veo sumido en reflexiones que no puedo llegar á resolver por mí solo!» Ella me preguntó: «¿Y cuáles son esas reflexiones?» Yo dije: «¡Oh mi due-

ña! reflexiono acerca del reverso de las cosas y acerca del curso de los acontecimientos que produce el tiempo!» Ella me contestó: «¡Cierto que son graves esos pensamientos, y todos tenemos que deplorar alguna fechoría del tiempo! Pero ¿qué ha podido inspirarte á la puerta de nuestra casa ¡oh jeique! semejantes reflexiones?» Yo dije: «¡Precisamente ¡oh mi dueña! pensaba yo en el dueño de esta casa! ¡Le recuerdo muy bien ahora! Antaño me propuso vivir en este callejón compuesto por una sola casa con jardín. ¡Sí, por Alah! el propietario de esta casa era mi mejor amigo!» Ella me preguntó: «¿Te acordarás, entonces, del nombre de tu amigo?» Yo dije: «¡Ciertamente, ¡oh mi dueña! ¡Se llamaba Alí ben-Mohammad, y era el síndico respetado por todos los joyeros de Bassra! ¡Ya hace años que le perdí de vista, y supongo que estará en la misericordia de Alah ahora! Permíteme, pues, ¡oh mi dueña! que te pregunte si dejó posteridad.»

Al oir estas palabras, los ojos de la joven se humedecieron de lágrimas, y dijo: «¡Sean con el síndico Alí ben-Mohammad la paz y los dones de Alah! Ya que fuiste su amigo, has de saber ¡oh jeique! que el difunto síndico dejó por única descendencia una hija llamada Badr. ¡Y ella sola es la heredera de sus bienes y de sus inmensas riquezas!» Yo exclamé: «¡Por Alah, que no puede ser más que tú misma ¡oh mi dueña! la hija bendita de mi amigo!» Ella sonrió y contestó: «¡Por Alah, que

lo adivinaste!» Yo dije: «¡Acumule sobre ti Alah sus bendiciones, ¡oh hija de Alí ben-Mohammad! Pero, á juzgar por lo que puedo ver á través de la seda que te vela el rostro, ¡oh luna! me parece que contrae tus facciones una gran tristeza. ¡No temas revelarme su causa, porque quizá me envía Alah para que trate de poner remedio á ese dolor que altera tu hermosura!» Ella contestó: «¿Cómo quieres que te hable de cosas tan íntimas, si ni siquiera me dijiste aún tu nombre ni tu calidad?» Yo me incliné y contesté: «¡Soy tu esclavo Ibn Al-Mansur, oriundo de Damasco, una de las personas á quienes nuestro dueño el califa Harún Al-Rachid honra con su amistad y ha escogido para compañeros íntimos!»

Apenas hube pronunciado estas palabras, ¡oh Emir de los Creyentes! me dijo Sett Badr: «¡Bien venido seas á mi casa, donde puedes encontrar hospitalidad larga y amistosa, ¡oh jeique Ibn Al-Mansur!» Y me invitó á que la acompañara y á que entrara á sentarme en la sala de recepción.

Entonces entramos los tres en la sala de recepción, y cuando estuvimos sentados, y después de los refrescos usuales, que fueron exquisitos, Sett Badr me dijo: «¡Ya que quieres saber la causa de una pena que adivinaste en mis facciones, ¡oh jeique Ibn Al-Mansur! prométeme el secreto y la fidelidad!» Yo contesté: «¡Oh mi dueña! en mi corazón está el secreto como en un cofre de acero cuya llave se hubiese perdido!» Y me dijo ella entonces:

«¡Escucha, pues, mi historia, ¡oh jeique!» Y después de ofrecerme aquella joven esclava tan gentil una cucharada de confitura de rosas, dijo Sett Badr:

«Has de saber, ¡oh Ibn Al-Mansur! que estoy enamorada, y que el objeto de mi amor se halla lejos de mí. ¡He aquí toda mi historia!»

Y tras estas palabras, Sett Badr dejó escapar un gran suspiro y se calló. Y yo le dije: «¡Oh mi dueña! estás dotada de belleza perfecta, y el que amas debe ser perfectamente bello! ¿Cómo se llama?» Ella me dijo: «Sí, Ibn Al-Mansur, el objeto de mi amor es perfectamente bello, como has dicho. Es el emir Jobair, jefe de la tribu de los Bani-Schaibán. ¡Sin ningún género de duda es el joven más admirable de Bassra y del Irak!» Yo dije: «No podía ser de otro modo, ¡oh mi dueña! Pero ¿consistió en palabras solamente vuestro mutuo amor, ó llegasteis á daros pruebas íntimas de él en diversos encuentros y de agradables consecuencias?» Ella dijo: «¡Ciertamente, hubieran sido de muy agradables consecuencias nuestros encuentros, si su larga duración bastara á enlazar los corazones! ¡Pero el emir Jobair me ha ofendido con una simple suposición!»

Al oir estas palabras, ¡oh Emir de los Creyentes! exclamé: «¿Cómo? ¿Es posible suponer que el lirio ame al barro porque la brisa le incline hacia el suelo? ¡Y aunque sean fundadas las suposiciones del emir Jobair, tu belleza es una disculpa viva, ¡oh mi dueña!» Ella sonrió y me dijo: «¡Si al me-

nos ¡oh jeique! se tratase de un hombre! ¡Pero el emir Jobàir me acusa de amar á una joven, á esta misma que tienes delante de tus ojos, á la gentil, á la dulce que nos está sirviendo!» Yo exclamé: «Pido á Alah perdón para el emir, ¡oh mi dueña! ¡Sea confundido el Maligno! ¿Y cómo pueden amarse entre sí las mujeres? ¿Quieres decirme, por lo menos, en qué ha fundado sus suposiciones el emir?» Ella contestó: «Un día, después de haber tomado mi baño en el hammam de mi casa, me eché en mi cama y me puse en manos de mi esclava favorita, esta joven que aquí ves, para que me vistiera y peinara mis cabellos. Era sofocante el calor, y con objeto de que me refrescara algo, mi esclava me despojó de las toallas que abrigaban mis hombros y cubrían mis senos, y se puso á arreglar las trenzas de mi cabellera. Cuando hubo concluído, me miró, y al encontrarme hermosa de aquel modo, me rodeó el cuello con sus brazos y me besó en la mejilla, diciéndome: «¡Oh mi señora, quisiera ser un hombre para amarte aún más de lo que te amo!» Y trataba, gentil, de divertirme con mil retozos amables. Y he aquí que en aquel momento precisamente entró el emir; nos lanzó una mirada singular á ambas y salió bruscamente, para enviarme algunos instantes después una esquela, en la que aparecían trazadas estas palabras: «El amor no puede hacernos dichosos mas que cuando nos pertenece en absoluto.» ¡Y desde aquel día no volví á verle; y jamás quiso darme noticias suyas, ya Ibn Al-Mansur!»

Entonces le pregunté: «¿Pero os unió algún contrato de matrimonio?» Ella contestó: «¿Y para qué hacer un contrato? Nos habíamos unido por nuestra voluntad, sin intervención del kadí y de los testigos.» Yo dije: «Entonces, ¡oh mi dueña! si me lo permites, quiero ser el lazo de unión entre vosotros dos, simplemente por el gusto de ver reunidos á dos seres selectos.» Ella exclamó: «¡Bendito sea Alah, que nos puso en tu camino, ¡oh jeique de rostro blanco! ¡No creas que vas á dar con una persona ingrata que ignora el valor de los beneficios! Voy ahora mismo á escribir de mi puño y letra una carta para el emir Jobair, y tú se la entregarás, procurando hacerle entrar en razón.» Y dijo á su favorita: «Anda, gentil, tráeme un tintero y una hoja de papel.» Se los trajo la otra, y Sett Badr escribió:

«¿Por qué dura tanto la separación, mi bien amado? ¿No sabes que el dolor ahuyenta de mis ojos el sueño, y que cuando pienso en tu imagen se me aparece tan cambiada que ya no la reconozco?

»¡Te conjuro á que me digas por qué dejaste la puerta abierta á mis calumniadores! ¡Levántate, sacude el polvo de los malos pensamientos y vuelve á mí sin tardanza! ¡Qué día de fiesta va á ser para ambos el que alumbre nuestra reconciliación!»

Cuando acabó de escribir esta carta, la dobló, la selló y me la entregó...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 350.ª NOCHE

Ella dijo:

...Cuando acabó de escribir esta carta, la dobló, la selló y me la entregó, y al mismo tiempo deslizó en mi bolsillo, sin dar lugar á que yo lo impidiese, una bolsa que contenía mil dinares de oro, y que me decidí á guardar como recuerdo de los buenos servicios que presté antaño á su difunto padre, el digno síndico, y en previsión del porvenir. Me despedí entonces de Sett Badr y me dirigí á la morada de Jobair, emir de los Bani-Schaibán, á cuyo padre, muerto hacía muchos años, conocí asimismo.

Cuando llegué al palacio del emir Jobair, me dijeron que también estaba de caza, y esperé su regreso. No tardó en llegar, y en cuanto supo mi nombre y mis títulos, me rogó aceptase su hospitalidad y considerase su casa como propia. Y en seguida fué á hacerme los honores él en persona.

Por lo que á mí respecta, ¡oh Emir de los Creyentes! al advertir la cumplida belleza del joven

me quedé sorprendido, y sentí que mi razón me abandonaba definitivamente. Y al ver él que yo no me movía, creyó que era la timidez lo que me retenía, y fué hacia mí sonriéndose, y me abrazó, según costumbre, y creí abrazar en aquel momento al sol, á la luna y al universo entero con todo su contenido. Y como había llegado la hora de reponer fuerzas, el emir Jobair me cogió de un brazo y me hizo sentarme á su lado en un cojín. Y en seguida pusieron la mesa los esclavos ante nosotros.

Era una mesa llena de vajilla del Khorassán, de oro y de plata, y que ostentaba cuantos manjares fritos y asados pudiesen desear el paladar, la nariz y los ojos. Entre otras cosas admirables, había allí aves rellenas de alfónsigos y de uvas, y pescados servidos en buñuelos de galleta, y especialmente una ensalada de verdolaga, á cuyo solo aspecto se me hacía agua la boca. No hablaré de las demás cosas, por ejemplo, de un maravilloso arroz con crema de búfalo, en el que de buena gana hubiera hundido mi mano hasta el codo, ni de la confitura de zanahorias con nueces, que tanto me gusta (¡oh! estoy seguro de que algún día me hará morir), ni de las frutas, ni de las bebidas.

¡Sin embargo, ¡oh Emir de los Creyentes! te juro por la nobleza de mis antecesores que reprimí los impulsos de mi alma y no probé bocado! Por el contrario, esperé á que mi huésped me instase con mucho ahinco á servirme de aquello, y le dije: «¡Por Alah! hice voto de no tocar á ninguno de los

manjares de tu hospitalidad, emir Jobair, mientras no accedas á una súplica que es el móvil de mi visita á tu casa!» Él me preguntó: «¿Puedo al menos ¡oh mi huésped! saber, antes de comprometerme á una cosa tan grave y que me amenaza con que renuncies á mi hospitalidad, cuál es el objeto de esta visita?» Por toda respuesta, saqué yo de mi pecho la carta y se la di.

La cogió, la abrió y la leyó. Pero al punto la rompió, arrojó á tierra los pedazos, los pisoteó, y me dijo: «¡Ya Ibn Al-Mansur! pide cuanto quieras y te será concedido al instante. ¡Pero no me hables del contenido de esta carta, á la que no tengo nada que contestar!»

Entonces me levanté y quise marcharme en seguida; pero me retuvo asiéndome de la ropa, y me suplicó que me quedase, diciéndome: «¡Oh mi huésped! ¡si supieras el motivo de mi repulsa, no insistirías ni por un instante! ¡Tampoco creas que eres el primero á quien se ha confiado semejante misión! ¡Y si lo deseas, te diré exactamente las palabras que te encargó ella me dijeses!» Y me repitió al punto las palabras consabidas, con tanta precisión como si hubiese estado en presencia nuestra en el momento en que se pronunciaron. Luego añadió: «¡Créeme que no debes ocuparte de ese asunto! ¡Y quédate en mi casa para descansar todo el tiempo que tu alma anhele!»

Estas palabras me decidieron á quedarme. Y pasé el resto del día y toda la noche comiendo,

bebiendo y disfrutando con el emir Jobair. No obstante, como no oía cantos ni música, me asombré al advertir tal excepción de las prácticas establecidas en los festines; y por último hube de decidirme á manifestar al joven emir mi sorpresa. En seguida vi ensombrecerse su rostro y noté en él un gran malestar; luego me dijo: «Hace ya mucho tiempo que suprimí los cantos y la música en mis festines. ¡Sin embargo, en vista de tu deseo, voy á satisfacerlo!» Y al instante hizo llamar á una de sus esclavas, que se presentó con un laúd indio, guardado en un estuche de raso, y se sentó delante de nosotros, preludiando inmediatamente en veintiún tonos distintos. Reanudó después el primer tono, y cantó:

¡Con los cabellos despeinados, lloran y gimen en el dolor las hijas del Destino, ¡oh alma mía!

¡La mesa, empero, está cargada con los manjares más exquisitos, son aromáticas las rosas, nos sonríen los narcisos y ríe en la jofaina el agua!

¡Oh alma mía, alma triste, ármate de valor! ¡De nuevo lucirá en los ojos la esperanza un día, y beberás en la copa de la dicha!

Pasó después á un tono más triste, y cantó:

¡Quien no saboreó las delicias del amor ni gustó su amargura, no sabe lo que pierde al perder á un amigo!

¡Quien no llegó á sufrir las heridas del amor, no puede saber los tormentos deleitosos que proporcionan!

¿Dónde están las noches dichosas pasadas junto á mi amigo, nuestros retozos amables, nuestros labios unidos, la miel de su saliva? ¡Oh dulzura! ¡oh dulzura!

¡Nuestras noches hasta el amanecer, nuestros días hasta la puesta del sol! ¿Qué hacer ¡oh corazón roto! contra los decretos de un destino cruel?

Apenas la cantora dejó expirar estas últimas quejas, cuando vi que mi joven huésped caía desvanecido lanzando un grito doloroso. Y me dijo la esclava: «¡Tú tienes la culpa, ¡oh jeique! Porque hace largo tiempo que evitamos cantar delante de él, á causa del estado de emoción en que se pone y de la agitación que le produce todo poema amoroso.» Y lamenté mucho haber sido causante de un accidente de mi huésped, é invitado por la esclava, me retiré á mi estancia para no importunarle más con mi presencia.

Al día siguiente, en el momento en que me disponía á partir y rogaba á uno de los servidores que transmitiese á su amo mi agradecimiento por aquella hospitalidad, se presentó un esclavo, que me entregó una bolsa con mil dinares, rogándome que la aceptara como compensación por el anterior trastorno, y diciéndome que estaba encargado de recibir mis adioses. Entonces, sin haber conseguido

nada, abandoné la casa de Jobair y regresé á la de aquella que me había enviado.

Al llegar al jardín, encontré á Sett Badr, que me esperaba á la puerta, y sin darme tiempo de abrir la boca, me dijo: «¡Ya Ibn Al-Mansur, sé que no tuviste éxito en tu misión!» Y me relató punto por punto todo lo acaecido entre el emir Jobair y yo, haciéndolo con tanta exactitud, que sospeché pagaba espías que la tuviesen al corriente de lo que pudiera interesarla. Y le pregunté: «¿Cómo te hallas tan bien informada, ¡oh mi dueña!? ¿Acaso estuviste allí sin ser vista?» Ella me dijo: «¡Ya Ibn Al-Mansur! has de saber que los corazones de los amantes tienen ojos que ven lo que ni suponer podrían los demás! ¡Pero ya sé que tú no tienes culpa de la repulsa! ¡Es mi destino!» Luego añadió, levantando los ojos al cielo: «¡Oh Señor, dueño de los corazones, soberano de las almas, haz que en adelante me amen sin que yo ame nunca! ¡Haz que lo que resta de amor por Jobair en este corazón se desvíe hacia el corazón de Jobair, para tormento suyo! ¡Haz que vuelva á suplicarme que le escuche, y dame valor para hacerle sufrir!»

Tras de lo cual me dió las gracias por lo que me presté á hacer en su favor, y se despidió de mí. Y volví al palacio del emir Mohammad, y desde allí regresé á Bagdad.

Pero al año siguiente hube de ir nuevamente á Bassra, según mi costumbre, para ventilar mis asuntos, porque debo decirte ¡oh Emir de los Cre-

yentes! que el emir Mohammad era deudor mío, y no disponía yo de otro medio que aquellos viajes regulares para hacerle pagar el dinero que me adeudaba. Y he aquí que al día siguiente de mi llegada me dije: «¡Por Alah! tengo que saber en qué paró la aventura de los dos amantes!»

Encontré cerrada la puerta del jardín, conmoviéndome con la tristeza que emanaba el silencio reinante en torno mío. Miré entonces por la rejilla de la puerta, y vi en medio de la avenida, bajo un sauce de ramas lagrimeantes, una tumba de mármol completamente nuevo todavía, y cuya inscripción funeral no pude leer á causa de la distancia. Y me dije: «¡Ya no está ella aquí! ¡Segaron su juventud! ¡Qué lástima que una belleza semejante se haya perdido para siempre! ¡La debió desbordar la pena, anegándola el corazón!...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 351.ª NOCHE

Ella dijo:

»...¡Qué lástima que una belleza semejante se haya perdido para siempre! ¡La debió desbordar la pena, anegándola el corazón!»

Con el pecho oprimido por la angustia, me decidí entonces á personarme en el palacio del emir Jobair. Allá me esperaba un espectáculo más entristecedor aún. Todo estaba desierto; los muros derrumbábanse ruinosos; habíase secado el jardín, sin la menor huella de que le cuidase nadie. Ningún esclavo guardaba la puerta del palacio, y no había ni un ser vivo que pudiera darme noticia de quienes habitaran en el interior. Ante aquel espectáculo, me dije desde lo profundo de mi alma: «¡También ha debido morir él!» Muy triste, muy apenado, me senté luego á la puerta, é improvisé esta elegía:

¡Oh morada! ¡En tus umbrales me detengo para llorar con tus piedras al recuerdo del amigo que ya no existe!

¿Dónde está el huésped generoso, cuya hospitalidad se hacía extensiva pródigamente á los viajeros?

¿Dónde están los amigos pletóricos de alegría que te habitaron en la época de tu esplendor, palacio?

¡Sigue su ejemplo, tú que pasas; pero no olvides, por lo menos, los beneficios de que todavía hay señales, á pesar de las ruinas del tiempo!

Mientras yo me dejaba llevar de la tristeza que me poseía, expresándola de aquel modo, apareció un criado, que avanzó hacia mí, diciéndome con acento violento: «¡Cállate, viejo jeique! ¡Te va en ello la vida! ¿Por qué dices cosas fúnebres á nuestra puerta?» Yo contesté: «¡Me limitaba á impro-

visar versos á la memoria de un amigo entre mis amigos, que habitaba esta casa y se llamaba Jobaír, de la tribu de los Bani-Schaibán!» El esclavo replicó: «¡El nombre de Alah sea con él y en torno de él! Ruega por el Profeta, ¡oh jeique! Pero ¿por qué dices que ha muerto el emir Jobaír? ¡Glorificado sea Alah! ¡Nuestro amo está con vida, siempre en el seno de los honores y de las riquezas!» Pero yo exclamé: «¿A qué obedece, entonces, ese ambiente de tristeza esparcido por la casa y el jardín?» Él contestó: «¡Al amor! El emir Jobair está con vida; pero es lo mismo que si se contara en el número de los muertos. Tendido yace en su lecho sin moverse; y cuando tiene hambre, nunca dice: «¡Dadme de comer!», y cuando tiene sed, no dice nunca: «¡Dadme de beber!»

Al oir estas palabras del negro, dije: «¡Por Alah sobre ti, ¡oh rostro blanco! ve en seguida á participarle mi deseo de verle! Dile: «¡Es Ibn Al-Mansur quien espera á tu puerta!» Se fué el negro, y al cabo de algunos instantes, volvió para avisarme que su amo podía recibirme. Y me hizo entrar, diciéndome: «Te advierto que no se enterará de nada de lo que le digas, á no ser que sepas conmoverle con ciertas palabras.»

Efectivamente, encontré al emir Jobair tendido en su lecho, con la mirada perdida en el vacío, muy pálido y adelgazado el rostro y desconocido en verdad. Le saludé al punto; pero no me devolvió la zalema. Le hablé; pero no me contestó. Enton-

ces me dijo al oído el esclavo: «No comprende más lenguaje que el de los versos.» ¡Por Alah, que no encontré nada mejor para entrar en conversación con él! Me abstraje un instante; luego improvisé estos versos con voz clara:

¿Anida todavía en tu alma el amor de Sett Badr, ó hallaste el reposo tras las zozobras de la pasión?

¿Pasas siempre en vigilia tus noches, ó al fin conocen tus párpados el sueño?

¡Si aún corren tus lágrimas, si aún alimentas con la desolación á tu alma, sabe que llegarás al colmo de la locura!

Cuando oyó él estos versos, abrió los ojos y me dijo: «¡Bien venido seas, Ibn Al-Mansur! ¡Las cosas tomaron para mí un carácter grave!» Yo contesté en seguida: «¿Puedo, al menos, señor, serte de alguna utilidad?» Él dijo: «¡Eres el único que puede salvarme todavía! ¡Tengo el propósito de mandar á Sett Badr una carta por mediación tuya, pues tú eres capaz de convencerla para que me responda!» Yo contesté: «¡Por encima de mi cabeza y de mis ojos!» Reanimado entonces, se incorporó, desenrolló una hoja de papel en la palma de la mano, cogió un cálamo y escribió:

«¡Oh dura bienamada! He perdido la razón y me debato en la desesperanza. Antes de este día creí que el amor era una cosa fútil, una cosa fácil,

una cosa leve. Pero, al naufragar en sus olas, vi ¡ay! que para quien en él se aventura es un mar terrible y confuso. A ti vuelvo con el corazón herido, implorando el perdón para lo pasado. ¡Ten piedad de mí y acuérdate de nuestro amor! Si deseas mi muerte, olvida la generosidad.»

Selló entonces la carta y me la entregó. Aunque yo ignoraba la suerte de Sett Badr, no dudé: cogí la carta y regresé al jardín. Crucé el patio, y sin previa advertencia entré en la sala de recepción.

Pero cuál no sería mi asombro al advertir sentadas en las alfombras á diez jóvenes esclavas blancas, en medio de las cuales se encontraba llena de vida y de salud, pero en traje de luto, Sett Badr, que se apareció como un sol puro á mis miradas asombradas. Me apresuré á inclinarme deseándole la paz; y no bien me vió ella entrar, me sonrió devolviéndome mi zalema, y me dijo: «¡Bien venido seas, Ibn Al-Mansur! ¡Siéntate! ¡Tuya es la casa!» Entonces le dije: «¡Aléjense de aquí todos los males, ¡oh mi dueña! Pero ¿por qué te veo en traje de luto?» Ella contestó: «¡Oh, no me interrogues, Ibn Al-Mansur! ¡Ha muerto la gentil! En el jardín pudiste ver la tumba donde duerme.» Y vertió un mar de lágrimas, mientras intentaban consolarla todas sus compañeras.

Ante todo, creí un deber por mi parte guardar silencio; luego dije: «¡Alah la tenga en su miseri-

cordia! ¡Y caigan, en cambio, sobre ti todas las bienandanzas que la vida reservaba aún á esa joven y dulce favorita tuya por quien lloras! ¡Parece mentira que haya muerto!» Ella dijo: «¡Pues murió la pobre!»

Aprovechándome entonces del estado de postración en que se hallaba, la entregué la carta, que hube de sacar de mi cinturón. Y añadí: «¡De tu respuesta ¡oh mi dueña! depende su vida ó su muerte! Porque, en verdad, la única cosa que le ata á la tierra todavía es la espera de esta respuesta.» Cogió ella la carta, la abrió, la leyó, sonrió, y dijo: «¿Ha llegado ahora á semejante estado de pasión él, que no quería leer mis cartas otras veces? ¡Fué preciso que guardara yo silencio desde entonces y desdeñara verle, para que volviese á mí más inflamado que nunca!» Yo contesté: «Tienes razón, y hasta te cabe el derecho de hablar aún con más amargura...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 352.ª NOCHE

Ella dijo:

»...y hasta te cabe el derecho de hablar aún con más amargura. Pero el perdón de las faltas es

patrimonio de las almas generosas. Y además, ¿qué harías en este palacio sola con tu dolor, después de haber muerto la gentil amiga que te consolaba con su dulzura?» Al oir estas palabras, se llenaron de lágrimas sus ojos, y permaneció pensativa durante una hora. Tras de lo cual me dijo: «Creo que dijiste verdad, Ibn Al-Mansur. ¡Voy á contestarle!»

Entonces ¡oh Emir de los Creyentes! cogió papel y escribió una carta, cuya elocuencia emocionante no sabrían igualar los mejores escribas de tu palacio. No me acuerdo de los términos exactos de aquella carta, pero en substancia decía así:

«A pesar del deseo, ¡oh mi amante! jamás he comprendido el motivo de nuestra separación. Reflexionando bien, es posible que en el pasado errara yo. Pero el pasado ya no existe, y los celos, cualesquiera que sean, deben morir con la víctima de la Separadora.

»Déjame que te tenga ahora al alcance de mi vista, para que descansen mis ojos como no lo harían con el sueño.

»Juntos entonces, beberemos nuevamente los tragos refrigerantes; y si nos embriagamos, no podrá censurarnos nadie.»

Selló luego la carta y me la entregó; y le dije: «¡Por Alah! ¡he aquí lo que apacigua la sed del sediento y cura las dolencias del enfermo!» Y me disponía á despedirme para llevar la buena nueva

al que la esperaba, cuando me detuvo ella aún para decirme: «¡Ya Ibn Al-Mansur, puedes añadir también que esta noche será para nosotros dos una noche de bendición!» Y lleno de alegría corrí á casa del emir Jobair, á quien encontré con la mirada fija en la puerta por donde debía yo entrar.

Cuando hubo leído la carta y comprendió su alcance, lanzó un gran grito de alegría y cayó desvanecido. No tardó en volver en sí, y preguntóme, todavía anhelante: «Dime, ¿fué ella misma quien redactó esta carta? ¿Y la escribió con su mano?» Yo le contesté: «¡Por Alah! que no supe hasta ahora que se pudiese escribir con los pies!»

Por lo demás, ¡oh Emir de los Creyentes! apenas había yo pronunciado estas palabras, cuando oímos detrás de la puerta un tintinear de brazaletes y un ruido de cascabeles y sedas, viendo aparecer, un instante más tarde, á la joven en persona.

Como no puede describirse con la palabra dignamente la alegría, no trataré de hacerlo en vano. Sólo he de decirte ¡oh Emir de los Creyentes! que ambos amantes corrieron á echarse en brazos uno de otro, entusiasmados y con las bocas juntas.

Cuando salieron de su éxtasis, Sett Badr permaneció de pie, rehusando sentarse á pesar de las instancias de su amigo. Me extrañó aquello mucho, y hube de preguntarle á qué obedecía. Ella me dijo: «¡No me sentaré hasta que se formalice nuestro pacto!» Dije yo: «¿Qué pacto, ¡oh mi dueña!?» Ella dijo: «Es un pacto que sólo incumbe á los ena-

morados.» Y se inclinó al oído de su amigo y le habló en voz baja. Él contestó: «¡Escucho y obedezco!» Y llamó á uno de sus esclavos, dándole una orden; y el esclavo desapareció.

Algunos instantes después, vi entrar al kadí y á los testigos, que extendieron el contrato de matrimonio de ambos amantes, y se fueron luego, llevando un regalo de mil dinares que les dió Sett Badr. Quise igualmente retirarme; pero no lo consintió el emir, que hubo de decirme: «¡No se dirá que tuviste únicamente parte en nuestras tristezas, sin participar de nuestra alegría!» Y me invitaron á un festín que duró hasta la aurora. Entonces me dejaron retirarme á la estancia que habíanme reservado.

Al despertarme por la mañana, entró en mi estancia un esclavo que llevaba una jofaina y un jarro, é hice mis abluciones, y recé mi plegaria matinal. Tras de lo cual fuí á sentarme en la sala de recepción, donde vi llegar á poco á los dos esposos, que salían del hammam, frescos aún, después de dedicarse á sus amores. Les deseé una mañana dichosa y les cumplimenté, felicitándoles é invocando bienandanzas sobre ellos; luego añadí: «Soy feliz por haber contribuído en algo á vuestra unión. Pero ¡por Alah! emir Jobair, si quieres darme una prueba de tu estimación para conmigo, explícame qué fué lo que pudo en otro tiempo irritarte hasta el punto de hacer que, para tu desgracia, te separaras de tu enamorada Sett Badr. Ella

misma me describió la escena de la pequeña esclava, besándola y mimándola después de haberle peinado y trenzado los cabellos. ¡Pero me parece inadmisible, emir Jobair, que sólo aquello pudiera ocasionar tu resentimiento y no tuvieras otra causa de enojo ú otras pruebas y sospechas!»

A estas palabras, el emir Jobair sonrió y me dijo: «Ibn Al-Mansur, tu sagacidad es excesivamente maravillosa. Ahora que la favorita de Sett Badr ha muerto, se extinguió mi rencor. Puedo, pues, revelarte sin misterio el origen de nuestra desavenencia. Proviene sencillamente de una broma que me gastó, como si ambas fuesen las culpables de ella, un barquero que las llevó en su barca cierto día en que fueron á pasear por el agua. Me dijo: «Señor, ¿cómo miras siquiera á una mujer que se burla de ti con una favorita á la que ama? Porque has de saber que en mi barca estaban apoyadas con indolencia una contra otra, y cantaban cosas muy inquietantes acerca del amor de los hombres. Y terminaron sus cánticos con estos versos:

¡Menos ardiente que mis entrañas es el fuego; pero en cuanto me acerco á mi amo, el incendio se apaga, y el hielo es menos frío que mi corazón ante sus deseos!

¡Pero no le ocurre así á mi amo! ¡En él, lo que debe estar duro es blando, y lo que debe tener tierno es duro; pues duro es su corazón como la roca, y su otra cosa es blanda como el agua!

Entonces yo, al oir del barquero semejante relato, sentí obscurecerse el mundo ante mis ojos, y corrí á casa de Sett Badr, donde vi lo que vi. Y bastó aquello para confirmar mis sospechas...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 353.ª NOCHE

Ella dijo:

»... corrí á casa de Sett Badr, donde vi lo que vi. Y bastó aquello para confirmar mis sospechas. Pero gracias á Alah se ha olvidado todo ahora!»

Me rogó entonces que, como prueba de su gratitud por mis buenos oficios, aceptase la suma de tres mil dinares; y le reiteré yo mis cumplimientos...»

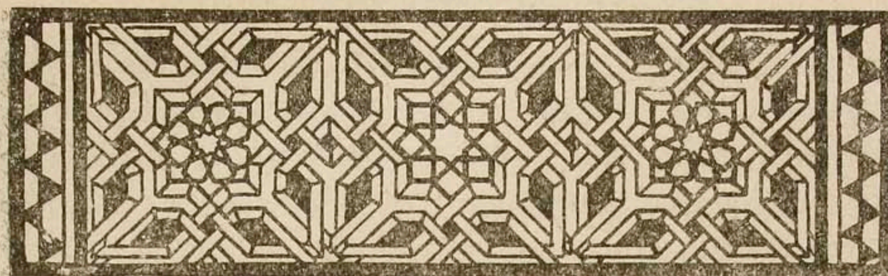
Ibn Al-Mansur interrumpió de pronto su relato porque acababa de oir un ronquido que le cortó la palabra. Era el califa, que dormía profundamente, dominado al fin por el sueño que hubo de producirle esta historia. Así es que, temiendo despertarle, Ibn Al-Mansur se evadió dulcemente por la puerta que más dulcemente aún le abrió el jefe de los eunucos.

Y acabando de hablar, Schahrazada se calló un instante, miró al rey Schahriar, y le dijo: «¡En verdad, ¡oh rey afortunado! que me asombra que con esta historia no te haya también rendido el sueño!» El rey Schahriar dijo: «¡Nada de eso! ¡Te equivocas, Schahrazada! No siento ganas de dormir esta noche; ¡y ten cuidado, no vaya á ser que, si no me cuentas en seguida una historia instructiva, ponga en práctica la amenaza de Al-Rachid á su porta-alfanje! Por ejemplo, ¿no sabrías decirme algunas palabras acerca del remedio que hay contra las mujeres que atormentan á sus esposos con un deseo de carne nunca satisfecho, y les abren así la puerta de la tumba?»

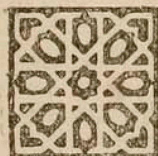
Al oir estas palabras, Schahrazada reflexionó un instante, y dijo: «¡Precisamente ¡oh rey afortunado! de ninguna historia me acuerdo tan bien como de una referente á ese asunto, y que en seguida voy á contarte!»

Y dijo Schahrazada:





HISTORIA DE WARDÁN EL CARNICERO Y DE LA HIJA DEL VISIR



Se cuenta, entre diversos cuentos, que había en el Cairo un hombre llamado Wardán, que tenía el oficio de carnicero, expendedor de carne de carnero. Todos los días veía entrar en su tienda á una joven espléndida de cuerpo y de rostro, pero con los ojos muy fatigados, y las facciones muy ajadas, y la tez palidísima. Y siempre llegaba seguida de un mandadero cargado con su banasta, escogía el trozo más tierno de carne y también las criadillas de un carnero, pagaba todo con una moneda de oro que pesaba dos dinares ó más, metía su compra en la banasta del mandadero, y continuaba su marcha por el zoco, parándose en todas las tiendas y com-

prando algo á cada mercader. Y continuó conduciéndose así durante un largo espacio de tiempo, hasta que un día el carnicero Wardán, intrigado al límite de la intriga por el aspecto y el silencio y las maneras de su joven cliente, resolvió aclarar la cosa para librarse de los pensamientos que acerca de ello le asaltaban.

Por cierto que encontró precisamente la ocasión que buscaba, una mañana en que vió pasar solo por delante de la tienda al mandadero de la joven. Le detuvo, le puso en la mano una cabeza de carnero lo más excelente posible, y le dijo: «¡Oh mandadero, recomienda bien al dueño del horno que no ase demasiado la cabeza, para que no pierda sabor!» Luego añadió: «¡Oh mandadero, estoy muy perplejo con motivo de esa joven que todos los días te toma á su servicio! ¿Quién es y de dónde viene? ¿Qué hace con esas criadillas de carnero? Y sobre todo, ¿por qué tiene tan fatigados los ojos y las facciones?» El otro contestó: «¡Por Alah! que estoy tan perplejo como tú por lo que á ella respecta! En seguida voy á decirte cuanto sé, ya que tu mano es generosa con los pobres como yo. ¡Escucha! Una vez terminadas todas sus compras, adquiere aún, en casa del mercader nazareno de la esquina, un dinar ó más de cierto precioso vino añejo, y me lleva cargado así hasta la entrada de los jardines del gran visir. Allí me venda los ojos con su velo, me coge de la mano y me conduce hasta una escalera, por cuyos escalones baja con-

migo, para luego descargarme mi banasta, darme medio dinar por mi trabajo y una banasta vacía en lugar de la mía, y conducirme de nuevo, con los ojos vendados siempre, hasta la puerta de los jardines, donde me despide hasta el día siguiente. ¡Y no pude saber nunca lo que hace con esa carne, con esos frutos, con esas almendras, con esas velas, y con todas las cosas que me hace llevar hasta esa escalera subterránea!» El carnicero Wardán contestó: «¡No haces mas que aumentar mi perplejidad, ¡oh mandadero!» Y como llegaban otros clientes, dejó al mandadero y se puso á despacharles.

Al día siguiente, después de pasarse la noche pensando en aquel estado de cosas que le preocupaba en extremo, vió llegar á la misma hora á la joven seguida del mandadero. Y se dijo: «¡Por Alah! que esta vez, cueste lo que cueste, he de saber lo que quiero saber!» Y luego que la joven se alejó con sus diversas compras, el carnicero encargó á su dependiente que tuviese cuidado de la tienda en lo que afectaba á venta y compra, y se puso á seguirla de lejos, procurando no ser advertido. De esta suerte caminó detrás de ella hasta la entrada de los jardines del visir, y se escondió detrás de los árboles para esperar el regreso del mandadero, á quien vió, en efecto, con los ojos vendados y conducido de la mano por las avenidas. Después de una ausencia de algunos instantes, la vió volver á la entrada, quitar el velo de los ojos del mandadero, despedirle, y aguardar á que hu-

biese desaparecido el tal mandadero para entrar de nuevo en el jardín.

Entonces salió él de su escondite y la siguió con los pies descalzos, ocultándose tras los árboles. De esta suerte la vió llegar ante un peñasco, tocarlo de cierta manera, haciéndolo girar sobre sí mismo, y desaparecer por una escalera cuyos peldaños estaban bajo tierra. Esperó entonces algunos instantes, y se acercó al peñasco, con el que manipuló del propio modo, consiguiendo hacerlo girar. Se hundió entonces bajo tierra, colocando otra vez el peñasco en su sitio, y he aquí contado por él mismo lo que vió.

Dijo:

«Al principio no distinguí nada en la obscuridad subterránea; luego acabé por vislumbrar un pasillo, en el fondo del cual se filtraba la luz; le recorrí, siempre descalzo y conteniendo la respiración, y llegué á una puerta tras de la que percibí risas y gruñidos. Apliqué entonces un ojo á una ranura por la que pasaba un rayo de luz, y vi enlazados sobre un diván á la joven y á un mono enorme, de rostro completamente humano, haciendo contorsiones y movimientos. Al cabo de algunos instantes se desenlazó de él la joven, se puso en pie y se despojó de toda su ropa para tenderse de nuevo en el diván, pero enteramente desnuda. Y en seguida saltó sobre ella el mono, y la cubrió, cogiéndola en sus brazos. Y cuando acabó su cosa con ella, se levantó, descansó un instante, y luego la poseyó otra

vez, cubriéndola. Se levantó después, y descansó otra vez, pero para caer de nuevo sobre ella y poseerla, y así lo hizo diez veces seguidas de la misma manera, mientras ella, por su parte, le otorgaba cuanto de más fino y delicado otorga la mujer al hombre. Tras de lo cual, cayeron ambos desvanecidos en un aniquilamiento. Y ya no se movieron.

Yo quedé estupefacto...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 354.ª NOCHE

Ella dijo:

...Yo quedé estupefacto. Y dije desde el fondo de mi alma: «¡Ahora ó nunca es la ocasión!» Y empujando con un hombro, derribé la puerta y me precipité en la sala blandiendo mi cuchillo de carnicero, tan afilado, que cortaba el hueso mejor que la carne.

Me abalancé resueltamente sobre el enorme mono, del que no se movió ni un solo músculo de tanto como sus ejercicios le habían extenuado; le apoyé con brusquedad mi cuchillo en la nuca, y de un golpe le separé del tronco la cabeza. Entonces la

fuerza vital que residía en él salió de su cuerpo con gran estrépito, estertores y convulsiones, hasta el punto de que la joven abrió de repente los ojos y me vió con el cuchillo lleno de sangre en la mano. Lanzó entonces tal grito de terror, que por un momento creí verla expirar sin remedio. No obstante, al ver que yo no la quería mal, pudo recobrar su ánimo poco á poco y reconocerme. Entonces me dijo: «¿Es así ¡oh Wardán! como tratas á una cliente fiel?» Yo le dije: «¡Oh enemiga de tí misma! ¿Acaso no hay hombres, para que recurras á semejantes procedimientos?» Ella me contestó: «¡Oh Wardán! escucha primeramente la causa de todo eso, y tal vez me disculpes!

»Sabrás, en efecto, que soy la hija única del gran visir. Hasta la edad de quince años he vivido tranquila en el palacio de mi padre; pero un día me enseñó un negro lo que tenía yo que aprender, y me tomó lo que de mí podía tomarse. Por lo demás, debes saber que no hay nada como un negro para inflamarnos nuestro interior á las mujeres, sobre todo cuando el terreno ha sentido ese abono negro la primera vez. Así es que no te extrañe saber que mi terreno se quedó tan excitado desde entonces, que se hacía necesario lo regase el negro á todas horas sin interrupción.

»Al cabo de cierto tiempo, murió el negro en la tarea, y yo conté mi pena á una vieja del palacio, que me había conocido desde la infancia. La vieja bajó la cabeza y me dijo: «Lo único que en ade-

tante puede reemplazar junto á ti á un negro, hija mía, es el mono. Porque nadie más fecundo en asaltos que un mono.»

»Me dejé persuadir por la vieja, y un día, al ver pasar bajo las ventanas del palacio á un domador de monos que hacía ejecutar cabriolas á sus animales, me descubrí el rostro de repente á la vista del más corpulento de entre ellos, que estaba mirándome. En seguida rompió él su cadena, y sin que pudiese detenerle su amo, huyó por las calles, dió un gran rodeo, entró en el palacio por los jardines, y corrió directamente á mi estancia, donde al punto me cogió en sus brazos, é hizo lo que hizo diez veces seguidas sin interrumpirse.

»Pero hé aquí que mi padre acabó por enterarse de mis relaciones con el mono, y creí que aquel día me mataba. Entonces, como no podía prescindir de mi mono en lo sucesivo, hice que labraran para mí en secreto este subterráneo, donde le encerré. Y yo misma le traía de comer y de beber, hasta hoy en que la fatalidad te hizo descubrir mi escondrijo y te impulsó á matarle. ¡Ay! ¿Qué será de mí ahora?»

Entonces traté de consolarla, y le dije para calmarla: «Ten la seguridad ¡oh mi señora! de que puedo reemplazar junto á ti al mono. ¡Ya lo verás cuando probemos, porque estoy reputado como cabalgador!» Y por cierto que aquel día y los siguientes hube de demostrarla que mi brío superaba al del difunto mono y al del difunto negro.

Aquello, sin embargo, no pudo prolongarse del mismo modo mucho tiempo; porque, al cabo de algunas semanas, yo me perdía allí dentro como en un abismo sin fondo. Y la joven, por el contrario, veía de día en día aumentar sus deseos y progresar su fuego interno.

En tan embarazosa situación, hube de recurrir á la ciencia de una vieja á quien yo conocía como incomparable en el arte de preparar filtros y confeccionar remedios para las enfermedades más rebeldes. Le conté la historia desde el principio hasta el fin, y le dije: «Ahora, mi buena tía, quiero pedirte que me prepares algo capaz de aplacar los deseos de esta mujer y de calmar su temperamento.» Ella me contestó: «¡Nada más fácil!» Díje: «¡Me confío enteramente á tu ciencia y á tu sabiduría!»

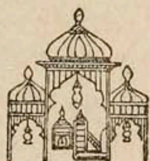
Entonces cogió ella una marmita, en la que echó once granos de altramuz de Egipto, una onza de vinagre virgen, dos onzas de lúpulo y algunas hojas de digital. Hizo hervir todo durante dos horas, escurrió cuidadosamente el líquido, y me dijo: «Ya está el remedio.» Entonces la rogué que me acompañara al subterráneo; y allí me dijo: «¡Conviene que la cabalgues hasta que caiga extenuada!» Y se retiró al pasillo para esperar á que se ejecutase su orden.

Hice lo que me pedía, y con tanto acierto, que la joven perdió el conocimiento. Entonces entró la vieja en la sala, y después de recalentar el líquido

consabido, lo echó en una vasija de cobre y lo colocó entre los muslos de la hija del visir. La dió fumigaciones que le penetraron muy adentro en las partes fundamentales, y debieron producir un efecto radical, porque de pronto vi caer entre los muslos separados dos objetos que empezaron á agitarse. Los examiné de cerca, y vi que eran dos anguilas, una amarilla y otra negra.

Al ver las dos anguilas...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 355.ª NOCHE

Ella dijo:

...Al ver las dos anguilas, la vieja llegó al límite del júbilo, y exclamó: «¡Da las gracias á Alah, hijo mío! ¡El remedio produjo efecto! Porque has de saber que estas dos anguilas eran la causa del deseo insaciable de que fuiste á quejarte á mí. Una de las anguilas ha nacido de las cópulas con el negro, y la otra de las cópulas con el mono. ¡Ahora que han sido desalojadas, la joven gozará de un temperamento moderado, y no volverá á mostrarse fatigosa y desordenada en sus deseos!»

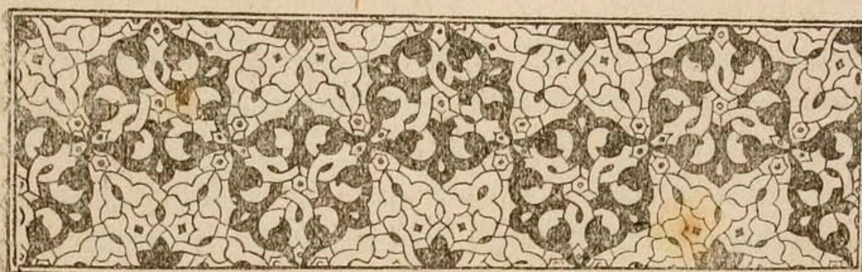
Y efectivamente, noté que desde que volvió en

sí la joven, no pedía que satisfacieran sus sentidos. Y la encontré tan tranquila, que no dudé en pedirla en matrimonio. Consintió porque se había acostumbrado á mí. Y desde entonces vivimos juntos la vida más dulce entre las delicias más perfectas, después de recoger en nuestra casa á la vieja que había realizado curación tan asombrosa, enseñándonos el remedio contra los deseos inmoderados.

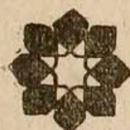
¡Glorificado sea el Viviente que no muere nunca y tiene en su mano los imperios y los reinados!»

Y continuó Schahrazada: «Tal es ¡oh rey afortunado! todo cuanto sé acerca del remedio que ha de aplicarse á las mujeres de temperamento demasiado molesto.» Y dijo el rey Schahriar: «¡Hubiera querido conocer esa receta el año último, para hacer fumigar á la maldita á quien sorprendí en el jardín con el esclavo negro! ¡Pero ahora, Schahrazada, vas á dejar las historias científicas, y á contarme esta noche, si puedes, una historia más asombrosa que todas las ya oídas, porque me siento el pecho más oprimido que de costumbre!» Y contestó Schahrazada: «¡Sí puedo!» Y al punto dijo:





HISTORIA DE LA REINA YAMLIKA, PRINCESA SUBTERRÁNEA



Se cuenta que en la antigüedad del tiempo y el pasado de las edades y de los siglos, había un sabio entre los sabios de Grecia que se llamaba Danial. Tenía muchos discípulos respetuosos, que escuchaban su enseñanza y se aprovechaban de su ciencia; pero le faltaba el consuelo de un hijo que pudiese heredarle sus libros y sus manuscritos. Como ya no sabía qué hacer para obtener este resultado, concibió la idea de rogar al Dueño del cielo que le concediese semejante favor. Y el Altísimo, que no tiene portero en la puerta de su generosidad, escuchó el ruego, y en aquella hora y aquel instante hizo que quedase encinta la esposa del sabio.

Durante los meses que duró el embarazo de su

esposa, se dijo el sabio Danial, que ya se veía muy viejo: «¡La muerte está cercana, y no sé si el hijo que voy á tener podrá encontrar un día intactos mis libros y mis manuscritos!» Y desde entonces consagró todo su tiempo á resumir en algunas hojas cuanta ciencia contenían sus diversos escritos. Llenó así con una letra muy menuda cinco hojas, que encerraban la quinta esencia de todo su saber y de los cinco mil manuscritos que poseía. Luego las releyó, reflexionó, y le pareció que hasta en aquellas cinco hojas había cosas que podían quintaesenciarse aún más. Entonces consagró todavía un año á la reflexión, y acabó por resumir las cinco hojas en una sola, cinco veces más pequeña que las primeras. Y cuando terminó aquel trabajo, sintió que estaba próximo su fin.

Entonces, para que sus libros y sus manuscritos no llegasen á ser propiedad de otro, el viejo sabio los tiró hasta el último al mar, y no conservó mas que la consabida hojita de papel. Llamó á su esposa encinta, y le dijo: «Acabó mi tiempo, ¡oh mujer! y no me es dable educar por mí mismo al hijo que nos concede el cielo y á quien no he de ver. Pero le dejo por herencia esta hojita de papel, que solamente le darás el día en que te pida la parte que le corresponde de los bienes de su padre. Y si llega á descifrarla y á comprender su sentido, será el hombre más sabio de su siglo. ¡Deseo que se llame Hassib!» Y tras de haber dicho estas palabras, el sabio Danial expiró en la paz de Alah.

Se le hicieron funerales, á los que asistieron todos sus discípulos y todos los habitantes de la ciudad. Y todos le lloraron mucho y tomaron parte en el duelo por su muerte.

He aquí que algunos días después la esposa de Danial echó al mundo un niño varón, muy proporcionado, á quien se le llamó Hassib, cumpliendo la recomendación del difunto. Al mismo tiempo mandó convocar la madre á los astrólogos, quienes, una vez hechos sus cálculos y terminada su observación de los astros, sacaron el horóscopo del niño, y dijeron: «¡Oh mujer! tu hijo vivirá largos años si escapa á un peligro que está suspendido sobre su juventud. Si evita este peligro, alcanzará un grado sumo de ciencia y de riqueza.» Y se fueron por su camino.

Cuando tuvo el niño la edad de cinco años, su madre le llevó á la escuela para que aprendiese algo allí; pero no aprendió nada absolutamente. Le sacó ella entonces de la escuela, y quiso que abrazara una profesión; pero pasaron muchos años sin que el muchacho hiciese nada, y llegó á la edad de quince sin aprender nada tampoco, y sin lograr un medio de vida con que contribuir á los gastos de su madre. Se echó á llorar entonces ella, y las vecinas le dijeron: «Sólo el matrimonio podría darle aptitud para el trabajo; porque entonces verá que cuando se tiene una mujer hay que trabajar para sostenerla.» Estas palabras decidieron á la madre á ponerse en movimiento y á buscar entre

sus conocimientos una joven; y habiendo encontrado una que era de su conveniencia, se la dió en matrimonio. Y el joven Hassib fué perfecto para con su esposa, y no la desdeñó, sino todo lo contrario. Pero continuó sin hacer nada y sin aficionarse á trabajo alguno.

Y he aquí que en la vecindad había leñadores, que dijeron á la madre un día: «Compra á tu hijo un asno, cuerdas y un hacha, y déjale ir á cortar leña á la montaña con nosotros. Luego venderemos la leña y repartiremos el provecho con él. De esta manera podrá ayudarte en tus gastos y sostener mejor á su esposa.»

Al oir tales palabras, la madre de Hassib, llena de alegría, le compró en seguida un asno, cuerdas y un hacha, y se lo confió á los leñadores, recomendándoselo mucho; y los leñadores le contestaron: «No te preocupes por eso. ¡Es hijo de nuestro amo Danial, y sabremos protegerle y velar por él.» Y le llevaron consigo á la montaña, donde le enseñaron á cortar leña y á cargarla á lomos del asno para venderla luego en el mercado. Y Hassib se aficionó en extremo á este oficio, que le permitía pasearse á la vez que ayudar á su madre y á su esposa.

Y un día entre los días, cuando cortaban leña en la montaña, les sorprendió una tempestad, acompañada de lluvia y de truenos, que hubo de obligarles á correr para refugiarse en una caverna situada no lejos de allí, y en la cual encendieron

lumbre para calentarse. Y al mismo tiempo encargaron al joven Hassib, hijo de Danial, que hiciese leños para alimentar el fuego.

Mientras Assib, retirado en el fondo de la caverna, se ocupaba en partir madera, oyó de pronto resonar su hacha sobre el suelo con un ruido sonoro, como si en aquel sitio hubiese un espacio hueco bajo tierra. Empezó entonces á escarbar con los pies, y puso á la vista una losa de mármol antiguo con una anilla de cobre...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 356.ª NOCHE

Ella dijo.

...una losa de mármol antiguo con una anilla de cobre. Al ver aquello, llamó la atención á sus compañeros, que acudieron y consiguieron levantar la losa de mármol. Y dejaron entonces al descubierto una cueva muy ancha y muy profunda, en la que se alineaba una cantidad innumerable de ollas que parecían viejas, y cuyo cuello estaba sellado cuidadosamente. Bajaron entonces por medio de cuerdas á Hassib al fondo de la cueva, para que

viese el contenido de las ollas y las atase á las cuerdas con objeto de que las izaran á la caverna.

Cuando bajó á la cueva el joven Hassib, empezó por romper con su hacha el cuello de una de las ollas de barro, y al punto vió salir de ella una miel amarilla de calidad excelente. Participó su descubrimiento á los leñadores, quienes, aunque un poco desencantados por encontrar miel donde esperaban dar con un tesoro de tiempos antiguos, se alegraron bastante al pensar en la ganancia que había de procurarles la venta de las innumerables ollas con su contenido. Izaron, una tras de otra, todas las ollas, conforme las ataba el joven Hassib, cargándolas en sus asnos en vez de la leña, y sin querer sacar del subterráneo á su compañero, marcharon á la ciudad todos, diciéndose: «Si le sacáramos de la cueva, nos veríamos obligados á partir con él el provecho de la venta. ¡Además, es un bribón, cuya muerte será para nosotros preferible á su vida!»

Y se encaminaron, pues, al mercado con sus asnos, y comisionaron á uno de los leñadores para que fuese á decir á la madre de Hassib: «Estando en la montaña, cuando estalló la tempestad sobre nosotros, el asno de tu hijo se dió á la fuga y obligó á tu hijo á correr detrás de él mientras los demás nos refugiábamos en una caverna. Quiso la mala suerte que de repente saliera de la selva un lobo y matara á tu hijo, devorándole con el asno.

¡Y no hemos encontrado otras huellas que un poco de sangre y algunos huesos!»

Al saber semejante noticia, la desgraciada madre y la pobre mujer de Hassib se abofetearon el rostro y cubriéronse con polvo la cabeza, llorando todas las lágrimas de su desesperación. ¡Y esto por lo que á ellas se refiere!

En cuanto á los leñadores, vendieron las ollas de miel á un precio muy ventajoso, y realizaron una ganancia tan considerable, que cada uno de ellos pudo abrir una tienda para vender y comprar. Y no se privaron de ningún placer, comiendo y bebiendo á diario las cosas más excelentes. ¡Y esto por lo que á ellos se refiere!

¡Pero he aquí lo que al joven Hassib le acaeció! Cuando vió que no le sacaban de la cueva, se puso á gritar y á suplicar, pero en vano, porque ya se habían marchado los leñadores, y tenían resuelto dejarle morir sin socorrerle. Trató entonces de abrir en las paredes agujeros donde enganchar manos y pies; pero comprobó que las paredes eran de granito y resistían al acero del hacha. Entonces no tuvo límites su desesperación, é iba á lanzarse al fondo de la cueva para dejarse morir allí, cuando de pronto vió salir de un intersticio de la pared de granito á un escorpión, que avanzó hacia él para picarle. Aplastóle de un hachazo, y examinó el intersticio consabido, por el que vió se escapaba un rayo de luz. Se le ocurrió entonces la idea de meter por aquel intersticio la hoja del ha-

cha, apalancando fuertemente. Y con gran sorpresa por su parte, pudo de tal modo descubrir una puerta, que se alzó poco á poco, mostrando una abertura lo bastante amplia para dar paso á un cuerpo de hombre.

Al ver aquello, no dudó un instante Hassib, penetrando por la abertura, y se encontró en una larga galería subterránea, de cuya extremidad venía la luz. Durante una hora estuvo recorriendo la tal galería, y llegó ante una puerta considerable de acero negro, con cerradura de plata y llave de oro. Abrió aquella puerta, y de repente hallóse al aire libre, en la orilla de un lago, al pie de una colina de esmeralda. En el borde del lago vió un trono de oro resplandeciente de pedrerías, y á su alrededor, reflejándose en el agua, sillones de oro, de plata, de esmeralda, de cristal, de acero, de madera de ébano y de sándalo blanco. Contó estos sillones, y supo que su número era de doce mil, ni más ni menos. Cuando hubo acabado de contarlos, y de admirar su belleza, y el paisaje, y el agua que los reflejaba, fué á sentarse en el trono de en medio para gozar mejor del espectáculo maravilloso que ofrecían el lago y la montaña.

Apenas habíase sentado en el trono de oro el joven Hassib, cuando oyó un son de címbalos y de *gongs*, y de pronto vió avanzar por la falda de la colina de esmeralda una fila de personas que se desplegaba hacia el lago, deslizándose más que caminando; y no pudo distinguirlas á causa de la

distancia. Cuando estuvieron más cerca, vió que eran mujeres de belleza admirable, pero cuya extremidad inferior terminaba como el cuerpo alargado y reptador de las serpientes. Su voz era muy agradable, y cantaban en griego loas á una reina que él no veía. Pero en seguida apareció detrás de la colina un cuadro formado por cuatro mujeres serpentinas, que llevaban en sus brazos, alzados por encima de su cabeza, un gran azafate de oro, en el que se mostraba la reina sonriente y llena de gracia. Avanzaron las cuatro mujeres hasta el trono de oro, del que Hassib se apresuró á alejarse, y colocaron allí á su reina, arreglándola los pliegues de sus velos, y se mantuvieron detrás de ella, en tanto que cada una de las demás mujeres serpentinas habíase deslizado hacia uno de los sillones preciosos dispuestos alrededor del lago. Entonces, con una voz de timbre encantador, dijo la reina algunas palabras en griego á las que la rodeaban; y al punto dieron una señal los címbalos, y todas las mujeres serpentinas entonaron un himno griego en honor de la reina y se sentaron en los sillones.

Cuando acabaron su canto, la reina, que había notado la presencia de Hassib, volvió la cabeza gentilmente hacia él y le hizo una seña para animarle á que se aproximara. Y aunque muy emocionado, se aproximó Hassib, y la reina le invitó á sentarse, y le dijo: «¡Bien venido seas á mi reino subterráneo, ¡oh joven á quien el destino propicio condujo hasta aquí! Ahuyenta de ti todo temor, y

dime tu nombre, porque soy la reina Yamlika, princesa subterránea. Y todas estas mujeres serpentinas son súbditas mías. Habla, pues, y dime quién eres, y cómo pudiste llegar hasta este lago, que es mi residencia de invierno y el sitio donde vengo á pasar algunos meses cada año, dejando mi residencia veraniega del monte Cáucaso.»

Al oir estas palabras, el joven Hassib, tras de besar la tierra entre las manos de la reina Yamlika, se sentó á su diestra en un sillón de esmeralda, y dijo: «Me llamo Hassib, y soy hijo del difunto Danial, el sabio. Mi oficio es el de leñador, aunque hubiese podido llegar á ser mercader entre los hijos de los hombres, ó hasta un gran sabio. ¡Pero preferí respirar el aire de las selvas y montañas, pensando que habría siempre tiempo para encerrarse, después de la muerte, entre las cuatro paredes de la tumba!» Luego contó con detalles lo que le había ocurrido con los leñadores, y cómo, por efecto del azar, pudo penetrar en aquel reino subterráneo.

El discurso del joven Hassib complació mucho á la reina Yamlika, que le dijo: «¡Dado el tiempo que estuviste abandonado en la fosa, debes tener bastante hambre y bastante sed, Hassib!» É hizo cierta seña á una de sus damas, la cual se deslizó hasta el joven llevando en su cabeza una bandeja de oro llena de uvas, granadas, manzanas, alfónsigos, avellanas, nueces, higos frescos y plátanos. Luego, cuando hubo él comido y aplacado su hambre, bebió un sorbete delicioso contenido en una

copa tallada en un rubí. Entonces se alejó con la bandeja la que le había servido, y dirigiéndose á Hassib le dijo la reina Yamlika: «¡Ahora, Hassib, puedes estar seguro de que mientras dure tu estancia en mi reino no te sucederá nada desagradable. Si tienes, pues, intención de quedarte con nosotras á orillas de este lago y á la sombra de estas montañas una semana ó dos, para hacerte pasar mejor el tiempo te contaré una historia que servirá para instruirte cuando estés de regreso en el país de los hombres!»

Y entre la atención de las doce mil mujeres serpentinas sentadas en los sillones de esmeralda y de oro, la reina Yamlika, princesa subterránea, contó en lengua griega lo siguiente al joven Hassib, hijo de Danial, el sabio:

«Has de saber ¡oh Hassib! que en el reino de Bani-Israil había un rey muy prudente, que en su lecho de muerte llamó á su hijo, heredero de su trono, y le dijo: «¡Oh hijo Belukia, te recomiendo que cuando tomes posesión del poder hagas por ti mismo inventario de cuantas cosas hay en este palacio, sin que dejes de examinar nada con la mayor atención!»

Entonces, el primer cuidado del joven Belukia al convertirse en rey fué pasar revista á los efectos y tesoros de su padre, y recorrer las diferentes salas que servían de almacén á todas las cosas pre-

ciosas acumuladas en el palacio. De este modo llegó á una sala retirada, en la que halló una arquilla de madera de ébano colocada encima de una columnita de mármol blanco que se elevaba en medio de la habitación. Belukia apresuróse á abrir la arquilla de ébano, y encontró dentro de ella un cofrecillo de oro. Abrió el cofrecillo de oro, y vió un rollo de pergamino, que desplegó al punto. Y decía allí en lengua griega: *Quien desee llegar á ser dueño y soberano de los hombres, de los genios, de las aves y de los animales, no tendrá mas que encontrar el anillo que el profeta Soleimán lleva al dedo en la Isla de los Siete Mares que le sirve de sepultura. Ese anillo mágico es el que Adán, padre de los hombres, llevaba al dedo en el paraíso antes de su pecado, y que se lo quitó el ángel Gobrail, donándoselo al prudente Soleimán más tarde. Pero ningún navio podría intentar surcar los piélagos y llegar á esa isla situada allende los Siete Mares. Sólo llevará á cabo esta empresa quien encuentre el vegetal con cuyo jugo basta frotar la planta de los pies para poder caminar por la superficie del mar. Ese vegetal se encuentra en el reino subterráneo de la reina Yamlika. Y únicamente esta princesa sabe el lugar donde crece tal planta; porque conoce el lenguaje de las plantas y las flores todas, y no ignora ninguna de sus virtudes. Quien quiera dar con ese anillo, vaya primero al reino subterráneo de la reina Yamlika. ¡Y si es tan dichoso que triunfa y se apodera del anillo, no solamente podrá entonces dominar á todos los seres creados,*

sino que también penetrará en la Comarca de las Tinieblas para beber en la Fuente de Vida, que da belleza, juventud, ciencia, prudencia é inmortalidad!

Cuando hubo leido este pergamino el príncipe Belukia, convocó en seguida á los sacerdotes, magos y sabios de Bani-Israil...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 358.ª NOCHE

Ella dijo:

...convocó en seguida á los sacerdotes, magos y sabios de Bani-Israil, y les preguntó si entre ellos había alguno capaz de enseñarle el camino que conducía al reino subterráneo de la princesa Yamlika. Todos los circunstantes le indicaron entonces con el dedo al sabio Offán, que se encontraba en medio de ellos. Y el sabio Offán era un venerable anciano que había profundizado en todas las ciencias conocidas, y poseía los misterios de la magia, las llaves de la astronomía y de la geometría, y todos los arcanos de la alquimia y de la hechicería. Avanzó, pues, entre las manos del joven rey Belukia, que le preguntó: «¿Puedes, verdaderamente, ¡oh sabio Offán! conducirme al reino de la

princesa subterránea?» Y contestó el otro: «¡Puedo!»

Entonces el joven rey Belukia nombró á su visir para que le sustituyera en la dirección de los asuntos del reino mientras durase su ausencia, se despojó de sus atributos reales, vistióse con la capa de peregrino, y se puso un calzado de viaje. Tras de lo cual, seguido por el sabio Offán, salió de su palacio y de su ciudad y se adentró en el desierto.

Sólo entonces le dijo el sabio Offán: «¡Aquí es el lugar propicio para hacer los conjuros que deben enseñarnos el camino!» Se detuvieron, pues, y Offán trazó sobre la arena, en torno suyo, el círculo mágico, hizo los conjuros rituales, y no dejó de descubrir por aquel lado el sitio en que se hallaba la entrada á mi reino subterráneo. Hizo entonces todavía algunos otros conjuros, y se entreabrió la tierra, y les dió paso á ambos hasta el lago que tienes delante de los ojos, ¡oh Hassib!

Yo les acogí con todas las consideraciones que guardo para quien viene á visitar mi reino. Entonces me expusieron ellos el objeto de su visita, y al punto me hice llevar en mi azafate de oro sobre la cabeza de las que me transportan, y les conduje á la cumbre de esa colina de esmeralda, donde á mi paso plantas y flores rompen á hablar cada cual en su lenguaje, unas por la derecha, otras por la izquierda, pregonando en voz alta ó en voz baja sus virtudes particulares. Y en medio de aquel concierto que ascendía así hasta nosotros, musical y perfumado por jugos esenciales, llegamos ante las

mazorcas de una planta, que con todas las corolas rojas de sus flores cantaba bajo la brisa que la inclinaba: «¡Yo soy la maravillosa que otorga á quien se frota los pies con mi jugo la facultad de caminar sin mojarse por la superficie de todos los mares que creó Alah el Altísimo!»

Dije á mis dos visitantes entonces: «¡He aquí delante de vosotros la planta que buscáis!» Y al punto cortó Offán cuantas plantas de esas quiso, maceró los brotes y recogió el jugo en un frasco grande que le dí.

Pensé entonces en interrogar á Offán, y le dije: «¡Oh sabio Offán! ¿puedes ahora decirme el motivo que á ambos os impulsa á surcar los mares?» Me contestó: «¡Oh reina! es para ir á la Isla de los Siete Mares á buscar el anillo mágico de Soleimán, señor de los genn, de los hombres, de los animales y de las aves!» Yo le dije: «¿Cómo no sabes, ¡oh sabio! que nadie que no sea Soleimán, haga lo que haga, podrá apropiarse de ese anillo? ¡Créeme, Offán, y tú también, ¡oh joven rey Belukia! escúchame! Abandonad ese proyecto temerario, ese proyecto insensato de recorrer los mares de la creación para ir en busca de ese anillo que no poseerá nadie. ¡Mejor es que cojáis aquí la planta que otorga una juventud eterna á quienes comen de ella!» Pero no quisieron escucharme, y despidiéndose de mí, desaparecieron por donde habían venido.»

Aquí dejó de hablar la reina Yamlika, mondó un plátano, que ofreció al joven Hassib, comióse un higo ella, y dijo: «Antes de continuar ¡oh Hassib! con la historia de Belukia y de contarte su viaje por los Siete Mares y las demás aventuras que le acontecieron, ¿no querrías saber con exactitud la situación de mi reino al pie del monte Cáucaso, que rodea la tierra como un cinturón, y conocer su extensión, sus alrededores, sus plantas animadas y parlantes, sus genn y sus mujeres serpentinas, súbditas nuestras, cuyo número sólo conoce Alah? ¿Quieres que te diga cómo reposa todo el monte Cáucaso sobre una roca maravillosa de esmeralda, El Sakhrat, cuyo reflejo da á los cielos su color azulado? Podría hablarte también del paraje exacto del Cáucaso en que se halla el Gennistán, capital de los genn sometidos al rey Jan ben-Jan, y revelarte el sitio donde mora en el Valle de los Diamantes el pájaro rokh; y de paso te enseñaría los campos de batalla que se estremecen con las hazañas de los héroes famosos.»

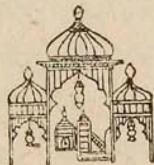
Pero contestó el joven Hassib: «¡Prefiero mucho más ¡oh reina Yamlika! conocer la continuación de las aventuras del rey Belukia!»

Entonces prosiguió así la reina subterránea:

«Cuando el joven Belukia y el sabio Offán me dejaron para ir á la isla situada allende los Siete Mares, donde se encuentra el cuerpo de Soleimán, llegaron á la orilla del Primer Mar, y se sentaron

allí en tierra, y empezaron por frotarse enérgicamente la planta de los pies y los tobillos con el jugo que habían recogido en el frasco. Luego se levantaron, y con mucha precaución al principio, se aventuraron por el mar. Pero cuando comprobaron que podían marchar por el agua sin temor á ahogarse, y aun mejor que por tierra firme, se animaron, y se pusieron en camino muy de prisa para no perder tiempo. De este modo anduvieron por aquel mar durante tres días y tres noches, y á la mañana del cuarto día arribaron á una isla que les pareció el paraíso, de tanto como hubo de maravillarles su hermosura...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 359.ª NOCHE

Ella dijo:

...una isla que les pareció el paraíso, de tanto como hubo de maravillarles su hermosura. La tierra que hollaban era de azafrán dorado; las piedras eran de jade y de rubíes; extendíanse las praderas en cuadros de flores exquisitas con corolas ondulantes bajo la brisa que embalsamaban, casándose las sonrisas de las rosas con las tiernas mira-

das de los narcisos, conviviendo los lirios con los claveles, las violetas, la manzanilla y las anémonas, y triscando ligeras entre las líneas blancas de jazmines las gacelas saltarinas; las frondas de los áloes y de otros árboles de grandes flores refulgentes susurraban con todas sus ramas, desde las que arrullaban las tórtolas en respuesta al murmullo de los arroyos, y con voz conmovida cantaban los ruiseñores á las rosas su martirio amoroso, mientras las rosas escuchábanles atentamente; aquí, los manantiales melodiosos se ocultaban bajo cañaverales de azúcar, únicas cañas que en el paraje había; allá, la tierra natural mostraba sin esfuerzo sus riquezas jóvenes y respiraba en medio de su primavera.

Así es que el rey Belukia y Offán se pasearon hasta la noche muy satisfechos en la sombra de los bosquecillos, contemplando aquellas maravillas que les llenaban de delicias el alma. Luego, cuando cayó la noche, se subieron á un árbol para dormir en él; y ya iban, efectivamente, á cerrar los ojos, cuando de pronto retembló la isla con un formidable bramido que la conmovió hasta sus cimientos, y vieron salir de las olas del mar á un animal monstruoso que tenía en sus fauces una piedra brillante como una antorcha, é inmediatamente .detrás de él, una multitud de otros monstruos marinos, cada cual con una piedra luminosa en sus fauces. Así es que la isla quedó en seguida tan clara como en pleno día con todas

aquellas piedras. En el mismo momento, y de todos lados á la vez, llegaron leones, tigres y leopardos en tal cantidad, que sólo Alah habría podido contarlos. Y los animales de la tierra encontráronse en la playa con los animales marinos, y se pusieron á charlar y conversar entre sí hasta la mañana. Entonces volvieron al mar los monstruos marinos, y las fieras se dispersaron por la selva. Y Belukia y Offán, que no habían podido cerrar los ojos en toda la noche á causa del miedo, se dieron prisa á bajar del árbol y correr á la playa, donde se frotaron los pies con el jugo de la planta para proseguir al punto su viaje marítimo.

De tal suerte viajaron por el Segundo Mar durante dias y noches, hasta que arribaron al pie de una cadena de montañas, en medio de las cuales se abria un valle maravilloso, en el que todos los guijarros y todos los peñascos eran de piedra imán, y no habia allá huellas de fieras ni de otros animales feroces. Asi es que se pasearon á la ventura durante todo el día, alimentándose con pescado seco, y al caer la tarde se sentaron á la orilla del mar para ver la puesta del sol, cuando de repente oyeron un maullido espantoso, y á algunos pasos detrás de sí vieron á un tigre que se disponía á saltar sobre ellos. Tuvieron el tiempo preciso para frotarse los pies con el jugo de la planta y ponerse fuera del alcance de la fiera huyendo por el mar.

Y se encontraron en el Tercer Mar. Y fué aquella una noche muy negra, y á impulsos de un

viento que soplaba con violencia, el mar se agitó mucho, lo cual hizo la marcha en extremo fatigosa, máxime para viajeros extenuados ya por la falta de sueño. Felizmente, al rayar el alba llegaron á una isla, donde lo primero que hicieron fué echarse para descansar. Tras de lo cual se levantaron con propósito de recorrer la isla, y la hallaron cubierta de árboles frutales. Pero aquellos árboles tenían la facultad maravillosa de que sus frutos crecían confitados en las ramas. Así es que disfrutaron extraordinariamente en aquella isla ambos viajeros, en especial Belukia, á quien gustaban muchísimo las frutas confitadas y todas las cosas almibaradas en general, y que pasó todo el día dedicado á su regalo. Incluso obligó al sabio Offán á detenerse allí diez días enteros, para tener tiempo de saciarse con aquellas frutas deliciosas. Pero he aquí que al terminar el décimo día había abusado de su dulzor de tal manera, que se le puso malo el vientre, y disgustado, se apresuró á frotarse las plantas de los pies y los tobillos con el jugo del vegetal, haciendo Offán lo propio, y se pusieron en camino por el Cuarto Mar.

Viajaron cuatro días y cuatro noches por este Cuarto Mar, y tomaron tierra en una isla que no era mas que un banco de arena muy fina, de color blanco, donde anidaban reptiles de todas formas, cuyos huevos se incubaban al sol. Como no advirtieron en aquella isla ningún árbol ni una sola brizna de hierba, no quisieron pararse allá mas

que el tiempo preciso para descansar y frotarse los pies con el jugo que contenía el frasco.

Por el Quinto Mar sólo viajaron un día y una noche, porque al amanecer vieron una islita cuyas montañas eran de cristal con anchas venas de oro, y estaban cubiertas de árboles asombrosos que tenían flores de un amarillo brillante. Al caer la noche estas flores refulgían como astros, y su resplandor, reflejado por las rocas de cristal, iluminó la isla y la dejó más brillante que en pleno día. Y dijo Offán á Belukia: «Delante de los ojos tienes la Isla de las Flores de Oro. Se trata de unas flores que, después de caer de los árboles y cuando se secan, se reducen á polvo, y su fusión acaba por formar las venas de donde se saca el oro. Esta Isla de las Flores de Oro no es mas que una partícula del sol separada del astro, y caída antaño aquí mismo.» Pasaron, pues, en aquella isla una noche magnífica, y al día siguiente se frotaron los pies con el líquido precioso y penetraron en la sexta región marítima.

Viajaron por el Sexto Mar...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 360.ª NOCHE

Ella dijo:

...Viajaron por el Sexto Mar el tiempo suficiente para experimentar un placer grande al llegar á una isla cubierta de hermosísima vegetación, en la cual pudieron disfrutar de algún reposo sentados en la playa. Se levantaron luego y comenzaron á pasearse por la isla. ¡Pero cuál no sería su espanto al ver que los árboles ostentaban, á manera de frutos, cabezas humanas sostenidas por los cabellos! No tenían la misma expresión todas aquellas frutas en forma de cabeza humana: sonreían unas, lloraban ó reían otras, mientras que las que habían caído de los árboles rodaban por el polvo y acababan por transformarse en globos de fuego que alumbraban la selva y hacían palidecer la luz del sol. Y no pudieron por menos de pensar ambos viajeros: «¡Qué selva más singular!» Pero no se atrevieron á acercarse á aquellas frutas extrañas, y prefirieron volver á la playa. Y he aquí que á la caída de la tarde se sentaron detrás de una roca, y vieron de repente salir del agua y avanzar por la playa doce hijas del mar, de una belleza sin par, y con el cuello ceñido por un collar de perlas, quienes se pusieron á bailar en corro, saltando y dedi-

cándose á jugar entre ellas con mil juegos locos durante una hora. Tras de lo cual se pusieron á cantar á la luz de la luna, y se alejaron á nado por el agua. Y por más que les encantaran mucho la belleza, los bailes y los cánticos de las hijas del mar, Belukia y Offán no quisieron prolongar más su estancia en la isla á causa de las espantosas frutas en forma de cabeza humana. Se frotaron, pues, la planta de los pies y los tobillos con el jugo encerrado en el frasco, y entraron en el Séptimo Mar.

Su viaje por este Séptimo Mar fué de muy larga duración, porque estuvieron andando dos meses de día y de noche, sin encontrar en su camino tierra alguna. Y para no morirse de hambre se vieron obligados á coger rápidamente los peces que de cuando en cuando salían á la superficie del agua, comiéndoselos crudos, tal y como estaban. Y empezaron á comprender á la sazón cuán prudentes eran los consejos que les di y á lamentarse por no haberlos seguido. Acabaron, empero, por llegar á una isla que supusieron era la Isla de los Siete Mares, donde debía encontrarse el cuerpo de Soleimán con el anillo mágico en uno de sus dedos.

Halláronse con que la tal Isla de los Siete Mares estaba cubierta de hermosísimos árboles frutales y regada por numerosos caudales de agua. Y como tenían bastante gana y la garganta seca á causa del tiempo que se vieron reducidos á no tomar por todo alimento mas que peces crudos, se

acercaron con extremado gusto á un gran manzano de ramas llenas de racimos de manzanas maduras. Y Belukia tendió la mano, y quiso coger de aquellos frutos; pero en seguida se hizo oir dentro del árbol una voz terrible que les gritó á ambos: «¡Como toquéis á estas frutas seréis partidos en dos!» Y en el mismo instante apareció enfrente de ellos un enorme gigante, de una altura de cuarenta brazos, según medida de aquel tiempo. Y le dijo Belukia en el límite del terror: «¡Oh jefe de los gigantes! vamos á morir de hambre, y no sabemos por qué nos prohibes tocar estas manzanas!» El gigante contestó: «¿Cómo pretendes ignorar el motivo de esa prohibición? ¿Olvidasteis ¡oh hijos de los hombres! que Adán, padre de vuestra raza, desobedeció las órdenes de Alah comiendo de estas frutas prohibidas? ¡Y desde aquel tiempo estoy encargado de custodiar este árbol y de matar á cuantos echen mano á sus frutas! ¡Alejaos, pues, y buscad otras cosas con que alimentaros!»

A estas palabras, Belukia y Offán se apresuraron á abandonar aquel paraje, y avanzaron hacia el interior de la isla. Buscaron otras frutas y se las comieron; luego se pusieron en busca del lugar donde pudiera encontrarse el cuerpo de Soleimán.

Después de caminar sin rumbo por la isla durante un día y una noche, llegaron á una colina cuyas rocas eran de ámbar amarillo y de almizcle, y en cuyas laderas se abría una gruta magnífica con bóveda y paredes de diamantes. Como estaba

tan bien alumbrada, cual á pleno sol, se aventuraron bastante en sus profundidades; y á medida que avanzaban, veían aumentar la claridad y ensancharse la bóveda. Así anduvieron maravillándose de aquello, y empezaban á preguntarse si tendría fin la gruta, cuando de repente llegaron á una sala inmensa, tallada en diamante, y que ostentaba en medio un gran lecho de oro macizo, en el cual aparecía tendido Soleimán ben-Daúd, á quien podía reconocerse por su manto verde adornado de perlas y pedrerías, y por el anillo mágico que ceñía un dedo de su mano derecha, lanzando resplandores ante los que palidecía el brillo de la sala de diamante. La mano que tenía el anillo en el dedo meñique descansaba sobre su pecho, y la otra mano, extendida, sostenía el cetro áureo de ojos de esmeralda.

Al ver aquello, Belukia y Offán se sintieron poseídos por un gran respeto y no osaron avanzar. Pero en seguida dijo Offán á Belukia: «Ya que afrontamos tantos peligros y experimentamos tantas fatigas, no vamos á retroceder ahora que hemos alcanzado lo que perseguíamos. Yo me adelantaré solo hacia ese trono donde duerme el Profeta, y por tu parte pronunciarás tú las fórmulas conjuratorias que te enseñé, y que son necesarias para hacer escurrirse el anillo por el dedo rígido.»

Entonces comenzó Belukia á pronunciar las fórmulas conjuratorias, y Offán se acercó al trono y tendió la mano para llevarse el anillo. Pero, en

su emoción, Belukia había pronunciado al revés las palabras mágicas, y tal error resultó fatal para Offán, porque en seguida le cayó desde el techo una gota de diamante líquido, que le inflamó por entero y en unos instantes le dejó reducido á un montoncillo de cenizas al pie del trono de Soleimán.

Cuando Belukia vió el castigo infligido á Offán por su tentativa sacrílega, se dió prisa á ponerse en salvo, cruzando la gruta y llegando á la salida para correr directamente al mar. Allí quiso frotarse los pies y marcharse de la isla; pero vió que ya no podía hacerlo porque...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 361.ª NOCHE

Ella dijo:

...pero vió que ya no podía hacerlo porque se había abrasado Offán, y con él se consumió el frasco milagroso.

Muy entristecido entonces, comprendió por fin toda la exactitud y realidad de las palabras que les dije anunciándoles las desgracias que en tal empresa les esperaban, y echó á andar sin rumbo por la isla, ignorando lo que sería de él, entonces que

se hallaba completamente solo, sin que pudiese servirle nadie de guía.

Mientras andaba de este modo, vió una gran polvareda, de la que salía un estrépito que se hizo ensordecedor como el trueno, y oyó chocar lanzas y espadas detrás de ella, y un tumulto producido por galopes y gritos que nada tenían de humano; y de repente vislumbró que de entre el polvo disipado salía un ejército entero de efrits, de genn, de mareds, de ghuls, de khotrobs, de saals, de baharis, en una palabra, de todas las especies de espíritus del aire, del mar, de la tierra, de los bosques, de las aguas y del desierto.

Tanto terror hubo de producirle este espectáculo, que ni siquiera pretendió moverse, y esperó allí hasta que el jefe de aquel ejército se adelantó hacia él, y le preguntó: «¿Quién eres? ¿Y cómo te ingeniaste para poder llegar á esta isla, donde venimos todos los años á fin de vigilar la gruta en que duerme el dueño de todos nosotros, Soleimán ben-Daúd?» Belukia contestó: «¡Oh jefe de los bravos! Yo soy Belukia, rey de los Bani-Israil. Me he perdido en el mar, y tál es la razón de que me encuentre aquí. Pero permíteme que á mi vez te pregunte quién eres y quiénes son todos esos guerreros.» El otro contestó: «Somos los genn, de la descendencia de Jan ben-Jan. ¡Ahora mismo veníamos del país donde reside nuestro rey, el poderoso Sakhr, señor de la Tierra-Blanca en que antaño reinó Scheddad, hijo de Aad!» Belukia

preguntó: «¿Pero dónde está enclavada esa Tierra-Blanca en que reina el poderoso Sakhr?» El otro contestó: «Detrás del monte Cáucaso, que se halla á una distancia de setenta y cinco meses de aquí, según medida humana. Pero nosotros podemos ir allá en un abrir y cerrar de ojos. ¡Si quieres, podemos llevarte con nosotros y presentarte á nuestro señor, ya que eres hijo de rey!» No dejó de aceptar Belukia, y al punto fué transportado por los genn á la residencia de su rey, el rey Sakhr.

Vió una llanura magnífica surcada por canales con lecho de oro y plata; esta llanura, cuyo suelo aparecía cubierto de almizcle y de azafrán, estaba sombreada por árboles artificiales con ramas de esmeraldas y frutos de rubíes, y llena de tiendas soberbias de seda verde sostenidas por columnas de oro incrustadas de pedrerías. En medio de esta llanura se alzaba un pabellón más alto que los demás, de seda roja y azul, soportado por columnas de esmeraldas y rubíes, y en el cual se encontraba el rey Sakhr, sentado en un trono de oro macizo, teniendo á su diestra á otros reyes con sus vasallos, y á su izquierda á sus visires y á sus lugartenientes, á sus notables y á sus chambelanes.

Cuando estuvo en presencia del rey, Belukia comenzó por besar la tierra entre sus manos, y le cumplimentó. Entonces, el rey Sakhr, con mucha benevolencia, le invitó á sentarse al lado suyo en un sillón de oro. Luego le pidió que le dijese su nombre y le contara su historia. Y Belukia le dijo

quién era, y le contó toda su historia desde el principio hasta el fin, sin omitir ningún detalle.

Al oir tal relato, el rey Sakhr y cuantos le rodeaban llegaron al límite del asombro. Luego, á una seña del rey, se extendió el mantel para el festín, y los genn de la servidumbre llevaron las bandejas y las porcelanas. Las bandejas de oro contenían cincuenta camellos tiernos cocidos y otros cincuenta asados, mientras que las bandejas de plata contenían cincuenta cabezas de carnero, y las frutas, maravillosas de tamaño y calidad, aparecían dispuestas en fila y bien alineadas en las porcelanas. Y cuando estuvo todo listo, comieron y bebieron en abundancia; y terminada la comida, no quedaba en las bandejas ni en las porcelanas la menor señal de los manjares ni de las cosas exquisitas con que se llenaron.

Sólo entonces dijo el rey Sakhr á Belukia: «Sin duda, ¡oh Belukia! ignoras nuestra historia y nuestro origen. Pues voy á decirte sobre ello algunas palabras, para que á tu regreso entre los hijos de los hombres puedas transmitir á las edades la verdad sobre tales cuestiones, todavía para ellos muy obscuras.

»Has de saber, pues, ¡oh Belukia!...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ
LA 362.ª NOCHE

Ella dijo:

»...Has de saber, pues, ¡oh Belukia! que en el principio de los tiempos, Alah el Altísimo creó el fuego, y lo guardó en el Globo en siete regiones diferentes, situadas unas debajo de otras, cada cual á una distancia de mil años, según medida humana.

»A la primera región del fuego la llamó Gehannam, y su espíritu la destinó á las criaturas rebeldes que no se arrepienten. A la segunda región la llamó Lazy, porque la construyó en forma de sima, y la destinó á todos aquellos que después de la venida futura del profeta Mohamed (¡con él la plegaria y la paz!) persistiesen en sus errores y sus tinieblas y rehusaran hacerse creyentes. Construyó luego la tercera región, y tras de darle la forma de una caldera hirviente, la llamó El-Jahim, y encerró en ella á los demonios Gog y Magog. Después de lo cual formó la cuarta región, la llamó Sair, é hizo de ella la vivienda de Eblis, jefe de los ángeles rebeldes, que se había negado á reconocer á Adán y á saludarle, desobedeciendo así órdenes formales del Altísimo. Luego limitó la quinta re-

gión, la dió el nombre de Saqhar, y la reservó para los impíos, para los embusteros y para los orgullosos. Hecho lo cual, abrió una caverna inmensa, la llenó de aire abrasado y pestilente, la llamó Hitmat, y la destinó para las torturas de judíos y cristianos. En cuanto á la séptima, llamada Hawya, la reservó para meter allí á los judíos y cristianos que no cupiesen en la anterior, y á los que no fueran creyentes mas que en apariencia. Estas dos últimas regiones son las más espantosas, mientras que la primera resulta muy soportable. Su estructura es bastante parecida. En Gehannam, la primera, por ejemplo, no se cuentan menos de setenta mil montañas de fuego, cada una de las cuales encierra setenta mil valles; cada valle comprende setenta mil ciudades; cada ciudad, setenta mil torres; cada torre, setenta mil casas, y cada casa, setenta mil bancos. Además, cada uno de estos bancos, cuyo número puede sacarse multiplicando todas estas cifras, contiene setenta mil torturas y suplicios diversos, de los que sólo Alah conoce la variedad, la intensidad y la duración. Y como esta región es la menos ardiente de las siete, puedes formarte una idea ¡oh Belukia! de los tormentos guardados en las otras seis regiones.

»Si te facilito este dato y estas explicaciones acerca del fuego, ¡oh Belukia! se debe á que los genn somos hijos del fuego.

»Porque los dos primeros seres que del fuego creó Alah eran dos genn, de los cuales hizo Él su

guardia particular, y á quienes llamó Khallit y Mallit; y á uno le dió la forma de un león, y á otro la forma de un lobo. Y al león le dió órganos masculinos, y al lobo órganos femeninos. El miembro del león Khallit tenía una longitud igual á una distancia en cuyo recorrido se tardasen veinte años, y la vulva de Mallit, la loba, tenía la forma de una tortuga, y su tamaño guardaba proporción con la longitud del miembro de Kallit. Uno era de color jaspeado con blanco y negro, y la otra era rosada y blanca. Y Alah unió sexualmente á Kallit y á Mallit, y de su cópula hizo nacer dragones, serpientes, escorpiones y animales inmundos, con los que pobló las Siete Regiones para suplicio de los condenados. Luego ordenó Alah á Kallit y á Mallit que copularan por segunda vez, é hizo nacer de este segundo enlazamiento siete machos y siete hembras, que crecieron en la obediencia. Cuando fueron mayores, uno de ellos, que hacía concebir las mejores esperanzas en vista de su conducta ejemplar, fué especialmente distinguido por el Altísimo, quien hizo de él el jefe de sus cohortes constituídas por la reproducción incesante del león y la loba. Su nombre era precisamente Eblis. Pero emancipado más tarde de su obediencia á las órdenes de Alah, que le mandaba prosternarse ante Adán, hubo de precipitársele en la cuarta región con todos los que se unieron á él. Y Eblis y su descendencia poblaron de demonios machos y hembras el infierno. En cuanto á los otros seis varones

y las otras mujeres, siguieron sumisos, uniéndose entre sí, y tuvieron por hijos á los genn, entre los cuales nos contamos, ¡oh Belukia! Y tal es, en pocas palabras, nuestra genealogía. No te asombres, pues, al vernos comer de esta manera, porque nuestro origen está en un león y en una loba. Para darte una idea de la capacidad de nuestro vientre, te diré que cada uno de nosotros devora en el día diez camellos, veinte carneros, y se bebe cuarenta cucharadas de caldo, advirtiéndote que cada cucharada contiene tanto como un caldero.

»Ahora, ¡oh Belukia! para que sea perfecta tu instrucción á tu regreso entre los hijos de los hombres, has de saber que á la tierra que habitamos la están refrescando siempre las nieves del monte Cáucaso, que la rodea cual un cinturón. De no ser así, no podría habitarse nuestra tierra por causa del fuego subterráneo. También está la tal constituida por siete pisos que gravitan sobre los hombros de un genni dotado de una fuerza maravillosa. Este genni está de pie encima de una roca que descansa á lomos de un toro; al toro lo sostiene un pez enorme, y el pez nada en la superficie del Mar de la Eternidad.

»El Mar de la Eternidad tiene por lecho el piso superior del infierno, el cual, con sus siete regiones, está cogido entre las fauces de una serpiente monstruosa que permanecerá quieta hasta el día del Juicio.

»Entonces vomitarán sus fauces el infierno y

su contenido en presencia del Altísimo, que dictará sentencia de un modo definitivo.

»He aquí ¡oh Belukia!...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 363.ª NOCHE

Ella dijo:

»...He aquí ¡oh Belukia! nuestra historia, nuestro origen y la formación del globo, rápidamente resumidos.

»También debo decirte, para acabar tu instrucción á este respecto, que nuestra edad siempre es la misma; mientras sobre la tierra, á nuestro alrededor, la Naturaleza, y los hombres, y los seres creados, todos se encaminan invariablemente hacia la decrepitud, nosotros no envejecemos nunca. Esta virtud se la debemos á la fuente de vida donde bebemos, y de la que es guardián Khizr en la región de las tinieblas. Ese venerable Khizr es quien normaliza las estaciones, engalana con sus coronas verdes á los árboles, hace correr las aguas fugitivas, extiende el tapiz verdeante de las praderas, y revestido por las tardes con su manto verde, funde

los tintes ligeros con que se coloran los cielos en el crepúsculo.

»Y ahora, ¡oh Belukia! por haberme escuchado con tanta atención, te recompensaré haciendo que te saquen de aquí y te dejen á la entrada de tu país, siempre que lo desees.»

Al oir tales palabras, Belukia dió las gracias con efusión al rey Sakhr, jefe de los genn, por su hospitalidad, por sus lecciones y por su ofrecimiento, que aceptó en seguida. Se despidió, pues, del rey, de sus visires y de los demás genn, y se montó en los hombros de un efrit muy robusto, que en un abrir y cerrar de ojos le hizo atravesar el espacio, y le depositó dulcemente en tierra conocida, cerca de las fronteras del país del joven.

Cuando Belukia se disponía á emprender el camino de su ciudad, una vez conocida la dirección que tenía que seguir, vió sentado entre dos tumbas y llorando con amargura á un joven de belleza perfecta, pero de tez pálida y aspecto muy triste. Se acercó á él, le saludó amistosamente, y le dijo: «¡Oh hermoso joven! ¿Por qué te veo llorando sentado entre estas dos tumbas? ¡Dime á qué obedece ese aire afligido, para que trate de consolarte!» El joven alzó hacia Belukia sus miradas tristes, y le dijo con lágrimas en los ojos: «¿Para qué te detienes en tu camino, ¡oh viajero!? ¡Deja correr mis lágrimas en la soledad sobre estas piedras de mi dolor!» Pero Belukia le dijo: «¡Oh hermano de infortunio, sabe que poseo un corazón compasivo dispuesto á

escucharte! ¡Puedes, pues, revelarme sin temor la causa de tu tristeza!» Y se sentó junto á él en el mármol, le cogió las manos con las suyas, y para animarle á hablar le contó su propia historia desde el principio hasta el fin. Luego le dijo: «¿Y cuál es tu historia, ¡oh hermano mío!? ¡Te ruego que me la cuentes cuanto antes, porque presiento que debe ser infinitamente atractiva!»



Historia del hermoso joven triste



El joven de semblante dulce y triste que lloraba entre las dos tumbas dijo entonces al joven rey Belukia:

«Has de saber ¡oh hermano mío! que también soy yo un hijo de rey, y es mi historia tan extraña y tan extraordinaria, que si se escribiera con agujas en el ángulo interior del ojo, serviría de lección saludable á quien la leyera con simpatía. ¡No quiero, pues, dejar pasar más tiempo sin contártela!»

Calló por algunos instantes, secó sus lágrimas, y con la frente apoyada en la mano, comenzó así esta maravillosa historia:

«Nací ¡oh hermano mío! en el país de Kabul, donde reina mi padre, el rey Tigmos, jefe de los Bani-Schalán y del Afghanistán. Mi padre, que es un rey muy grande y muy justiciero, tiene bajo su soberanía á siete reyes tributarios, de los cuales cada uno es señor de cien ciudades y de cien fortalezas. Manda, además, mi padre en cien mil jinetes valerosos y en cien mil bravos guerreros. En cuanto á mi madre, es la hija del rey Bahrawán, soberano del Khorassán. Mi nombre es Janschah.

Desde mi infancia hizo mi padre que se me instruyera en las ciencias, en las artes y en los ejercicios corporales, de modo que á la edad de quince años me contaba yo entre los mejores jinetes del reino, y dirigía las cacerías y las carreras montado en mi caballo, más veloz que el antílope.

Un día entre los días, durante una cacería en la que se encontraban mi padre el rey y todos sus oficiales, después de estar tres días en las selvas y de matar muchas liebres, á la caída de la tarde vi aparecer, á algunos pasos del lugar en que me hallaba con siete de mis mamalik, una gacela de elegancia extremada. Al advertirnos, ella se asustó, y huyó saltando con toda su ligereza. Entonces yo, seguido por mis mamalik, la perseguí durante varias horas; y de tal suerte llegamos á un río muy ancho y muy profundo, donde creímos que podríamos cercarla y apoderarnos de ella. Pero tras una corta vacilación, se tiró al agua y empezó á nadar

para alcanzar la otra orilla. Y nosotros nos apeamos vivamente de nuestros caballos, los confiamos á uno de los nuestros, nos abalanzamos á una barca de pesca que estaba amarrada allí, y maniobramos con rapidez para dar alcance á la gacela. Pero cuando llegamos á la mitad del río, no pudimos dominar ya nuestra embarcación, que arrastraron á la deriva el viento y la poderosa corriente, en medio de la obscuridad que aumentaba, sin que nuestros esfuerzos pudiesen llevarnos por buen camino. Y de aquel modo fuimos arrastrados durante toda la noche con una rapidez asombrosa, creyendo estrellarnos á cada instante contra alguna roca á flor de agua ó cualquier otro obstáculo que se alzase en nuestra ruta forzosa. Y aquella carrera aún duró todo el día y toda la noche siguientes. Y sólo al otro día por la mañana pudimos desembarcar al fin en una tierra á la que nos arrojó la corriente.

Mientras tanto, mi padre, el rey Tigmos, se enteró de nuestra desaparición al preguntar al mameluco que guardaba nuestros caballos. Y cuando recibió semejante noticia, llegó á tal estado de desesperación, que rompió en sollozos, tiró al suelo su corona, se mordió de dolor las manos y envió en seguida por todas partes en busca nuestra emisarios conocedores de aquellas comarcas inexploradas. En cuanto á mi madre, al saber mi desaparición se abofeteó el rostro, desgarró sus vestidos, se mesó los cabellos y se puso trajes de luto.

Volviendo á nosotros, cuando arribamos á aquella tierra dimos con un hermoso manantial que corría bajo los árboles, y nos encontramos con un hombre que se refrescaba los pies en el agua, sentado tranquilamente. Le saludamos con cortesía y le preguntamos dónde estábamos. Pero sin devolvernos el saludo, nos respondió el hombre con una voz de falsete semejante al graznido de un cuervo ó de cualquier otra ave de rapiña...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 364.ª NOCHE

Ella dijo:

...nos respondió el hombre con una voz de falsete semejante al graznido de un cuervo ó de cualquier otra ave de rapiña. Luego se levantó de un salto, se partió en dos partes al hacer un movimiento, cortándose por la mitad, y corrió á nosotros con el tronco solamente, mientras su parte inferior corría en dirección distinta. Y en el mismo momento surgieron de todos los puntos de la selva otros hombres semejantes á aquel, los cuales corrieron á la fuente, se partieron en dos partes con un movimiento de retroceso y se abalanzaron á

nosotros con su tronco solamente. Arrojáronse entonces sobre los tres de mis mamalik más próximos á ellos, y se pusieron al punto á devorarlos vivos, mientras que yo y mis otros tres mamalik nos lanzamos á nuestra barca, y prefiriendo mil veces ser devorados por el agua que devorados por aquellos monstruos, nos dimos prisa á alejarnos de la orilla, dejándonos de nuevo llevar por la corriente. Y entonces, mientras los troncos devoraban á mis tres desgraciados mamalik, vimos correr por la ribera todas las piernas y nalgas con un galope furioso y desordenado, que nos aterró en nuestra barca, fuera ya de su alcance. Y también nos asombramos mucho del terrible apetito de aquellos troncos cortados por el vientre, y nos preguntamos cómo era posible semejante cosa, deplorando siempre la suerte de nuestros desgraciados compañeros.

Nos impulsó la corriente hasta el siguiente día, y llegamos entonces á una tierra cubierta de árboles frutales y grandes jardines de flores encantadoras. Pero cuando amarramos nuestra barca, no quise echar pie á tierra, y encargué á mis tres mamalik que fuesen primero á inspeccionar el terreno. Así lo hicieron, y después de estar ausentes medio día, volvieron á contarme que habían recorrido una distancia grande, caminando de un lado á otro, sin encontrar nada sospechoso; más tarde habían visto un palacio de mármol blanco, cuyos pabellones eran de cristal puro, y en medio del

cual aparecía un jardín magnífico con un lago soberbio; entraron en el palacio y vieron una sala inmensa, donde se alineaban sillones de marfil alrededor de un trono de oro enriquecido con diamantes y rubíes; pero no encontraron á nadie ni en los jardines ni en el palacio.

En vista de un relato tan tranquilizador, me decidí á salir de la barca, y emprendí con ellos el camino del palacio. Empezamos por satisfacer nuestra hambre comiendo las frutas deliciosas de los árboles del jardín, y luego entramos á descansar en el palacio. Yo me senté en el trono de oro y mis mamalik en los sillones de marfil; y aquel espectáculo hubo de recordarme á mi padre el rey, á mi madre y al trono que perdí, y me eché á llorar; y mis mamalik también lloraron de emoción.

Cuando nos sumíamos en tan tristes recuerdos, oímos un gran ruido semejante al del mar, y en seguida vimos entrar en la sala donde nos hallábamos á un cortejo formado por visires, emires, chambelanes y notables; pero pertenecientes todos á la especie de los monos. Los había entre ellos grandes y pequeños. Y creímos que había llegado nuestro fin. Pero el gran visir de los monos, que pertenecía á la variedad más corpulenta, fué á inclinarse ante nosotros con las más evidentes muestras de respeto, y en lenguaje humano me dijo que él y todo el pueblo me reconocían como á su rey y nombraban jefes de su ejército á mis tres mamalik. Luego, tras de haber hecho que nos sirvieran de

comer gacelas asadas, me invitó á pasar revista al ejército de mis súbditos los monos antes del combate que debíamos librar con sus antiguos enemigos los ghuls, que habitaban la comarca vecina.

Entonces, yo, como estaba muy fatigado, despedí al gran visir y á los demás, conservando en mi compañía sólo á mis tres mamalik. Después de discutir durante una hora acerca de nuestra nueva situación, resolvimos huir de aquel palacio y de aquella tierra cuanto antes, y nos dirigimos á nuestra embarcación; pero al llegar al río notamos que había desaparecido la barca, y nos vimos obligados á regresar al palacio, donde estuvimos durmiendo hasta la mañana.

Cuando nos despertamos, fué á saludarme el gran visir de mis nuevos súbditos, y me dijo que todo estaba dispuesto para el combate contra los ghuls. Y al mismo tiempo los demás visires llevaron á la puerta del palacio cuatro perros enormes que debían servirnos de cabalgadura á mí y á mis mamalik, y estaban embridados con cadenas de acero. Y nos vimos obligados yo y mis mamalik á montar en aquellos perros y tomar la delantera, en tanto que á nuestras espaldas, lanzando aullidos y gritos espantosos, nos seguía todo el ejército innumerable de mis súbditos monos capitaneado por mi gran visir.

Al cabo de un día y una noche de marcha, llegamos frente á una alta montaña negra, en la que se encontraban las guaridas de los ghuls, los cua-

les no tardaron en mostrarse. Los había de diferentes formas, á cuál más espantables. Unos ostentaban cabeza de buey sobre un cuerpo de camello, otros parecían hienas, mientras otros tenían un aspecto indescriptible por lo horroroso, y no se asemejaban á nada conocido que permitiera establecer una comparación.

Cuando los ghuls nos vislumbraron, bajaron de la montaña, y parándose á cierta distancia nos abrumaron con una lluvia de piedras. Mis súbditos respondieron del propio modo, y la refriega se hizo terrible por una y otra parte. Armados con nuestros arcos, yo y mis mamalik disparamos á los ghuls una cantidad grande de flechas, que mataron á un gran número, para júbilo de mis súbditos, á quienes aquel espectáculo llenó de ardor. Así es que acabamos por lograr la victoria, y nos pusimos á perseguir ghuls.

Entonces, yo y mis mamalik determinamos aprovecharnos del desorden de aquella retirada, y montados en nuestros perros, escapar de mis súbditos los monos, poniéndonos en fuga por el lado opuesto, sin que se diesen ellos cuenta; y á galope tendido desaparecimos de su vista.

Después de correr mucho, nos detuvimos para dar un respiro á nuestras cabalgaduras, y vimos enfrente de nosotros una roca grande, tallada en forma de tabla, y en la que aparecía grabada en lengua hebraica una inscripción que decía así:

¡Oh tú, cautivo, á quien arrojó el Destino á esta región para hacer de ti el rey de los monos! Si quieres renunciar á tu realeza por medio de la fuga, dos caminos se abren á tu liberación: uno de estos caminos se halla á tu derecha, y es el que antes te conducirá á orillas del Océano que rodea al mundo; pero cruza por desiertos terribles llenos de monstruos y de genios malhechores. El otro, el de la izquierda, se tarda cuatro meses en recorrerle, y atraviesa un gran valle, que es el Valle de las Hormigas. Si tomas este camino, resguardándote de las hormigas, irás á parar á una montaña de fuego, al pie de la cual se encuentra la Ciudad de los Judíos. ¡Yo, Soleimán ben-Daúd, escribí esto para tu salvación!

Cuando leímos tal inscripción, llegamos al límite del asombro, y nos apresuramos á emprender el camino de la izquierda, que debía conducirnos á la Ciudad de los Judíos, pasando por el Valle de las Hormigas...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 365.ª NOCHE

Ella dijo:

...el camino de la izquierda, que debía conducirnos á la Ciudad de los Judíos, pasando por el Valle de las Hormigas. Pero aún no llevábamos una jornada de marcha, cuando sentimos temblar el suelo bajo nuestros pies, y al punto vimos aparecer detrás de nosotros á mis súbditos los monos, que llegaban á toda velocidad con el gran visir á la cabeza. Cuando nos dieron alcance, nos rodearon por todos lados, lanzando aullidos de alegría por habernos encontrado, y el gran visir se hizo intérprete de todos pronunciando una arenga para cumplimentarnos por haber salido con bien.

Aquel encuentro nos contrarió mucho, aunque tuvimos cuidado de ocultarlo, é íbamos á emprender de nuevo con mis súbditos el camino de palacio, cuando del valle que en aquel momento atravesábamos vimos salir un ejército de hormigas, cada una de las cuales tenía la corpulencia de un perro. Y en un abrir y cerrar de ojos comenzó una pelea espantable entre mis súbditos y las hormigas monstruosas, cogiendo con sus patas á los monos y partiéndolos en dos de un golpe, y abalan-

zándose de diez en diez los monos contra cada hormiga para poder matarla.

En cuanto á nosotros, quisimos aprovecharnos del combate para huir á lomos de nuestros perros; pero desgraciadamente fuí yo el único que pude escaparme, porque las hormigas advirtieron á mis tres mamalik y se apoderaron de ellos, partiéndoles en dos con sus garras formidables. Y me salvé, deplorando la pérdida de mis últimos compañeros, y llegué á un río, que atravesé á nado, abandonando mi cabalgadura, y llegué sano y salvo á la otra orilla, donde lo primero que hice fué secar mi ropa; y luego me quedé dormido hasta por la mañana, seguro ya de que no me perseguían, pues el río me separaba de las hormigas y de mis súbditos los monos.

Cuando me desperté, eché á andar durante días y días, comiendo plantas y raíces, hasta llegar á la montaña consabida, al pie de la cual vi, efectivamente, una gran ciudad, que era la Ciudad de los Judíos, tal como me lo había indicado la inscripción. Pero me asombró mucho en esta ciudad un detalle del que no hablaba la inscripción, y que noté más tarde; en efecto, hube de comprobar que el río que atravesé á pie enjuto aquel día para llegar á la ciudad estaba lleno de agua todo el resto de la semana; y también supe que aquel río, caudaloso los demás días, no llevaba agua el sábado, que es el día de fiesta de los judíos.

Y he aquí que entré en la ciudad aquel día y no

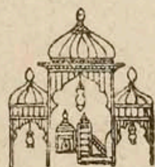
vi por las calles á nadie. Me encaminé entonces á la primera casa que encontré en mi camino, abrí la puerta y penetré en ella. Me hallé entonces en una sala donde estaban sentados en corro muchos personajes de aspecto venerable. Entonces, animado por la bondad de sus rostros, me acerqué á ellos respetuosamente, y después del saludo, les dije: «Soy Janschah, hijo del rey Tigmos, señor de Kabul y jefe de los Bani-Schalán. Os ruego ¡oh mis señores! que me digáis á qué distancia estoy de mi país y qué camino debo tomar para llegar á él. ¡Además, tengo hambre!» Entonces me miraron sin contestarme cuantos estaban sentados allí, y el que parecía ser su jeique me dijo por señas solamente y sin pronunciar una palabra: «¡Come y bebe, pero no hables!» Y me mostró una bandeja de manjares asombrosos, que por cierto jamás había yo visto, y que estaban guisados con aceite, á juzgar por el olor. Entonces comí, bebí y guardé silencio.

Cuando hube acabado, se acercó á mí el jeique de los judíos, y me preguntó igualmente por señas: «¿Quién? ¿de dónde? ¿adónde?» Entonces le pregunté por señas si podía contestar, y tras una señal afirmativa suya seguida de otra que quería decir: «¡No pronuncies más de tres palabras!», pregunté: «¿Caravana Kabul, cuándo?» Me contestó: «¡No lo sé!», siempre sin pronunciar una palabra, y me hizo seña de que me marchara, porque ya había terminado mi comida.

Entonces le saludé, como también á todos los circunstantes, y salí, asombrándome en extremo de sus maneras extrañas. Ya en la calle, intentaba orientarme, cuando por fin oí á un pregonero público que decía á voces: «¡Quien quiera ganarse mil monedas de oro y poseer una esclava joven de belleza sin igual, que venga conmigo, para efectuar un trabajo de una hora!» Como yo estaba en la penuria, me acerqué al pregonero, y le dije: «¡Acepto el trabajo, y al mismo tiempo los mil dinares y la esclava joven!» Entonces me cogió de la mano y me llevó á una casa amueblada muy ricamente, en la que estaba sentado en un sillón de ébano un judío viejo, ante el cual se inclinó el pregonero, presentándome, y dijo: «¡He aquí, al fin, á un joven extranjero, que ha sido el único que respondió á mi llamamiento en los tres meses que hace que pregono la cosa!»

Al oir estas palabras, el viejo judío, dueño de la casa, me hizo sentar á su lado, estuvo conmigo muy amable, ordenando que me sirvieran de comer y de beber sin parsimonia, y terminada la comida me dió una bolsa con mil monedas de oro, que no eran falsas, á la vez que mandaba á sus esclavos que me pusieran un ropón de seda y me llevaran junto á la joven esclava que me daba anticipadamente por el trabajo en proyecto que yo aún no conocía...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 366.ª NOCHE

Ella dijo:

...la joven esclava que me daba anticipadamente por el trabajo en proyecto que yo aún no conocía.

Entonces, después de haberme puesto el ropón de seda consabido, los esclavos me llevaron á la estancia donde me esperaba la joven, que debía ser virgen, según afirmación del viejo judío. Y me encontré, en efecto, con una joven muy bella, en cuya compañía me dejaron solo para pasar la noche. Y al punto me acosté con ella, y la encontré perfecta en verdad.

Tres días y tres noches pasé con ella, comiendo y bebiendo y haciendo lo que tenía que hacer, y á la mañana del cuarto día el anciano hizo que me llamaran, y me dijo: «¿Estás ahora dispuesto á ejecutar el trabajo que te he pagado y que de antemano aceptaste?» Declaré que estaba dispuesto á prestarme á aquel trabajo, sin saber de lo que se trataba.

Entonces el viejo judío ordenó á sus esclavos

que enjaezaran y llevaran dos mulas; y los esclavos llevaron dos mulas enjaezadas. Montó en una él y yo en otra, y me dijo que le siguiera. Íbamos á buen paso, y de tal suerte caminamos hasta mediodía, hora en la que llegamos al pie de una alta montaña cortada á pico, y en cuyas laderas no se veía ningún sendero por donde pudiese aventurarse un hombre ó una cabalgadura cualquiera. Echamos pie á tierra, y el viejo judío me tendió un cuchillo, diciéndome: «¡Clávalo en el vientre de tu mula! ¡Ha llegado el momento de empezar á trabajar!» Yo obedecí y clavé el cuchillo en el vientre de la mula, que no tardó en sucumbir; luego, por orden del judío, desollé al animal y limpié la piel. Entonces mi intelocutor me dijo: «Tienes que echarte ahora encima de esa piel, para que yo la cosa contigo dentro como si estuvieras en un saco.» Y obedecí asimismo, y me eché encima de la piel, la cual cosió el anciano cuidadosamente conmigo dentro; luego me dijo: «¡Escucha bien mis palabras! De un instante á otro se arrojará sobre ti un pájaro enorme y te cogerá para llevarte á su nido, que está situado en la cima de esta montaña escarpada. Ten mucho cuidado de no moverte cuando te sientas transportado por los aires, porque te soltaría el pájaro y te estrellarías al caer al suelo; pero cuando te haya dejado en la montaña, corta la piel con el cuchillo que te di y sal del saco. El pájaro se asustará y no te hará nada. Entonces has de recoger las piedras preciosas de que está cubierta la

cima de esta montaña, y me las arrojas. Hecho lo cual, bajarás á reunirte conmigo.»

Y he aquí que apenas había acabado de hablar, el viejo judío, me sentí transportado por los aires, y al cabo de algunos instantes me dejaron en el suelo. Entonces corté con mi cuchillo el saco y asomé por la abertura mi cabeza. Aquello asustó al pájaro monstruoso, que huyó volando á toda prisa. Yo me puse entonces á recoger rubíes, esmeraldas y demás piedras preciosas que cubrían el suelo, y se las arrojé al viejo judío. Pero cuando quise bajar advertí que no había ni un sendero donde poner el pie, y vi que el viejo judío montaba en su mula después de recoger las piedras, y se alejaba rápidamente hasta desaparecer á mi vista.

Entonces, en el límite de la desesperación, lloré mi destino, y pensando hacia qué lado me convendría más encaminarme, eché á andar todo derecho delante de mí y á la ventura, errando de tal suerte dos meses hasta llegar al final de la cadena de montañas, á la entrada de un valle magnífico, en el que los arroyos, los árboles y las flores glorificaban al Creador entre gorjeos de pájaros. Allí vi un inmenso palacio que se elevaba á gran altura por los aires y hacia el cual me encaminé. Llegué á la puerta, donde hallé sentado en el banco del zaguán á un anciano cuyo rostro brillaba de luz. Tenía en la mano un cetro de rubíes y llevaba en la cabeza una corona de diamantes. Le saludé y me devolvió el saludo con amabilidad, y me dijo:

«¡Siéntate junto á mí, hijo mío!» Y cuando me senté, me preguntó: «¿De dónde vienes á esta tierra que nunca holló la planta de un adamita? ¿Y adónde te propones ir?» Por toda respuesta estallé en sollozos, y se diría que me iba á ahogar el llanto. Entonces me dijo el anciano: «Cesa de llorar así, hijo mío, porque me encoges el corazón. Ten valor y empieza por reanimarte comiendo y bebiendo.» Y me introdujo en una vasta sala, dándome de comer y de beber. Y cuando me vió en mejor estado de ánimo, me rogó que le contase mi historia; y satisfice su deseo, y á mi vez le rogué que me dijese quién era y á quién pertenecía aquel palacio. Me contestó: «Sabe, hijo mío, que este palacio fué construído antaño por nuestro señor Soleimán, de quien soy representante para gobernar á las aves. Cada año vienen aquí á rendirme pleitesía todas las aves de la tierra. Si deseas regresar á tu país, te recomendaré á ellas la primera vez que vengan á recibir órdenes mías, y te transportarán á tu país. En tanto, para matar el tiempo hasta que lleguen, puedes circular por todo este inmenso palacio, y puedes entrar en todas las salas, con excepción de una sola, la que se abre con la llave de oro que ves entre todas estas llaves que te doy.» Y el anciano gobernador de las aves me entregó las llaves y me dejó en completa libertad.

Empecé por visitar las salas que daban al patio principal del palacio; luego penetré en las otras estancias, que estaban todas arregladas para que

sirviesen de jaulas á las aves, y de tal suerte llegué ante la puerta que se abría con la llave de oro...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 367.ª NOCHE

Ella dijo:

...de tal suerte llegué ante la puerta que se abría con la llave de oro, y permanecí largo tiempo mirándola, sin osar ni siquiera tocarla con la mano en vista de la prohibición que me hizo el anciano; pero al cabo no pude resistir á la tentación que colmaba mi alma, metí la llave de oro en la cerradura, abrí la puerta, y presa del temor penetré en el lugar prohibido.

Pero lejos de tener ante los ojos un espectáculo asombroso, vi primeramente, en medio de un pabellón con el piso incrustado de pedrerías de todos colores, un estanque de plata rodeado de pájaros de oro que echaban agua por el pico, con un ruido tan maravilloso, que creí oir los trinos de cada uno de ellos resonar melodiosamente contra las paredes de plata. Había en torno al estanque, divididos por clases, cuadros de flores de suaves perfumes que casaban sus colores con los de las frutas de que esta-

ban cargados los árboles que esparcían sobre el agua su frescura sombrosa. La arena que yo hollaba era polvo de esmeralda y diamante, y se extendía hasta las gradas de un trono que se alzaba enfrente del estanque maravilloso. Estaba hecho aquel trono con un solo rubí, cuyas facetas reflejaban en el jardín el rojo de sus rayos fríos, que iluminaban el agua con un brillo de pedrerías.

Me detuve extático ante cosas tan sencillas nacidas de la unión pura de los elementos; luego fuí á sentarme en el trono de rubí, que aparecía coronado por un dosel de seda roja, y cerré los ojos un instante para que penetrara mejor aquella fresca visión en mi alma entusiasmada.

Cuando abrí los ojos vi que se adelantaban hacia el estanque, sacudiendo sus plumas blancas, tres elegantes palomas que iban á darse un baño. Saltaron con gracia el ancho borde del estanque de plata, y después de abrazarse y hacerse mil caricias encantadoras, ¡oh mis ojos maravillados! las vi arrojar lejos de sí su virginal manto de plumas y aparecer en una desnudez de jazmín, con el aspecto de tres jóvenes bellas como lunas. Y al punto se sumergieron en el estanque para entregarse á mil juegos y mil locuras, ora desapareciendo, ora reapareciendo entre remolinos brillantes, para volver á desaparecer riendo á carcajadas, mientras sólo sus cabelleras flotaban sobre el agua, sueltas en un vuelo de llama.

Ante tal espectáculo ¡oh hermano Belukia! sentí

que mi razón nadaba en mi cerebro y trataba de abandonarlo. Y como no podía contener mi emoción, corrí enloquecido hacia el estanque, y grité: «¡Oh jóvenes, oh lunas, oh soberanas!»

Cuando me vislumbraron las jóvenes lanzaron un grito de terror, y saliendo del agua con ligereza corrieron á coger sus mantos de plumas, que echaron sobre su desnudez, y volaron al árbol más alto entre los que daban sombra á la pila, y se echaron á reir mirándome.

Entonces me acerqué al árbol, levanté hacia ellas los ojos, y les dije: «¡Oh soberanas, os ruego que me digáis quiénes sois! ¡Yo soy Janschah, hijo del rey Tigmos, soberano de Kabul y jefe de los Bani-Schalán!» Entonces la más joven de las tres, precisamente aquella cuyos encantos habíanme impresionado más, me dijo: «Somos las hijas del rey Nassr, que habita en el palacio de los diamantes. Venimos aquí para dar un paseo y con el solo fin de distraernos.» Dije: «En ese caso, ¡oh mi señora! ten compasión de mí y baja á completar el juego conmigo.» Ella me dijo: «¿Y desde cuándo pueden las jóvenes jugar con los jóvenes, ¡oh Janschah!? ¡Pero si deseas absolutamente conocerme mejor, no tienes mas que seguirme al palacio de mi padre!» Y habiendo dicho estas palabras, me lanzó una mirada que me penetró el hígado, y emprendió el vuelo en compañía de sus dos hermanas hasta que la perdí de vista.

Al ver aquello, en el límite ya de la desespera-

ción, dí un grito agudo y caí desmayado bajo el árbol.

No sé cuánto tiempo permanecí echado de aquel modo; pero cuando volví en mí, el anciano gobernador de las aves estaba á mi lado y me rociaba el rostro con agua de flores. Cuando me vió abrir los ojos, me dijo: «¡Ya ves, hijo mío, lo que te ha costado desobedecerme! ¿No te prohibí que abrieras la puerta de este pabellón?» Yo, por toda respuesta, me limité á prorrumpir en sollozos, y luego improvisé estos versos:

¡Ha arrebatado mi corazón una esbelta joven de cuerpo armonioso!

¡Arrebatador es su talle entre todos los talles! ¡Cuando sonríe, sus labios excitan los celos de las rosas y los rubíes!

¡Su cabellera oscila por encima de su hermosa grupa redonda!

¡Las flechas que disparan los arcos de sus pestañas dan en el blanco, aun desde lejos, y hacen heridas incurables!

¡Oh belleza suya! ¡no tienes rival y borras las bellezas todas de la India!

Cuando acabé de recitar estos versos, me dijo el anciano: «Comprendo lo que te ha sucedido. Viste á las jóvenes vestidas de palomas, que algunas veces vienen á darse un baño aquí.» Yo exclamé: «Las vi, padre mío, y te ruego que me digas

dónde se halla el palacio de los diamantes, en que habitan con su padre el rey Nassr.» Contestó: «No hay para qué pensar en ir allí, hijo mío, pues el rey Nassr es uno de los jefes más poderosos de los genn, y dudo mucho que te diera en matrimonio á una de sus hijas. Ocúpate, pues, de preparar tu regreso á tu país. Yo mismo te facilitaré la tarea recomendándote á las aves que en seguida van á venir á presentarme sus respetos, y que te servirán de guías.» Contesté: «¡Te doy las gracias, padre mío; pero renuncio á regresar al lado de mis padres, si no debo volver ya á ver á la joven que me habló!» Y al decir estas palabras me arrojé á los pies del anciano llorando, y le supliqué que me indicara el medio de volver á ver á las jóvenes vestidas de palomas...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 368.ª NOCHE

Ella dijo:

...el medio de volver á ver á las jóvenes vestidas de palomas. Entonces el anciano me tendió la mano, me levantó, y me dijo: «Veo que tu corazón está consumido de pasión por la joven, y voy

á indicarte el medio de volver á verla. Vas á ocultarte detrás de los árboles y á esperar pacientemente la vuelta de las palomas. Las dejarás desnudarse y meterse en el estanque, y entonces te precipitarás de repente sobre sus mantos de plumas y te apoderarás de ellos. Entonces verás cómo dulcifican contigo su lenguaje; se acercarán á ti, te harán mil caricias y te suplicarán, con palabras extremadamente gentiles, que las devuelvas sus plumas. Pero guárdate bien de dejarte conmover, porque entonces acabarían por siempre para ti las jóvenes. Por el contrario, rehusa enérgicamente devolvérselas, y diles: «¡Os daré de buen grado vuestros mantos, pero no sin que venga el jeique!» Y efectivamente, esperarás mi regreso entreteniéndolas con galanterías; ¡y yo encontraré el medio de que las cosas se tornen favorables para ti!»

Al oir estas palabras, di muchas gracias al venerable gobernador de las aves, y en seguida corrí á ocultarme detrás de los árboles, en tanto que se retiraba él á su pabellón para recibir á sus súbditos.

Permanecí bastante tiempo esperando la llegada de las tres palomas. Al fin oí un batir de alas y risas aéreas, y vi que las tres palomas se posaban en el borde del estanque y miraban á derecha y á izquierda para enterarse de si no las observaba nadie. Luego, la que me había hablado se encaró con las otras dos, y les dijo: «¿No creéis, hermanas

mías, que puede estar escondido alguien en el jardín? ¿Qué habrá sido del joven á quien vimos?» Pero le dijeron sus hermanas: «¡Oh Schamsa, no te preocupes por eso y date prisa á hacer como nosotras!» Y las tres se despojaron de sus plumas entonces, y se sumergieron en el agua para entregarse en seguida á mil locos juegos, blancas y desnudas cual la plata virgen. Y creí ver tres lunas reflejadas en el agua.

Esperé á que hubiesen nadado hasta la mitad del estanque, y me erguí sobre ambos pies para ponerme de pronto en movimiento con la rapidez del rayo y apoderarme del manto de la joven á quien amaba. Y respondieron á mi ademán raptor tres gritos de espanto, y vi que las jóvenes, avergonzadas por haber sido sorprendidas en sus retozos, se sumergían enteramente, sin dejar fuera del agua mas que la cabeza, y corrían hacia mí lanzándome miradas llorosas. Pero seguro entonces de tenerlas á mi arbitrio, me eché á reir, retrocediendo del borde del estanque y ostentando el manto de plumas con aire victorioso.

Al ver aquello, la joven que me había hablado la primera vez, y cuyo nombre era Schamsa, me dijo: «¿Cómo te atreves ¡oh joven! á apoderarte de lo que no te pertenece?» Yo contesté: «¡Oh paloma mía, sal del baño y ven á conversar conmigo!» Ella dijo: «Bien quisiera conversar contigo, ¡oh hermoso joven! pero estoy completamente desnuda y no puedo salir así del baño. ¡Devuélveme mi manto y

te prometo salir del agua para distraerme contigo, y hasta te dejaré que me acaricies y me beses cuanto quieras!» Yo dije: «¡Oh luz de mis ojos, oh dueña mía, oh soberana de belleza, oh fruto de mi hígado! ¡Si te devolviera tu manto, sería como darme la muerte con mi propia mano! ¡No puedo, pues, hacerlo, por lo menos mientras no llegue mi amigo el jeique, gobernador de las aves!» Ella me dijo: «Entonces, puesto que no cogiste mas que mi manto, aléjate un poco y vuelve la cabeza á otro lado para dejarme salir del baño y dar tiempo á que se cubran mis hermanas; ¡y para ocultar lo más esencial, me prestarán ellas entonces algunas de sus plumas!» Yo dije: «¡Eso sí puedo hacerlo!» Y me alejé y me puse detrás del trono de rubí.

Entonces salieron primeramente las dos hermanas mayores y se pusieron con presteza sus mantos; luego arrancaron algunas de las plumas más finas é hicieron con ellas una especie de mandilillo; después ayudaron á salir á su vez del agua á su hermana pequeña, la taparon con aquel mandil lo más esencial, y me dijeron: «¡Ya puedes venir!» Y yo corrí á presentarme ante aquellas gacelas, y me eché á los pies de la amable Schamsa y le besé los pies, siempre sujetando con fuerza su manto para que no lo cogiese y emprendiese el vuelo. Entonces me hizo ella levantarme, y empezó á decirme mil palabras gentiles y á hacerme mil caricias para decidirme á que le devolviese su manto; pero me guardé mucho de ceder á sus deseos, y logré

arrastrarla hacia el trono de rubí, donde me senté colocándola sobre mis rodillas.

Entonces, al ver ella que no podía escaparse, se decidió por fin á corresponder á mis deseos, y me rodeó el cuello con sus brazos, y me devolvió beso por beso y caricia por caricia, en tanto que nos sonreían sus hermanas, mirando á todos lados para ver si llegaba alguien.

Mientras estábamos de aquella manera, mi protector el jeique abrió la puerta y entró. Entonces nos levantamos en honor suyo, nos adelantamos á recibirle, y le besamos las manos respetuosamente. Nos rogó él entonces que nos sentáramos, y encarándose con la amable Schamsa, le dijo: «Estoy encantado, hija mía, de la elección que has hecho correspondiendo á este joven que te ama con locura. ¡Porque has de saber que pertenece á un linaje ilustre! Su padre es el rey Tigmos, señor del Afghanistán. ¡Harás bien, pues, al aceptar esa alianza y al decidir igualmente á tu padre el rey Nassr para que otorgue su consentimiento!» Ella contestó: «¡Escucho y obedezco!» Entonces le dijo el jeique: «¡Si verdaderamente aceptas esa alianza, júrame y prométeme ser fiel á tu esposo y no abandonarle nunca!» Y la bella Schamsa se levantó al punto y prestó el consabido juramento entre las manos del venerable jeique. Entonces nos dijo él: «Demos gracias al Altísimo por vuestra unión, hijos míos. ¡Y ya podéis ser dichosos! ¡He aquí que invoco la condición para vosotros! Ahora podéis

amaros libremente. ¡Y tú, Janschah, devuélvele su manto, pues no ha de dejarte!» Y dichas estas palabras, el jeique nos introdujo en una sala, donde había colchones cubiertos con tapices, y también fuentes llenas de hermosas frutas y otras cosas exquisitas. Y tras de rogar á sus hermanas que la precedieran en su vuelta al palacio de su padre para anunciarle su matrimonio y prevenirle de su regreso en mi compañía, Schamsa estuvo extremadamente amable, y quiso mondarme ella misma las frutas y repartirlas conmigo. Tras de lo cual, nos acostamos juntos, en brazos uno de otro y en el límite del júbilo...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 369.ª NOCHE

Ella dijo:

...Tras de lo cual, nos acostamos juntos, en brazos uno de otro y en el límite del júbilo.

Por la mañana fué Schamsa quien se puso primero en pie. Vistióse con su manto de plumas, me despertó, me besó entre los dos ojos, y me dijo: «Ya es hora de que vayamos al palacio de los diamantes á ver á mi padre el rey Nassr. ¡Vístete, pues,

cuanto antes!» Obedecí en seguida, y cuando estuve dispuesto, fuimos á besar las manos al jeique gobernador de las aves y le dimos muchas gracias. Entonces me dijo Schamsa: «¡Ahora súbete en mis hombros y sostente bien, porque el viaje será un poco largo, aunque me propongo hacerlo á toda velocidad!» Y me tomó en sus hombros, y después de tributar á nuestro protector las últimas despedidas, me transportó por los aires con la rapidez del rayo, y al poco tiempo me dejó en tierra á alguna distancia de la entrada al palacio de los diamantes. Y desde allí nos encaminamos tranquilamente hacia el palacio, mientras corrían á anunciar nuestra llegada los genn servidores que había instalado el rey por aquellos sitios.

El rey Nassr, padre de Schamsa y señor de los genn, experimentó una inmensa alegría al verme; me cogió en brazos y me oprimió contra su pecho. Luego ordenó que me vistieran con un magnífico ropón de honor, me puso en la cabeza una corona tallada en un solo diamante, me condujo después á la presencia de la reina, madre de mi esposa, la cual reina me manifestó su júbilo y felicitó á su hija por la elección que de mi persona hizo. Y regaló más tarde á su hija una cantidad enorme de pedrerías, pues el palacio estaba lleno de ellas; y ordenó que á ambos nos llevaran al hammam, en donde nos lavaron y perfumaron con agua de rosas, almizcle, ámbar y aceites aromáticos, que nos refrescaron maravillosamente. Tras

de lo cual se dieron en honor nuestro festines que duraron treinta días y treinta noches consecutivas.

Entonces manifesté mis deseos de presentar á mi vez mi esposa á mis padres en mi país. Y aunque muy apenados por tener que separarse de su hija, el rey y la reina aprobaron mi proyecto, pero me hicieron prometer que todos los años iríamos á pasar con ellos una temporada. Después hizo el rey construir un trono de tal magnificencia y tal tamaño, que en sus peldaños podía contener doscientos genios varones y doscientos genios hembras. Subimos al trono los dos, y los cuatrocientos genios de ambos sexos, que se hallaban allí para servirnos, se pusieron de pie en las gradas, mientras actuaban de portadores todo un ejército compuesto por otros genios. Cuando nos despedimos por última vez, los portadores se elevaron por los aires con el trono, y empezaron á recorrer el espacio con tanta rapidez, que en dos días hicieron un trayecto de dos años de marcha. Y llegamos sin incidentes al palacio de mi padre en Kabul.

Cuando mi padre y mi madre me vieron llegar después de una ausencia que les había hecho perder toda esperanza de encontrarme, y cuando contemplaron á mi esposa y supieron quién era y en qué circunstancias me casé con ella, llegaron al límite de la alegría, y lloraron mucho besándome y besando á mi muy amada Schamsa. Y tanto se conmovió mi pobre madre, que cayó desvanecida y no

volvió en sí mas que gracias al agua de rosas que llevaba en un frasco grande mi esposa Schamsa.

Después de todos los festines y todos los regocijos que se organizaron con motivo de nuestra llegada y de nuestros esponsales, mi padre preguntó á Schamsa: «¿Qué quieres que haga para agradarte, hija mía?» Y Schamsa, que tenía gustos muy modestos, contestó: «¡Oh rey afortunado! solamente anhelo tener para nosotros dos un pabellón en medio de un jardín regado por arroyos.» Y al punto dió mi padre el rey las órdenes necesarias, y al cabo de un corto espacio de tiempo tuvimos nuestro pabellón y nuestro jardín, donde vivimos en el límite de la felicidad.

Pasado de tal suerte un año en un mar de delicias, mi esposa Schamsa quiso volver al palacio de los diamantes para ver de nuevo á su padre y á su madre, y me recordó la promesa que les hice de ir todos los años á pasar con ellos una temporada. No quise contrariarla, porque la amaba mucho; pero ¡ay! la desgracia debía abatirse sobre nosotros por causa de aquel maldito viaje.

Nos colocamos, pues, en el trono llevado por nuestros genios servidores, y viajamos á gran velocidad, recorriendo cada día una distancia de un mes de camino, y deteniéndonos por las tardes para descansar cerca de algún manantial ó á la sombra de los árboles. Y he aquí que un día hicimos alto precisamente en este sitio para pasar la noche, y mi esposa Schamsa quiso ir á bañarse en el agua

de ese río que corre ante nosotros. Me esforcé cuanto pude por disuadirla, hablándole del fresco excesivo de la tarde y de los perjuicios que la podría ocasionar; no quiso escucharme, y se llevó en su compañía á algunas de sus esclavas para que se bañaran con ella. Se desnudaron en la ribera y se metieron en el agua, donde Schamsa parecía la luna al salir en medio de un cortejo de estrellas. Estaban retozando y jugando entre sí, cuando de repente Schamsa lanzó un grito de dolor y cayó en brazos de sus esclavas, que se apresuraron á sacarla del agua y llevarla á la orilla. Pero cuando quise hablarle y cuidarla, ya estaba muerta. Y las esclavas me enseñaron en el talón de mi esposa una mordedura de serpiente acuática.

Ante aquel espectáculo, caí desmayado, y permanecí en tal estado tanto tiempo que me creyeron muerto también. Pero ¡ay! hube de sobrevivir á Schamsa para llorar por ella y erigirle esta tumba que ves. En cuanto á la otra tumba, es la mía propia, que hice construir junto á la de mi pobre bienamada. ¡Y dejo transcurrir mi vida ahora entre lágrimas y recuerdos crueles, esperando el momento de dormir al lado de mi esposa Schamsa, lejos de mi reino, al que renuncié, lejos del mundo, que es para mí un desierto horrible, en este asilo solitario de la muerte!»

Cuando el hermoso joven triste acabó de contar su historia á Belukia, escondió el rostro entre sus

manos y se echó á llorar. Entonces le dijo Belukia: «¡Por Alah, ¡oh hermano mío! tu historia es tan asombrosa y tan extraordinaria, que olvidé mis propias aventuras, aunque las creía prodigiosas entre todas las aventuras! ¡Alah te sostenga en tu dolor ¡oh hermano mío! y enriquezca con el olvido tu alma!...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y discreta, según su costumbre, se calló.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 370.ª NOCHE

Ella dijo:

»...¡Alah te sostenga en tu dolor ¡oh hermano mío! y enriquezca con el olvido tu alma!»

Estuvo con él una hora todavía, tratando de decidirle á que le acompañara á su reino para cambiar de aires y horizontes; pero fué en vano. Entonces vióse obligado á abandonarle para no importunarle, y después que le abrazó y le dijo aún algunas palabras de consuelo, emprendió de nuevo el camino de su ciudad, á la que llegó sin incidentes tras una ausencia de cinco años.

¡Y desde entonces no he vuelto á tener noticias suyas! Y como ahora te hallas aquí tú, ¡oh Hassib!

olvidaré completamente á aquel joven rey Belukia, á quien esperaba volver á ver por acá un día ú otro. ¡Tú, al menos, no me abandonarás tan pronto, porque pienso retenerte en mi compañía largos años, sin dejarte carecer de nada para persuadirte á que accedas! ¡Por cierto que todavía he de contarte tantas historias asombrosas, que las del rey Belukia y del hermoso joven triste parecerán simples aventuras corrientes! ¡Y para darte desde ahora una prueba de que te quiero bien por haberme escuchado todo este tiempo con tanta atención, he aquí que mis mujeres van á servirnos de comer y beber, y van á cantar para deleitarnos, y nos van á aligerar el espíritu hasta que llegue la mañana!»

Cuando la reina Yamlika, princesa subterránea, hubo acabado de contar al joven Hassib, hijo del sabio Danial, la historia de Belukia y la del hermoso joven triste, y cuando el festín, y los cantos, y las danzas de las mujeres serpentinas llegaron á su término, se levantó la sesión y se formó el cortejo para volver á la otra residencia. Pero el joven Hassib, que amaba en extremo á su madre y á su esposa, dijo: «¡Oh reina Yamlika! ¡no soy mas que un pobre leñador, y me ofreces aquí una vida llena de delicias; pero en mi casa me esperan una madre y una esposa! Y no puedo ¡por Alah! dejar que me esperen más tiempo sumidas en la desesperación que las producirá mi ausencia. Permíteme, pues, que regrese junto á ellas, porque si no mori-

rían de dolor. ¡Y créeme que en verdad sentiré toda mi vida no haber podido escuchar las demás historias con que tenías la intención de deleitarme durante mi estancia en tu reino!»

Al oir estas palabras, la reina Yamlika comprendió que estaba justificado el motivo de la partida de Hassib, y le dijo: «Consiento ¡oh Hassib! en dejarte regresar junto á tu madre y esposa, aunque me cuesta mucho trabajo separarme de un auditor tan atento como tú. Solamente exijo de ti un juramento, sin el cual me será imposible dejarte partir. Vas á prometerme no ir nunca en lo sucesivo á tomar un baño en el hammam durante toda tu vida. De lo contrario, llegará tu perdición. ¡Por el momento no puedo ser más explícita!»

El joven Hassib, á quien tal petición asombraba en extremo, no quiso contrariar á la reina Yamlika, y prestó el juramento consabido, en el cual prometía no ir en toda su vida á tomar un baño en el hammam. Entonces, después de las despedidas, la reina Yamlika hizo que una de sus mujeres serpentinas le acompañara hasta los confines del reino, del que se salía por una abertura escondida en una casa ruinosa que estaba enclavada en el lado opuesto al paraje donde se hallaba el agujero por el cual pudo penetrar Hassib en la residencia subterránea.

Amarilleaba el sol cuando Hassib llegó á su calle y llamó á la puerta de su casa. Fué á abrir su madre, y al reconocerle, lanzó un grito agudo y

se arrojó en sus brazos llorando de alegría. Y su esposa, por su parte, al oir el grito y los sollozos de la madre, corrió á la puerta, le reconoció también y le saludó respetuosamente besándole las manos. Después de lo cual entraron en la casa y se entregaron con libertad á los más vivos transportes de júbilo.

Cuando estuvieron un poco calmados, Hassib les pidió noticias de sus antiguos camaradas los leñadores que le habían abandonado en la cueva de la miel. Su madre le contó que fueron á darle la mala nueva de su muerte entre los dientes de un lobo, y que se habían hecho ricos mercaderes y propietarios de muchos bienes y de hermosas tiendas, viendo á diario dilatarse cada vez más el mundo ante sus ojos.

Entonces Hassib reflexionó un instante, y dijo á su madre: «¡Mañana irás á buscarles al zoco, y cuando estén reunidos, les anunciarás mi regreso, diciéndoles que tendré mucho gusto en verles!» Así es que al día siguiente la madre de Hassib no dejó de hacer el encargo, y al saber la noticia, los leñadores cambiaron de color y contestaron escuchando y obedeciendo en lo concerniente á la visita de bienvenida. Luego se concertaron entre sí y resolvieron arreglar el asunto lo mejor posible. Empezaron por regalar á la madre de Hassib sedas hermosas y hermosas telas, y la acompañaron á la casa, aviniéndose á entregar á Hassib cada uno la mitad de las riquezas, esclavas y propiedades que

tenían en su poder. Al llegar á la presencia de Hassib, le saludaron y le besaron las manos, ofreciéndole todo aquello y rogándole que lo aceptara y olvidara sus yerros para con él. Y Hassib no quiso guardarles rencor, aceptó sus ofrecimientos, y les dijo: «¡Lo pasado, pasado, y ninguna precaución puede impedir que suceda lo que ha de suceder!» Entonces se despidieron de él, asegurándole su gratitud, y Hassib se convirtió desde aquel día en un hombre rico, y se estableció como mercader en el zoco, abriendo una tienda que llegó á ser la más hermosa entre todas las tiendas.

Un día que iba á su tienda, como de costumbre, pasó por delante del hammam, situado á la entrada del zoco. Y he aquí que el propietario del hammam estaba precisamente tomando el aire á la puerta, y al reconocer á Hassib, le saludó y le dijo: «Hazme el honor de entrar en mi establecimiento. Nunca te he tenido ni una sola vez como cliente. ¡Pero hoy quiero que vengas solamente para complacerme, y los masajistas te frotarán con un guante nuevo de crin y te enjabonarán con filamentos de lifa, que no ha usado nadie!» Pero contestó Hassib, que se acordaba de su juramento: «¡No, ¡por Alah! no puedo aceptar tu ofrecimiento ¡oh jeique! porque hice voto de no entrar nunca en el hammam!...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 371.ª NOCHE

Ella dijo:

»...porque hice voto de no entrar nunca en el hammam.» Al oir tales palabras, el dueño del hammam, que no podía creer en semejante juramento, ya que ningún hombre puede, á trueque de morir, dejar de tomar baños cuantas veces se acerca sexualmente á su esposa, exclamó: «¿Por qué rehusas, ¡oh mi señor!? ¡Pues ¡por Alah! te juro á mi vez que si persistes en tu resolución iré inmediatamente á divorciarme de mis tres esposas! ¡Lo juro tres veces por el divorcio!» Pero como á pesar del juramento tan grave que acababa de oir, Hassib se obstinaba en no aceptar, el propietario del hammam se echó á sus pies, suplicándole que no le obligara á cumplir su juramento; y le besó los pies llorando, y le dijo: «¡Pongo sobre mi cabeza la responsabilidad de tu acto y todas sus consecuencias!» Y al enterarse de qué se trataba y al oir el juramento del divorcio, los transeuntes que habíanse agrupado en torno suyo se pusieron asimismo á suplicar á Hassib que no ocasionara sin más ni más la desdicha de un hombre que le ofrecía un baño gratuito. Luego, como vieran la inutilidad de sus palabras, se decidieron todos á em-

plear la fuerza, apoderándose de Hassib y llevándole, á pesar de sus terribles gritos, al interior del hammam, donde le despojaron de su ropa, le echaron todos á la vez sobre el cuerpo el agua de veinte ó treinta jofainas, le friccionaron, le dieron masaje, le enjabonaron, le secaron y le envolvieron el cuerpo en toallas calientes y le pusieron en la cabeza un pañuelo grande festoneado y bordado. Luego, el dueño del hammam, en el límite de la alegría por verse desligado de su juramento, llevó á Hassib una taza de sorbete perfumado con ámbar, y le dijo: «¡Séate leve y bendito el baño! ¡Que te refresque esta bebida como me has refrescado tú!» Pero Hassib, á quien todo aquello aterraba cada vez más, no sabía si rehusar ó aceptar esta última invitación, é iba ya á responder, cuando de pronto invadieron el hammam los guardias del rey, que se precipitaron sobre el joven, apoderándose de él tal y como estaba con su atavío de baño, y á pesar de sus protestas y su resistencia lo llevaron al palacio del rey, y lo pusieron entre las manos del gran visir, que los esperaba á la puerta con la mayor impaciencia.

Al ver á Hassib, el gran visir tuvo una alegría extremada, le recibió con las señales más notorias de respeto, y le rogó que le acompañase á la presencia del rey. Y resuelto ya á dejar correr su destino, Hassib siguió al gran visir, que le introdujo, para presentarle al rey, en una sala donde se alineaban por orden jerárquico dos mil goberna-

dores de provincia, dos mil jefes militares y dos mil porta-alfanjes, que no esperaban mas que un signo para hacer volar las cabezas. En cuanto al rey, estaba acostado en amplio lecho de oro y parecía dormir, con la cabeza y el rostro cubiertos por un pañuelo de seda.

Al ver todo aquello, el aterrado Hassib se sintió morir y cayó al pie del lecho, protestando públicamente de su inocencia. Pero el gran visir se apresuró á levantarle con toda clase de respetos, y le dijo: «¡Oh hijo de Danial, esperamos de ti que salves á nuestro rey Karazdán! ¡Una lepra, que hasta ahora no tuvo remedio, le cubre el rostro y el cuerpo! ¡Y hemos pensado en ti para que le cures, ya que eres hijo del sabio Danial!» Y todos los circunstantes, gobernadores, chambelanes y porta-alfanjes, gritaron á la vez: «¡Sólo de ti esperamos la curación del rey Karazdán!»

Al oir estas palabras, se dijo el asustado Hassib: «¡Por Alah! ¡me toman por un sabio!» Luego dijo al gran visir: «En verdad que soy el hijo de Danial! ¡Pero no soy mas que un ignorante! Me llevaron á la escuela y no aprendí en ella nada; quisieron enseñarme la medicina, pero al cabo de un mes renunciaron á ello al ver la mala calidad de mi entendimiento. Y como último recurso, mi madre me compró un asno y cuerdas, é hizo de mí un leñador. ¡Y eso es todo lo que sé!» Pero el visir le dijo: «Es inútil ¡oh hijo de Danial! que sigas ocultando tus conocimientos. ¡Demasiado sabemos que

aunque recorriéramos el Oriente y el Occidente, no encontraríamos quien te igualase como médico!» Aterrado, dijo Hassib: «Pero ¡oh visir lleno de sabiduría! ¿cómo podré curarle si no conozco las enfermedades ni los remedios?» El visir añadió: «Vamos, joven, es inútil negar más. ¡Todos sabemos que la curación del rey está en tus manos!» Hassib alzó al cielo las manos y preguntó: «¿Cómo es eso?» El visir dijo: «¡Muy sencillo! ¡Puedes obtener esa curación porque conoces á la princesa subterránea, la reina Yamlika, cuya leche virginal, tomada en ayunas ó empleada como dictamo, cura las enfermedades más incurables...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 372.ª NOCHE

Ella dijo:

»...la reina Yamlika, cuya leche virginal, tomada en ayunas ó empleada como díctamo, cura las enfermedades más incurables!»

Al oir tales palabras, comprendió Hassib que aquellos informes provenían de su entrada en el hammam, y trató de negar. Exclamó, pues: «¡Jamás he visto esa leche, ¡oh mi señor! y no sé quién es la

princesa Yamlika! ¡Es la primera vez que oigo semejante nombre!» El visir sonrió y dijo: «¡Puesto que niegas aún, voy á demostrarte que no te servirá de nada! ¡Te digo que has estado en los dominios de la reina Yamlika! Además, cuantos fueron allá en los tiempos antiguos, volvieron con la piel del vientre negra. Así lo dice este libro que tengo á la vista. Pero la piel del vientre no se le pone negra al visitante de la reina Yamlika mas que después de su entrada en el hammam, ¡oh hijo de Danial! Y he aquí que los espías que yo tenía apostados en el hammam para que examinaran el vientre á todos los bañistas han venido hace un rato á decirme que se te había puesto de pronto negro el vientre mientras te bañaban. ¡Es inútil, pues, que continúes negando!»

Al oir estas palabras, exclamó Hassib: «¡No, por Alah! ¡Nunca estuve en los dominios de la princesa subterránea!» Entonces se acercó á él el gran visir, le quitó las toallas que le envolvían y le dejó el vientre al descubierto. Estaba negro como el vientre de un búfalo.

Al ver aquello, Hassib estuvo á punto de caerse desmayado de espanto; luego tuvo una idea, y dijo al visir: «Debo declararte ¡oh mi señor! que nací con el vientre completamente negro.» El visir sonrió y dijo: «Pues no lo estaba cuando entraste en el hammam. ¡Así me lo dijeron los espías!» Pero Hassib, que de ninguna manera quería hacer traición á la princesa subterránea revelando su resi-

dencia, siguió negando haber tenido relaciones con ella ni haberla visto nunca. Entonces el visir hizo una seña á dos verdugos, que se acercaron al joven, le echaron en el suelo, desnudo como estaba, y empezaron á administrarle en la planta de los pies palos tan crueles y tan repetidos, que habría muerto si no se decidiera á pedir gracia confesando la verdad.

En seguida hizo el visir que levantaran al joven, y ordenó que le pusiesen un magnífico ropón de honor en lugar de las toallas con que á su llegada se envolvía. Tras de lo cual le condujo por sí mismo al patio del palacio, donde le hizo montar en el caballo más hermoso de las caballerizas reales, montando él á caballo también, y acompañados ambos por un séquito numeroso, tomaron el camino de la casa ruinosa por donde salió Hassib de los dominios de la reina Yamlika.

El visir, que había aprendido en los libros la ciencia de los conjuros, se puso á quemar allá perfumes y á pronunciar las fórmulas mágicas que abren las puertas, mientras Hassib, por su parte, siguiendo órdenes del visir, emplazaba á la reina para que se mostrase á él. Y de pronto se produjo un temblor de tierra que tiró al suelo á la mayoría de los circunstantes, y se abrió un agujero por el que surgió, sentada en un azafate de oro transportado por cuatro serpientes con cabeza humana que vomitaban llamas, la reina Yamlika, cuyo rostro tenía áureos resplandores. Y miró á Hassib con ojos

preñados de reproches, y le dijo: «¿Es así ¡oh Hassib! como cumples el juramento que me hiciste?» Y exclamó Hassib: «¡Por Alah ¡oh reina! la culpa es del visir, que por poco me mata á golpes!» Ella dijo: «¡Ya lo sé! Y por eso no quiero castigarte; te han hecho venir aquí, y hasta á mí misma me obligan á salir de mi morada para curar al rey. Y vienes á pedirme leche para realizar esa curación. ¡De buen grado te la concedo, como recuerdo de la hospitalidad que te di y de la atención con que me escuchaste! He aquí dos frascos con leche mía. Para operar la curación del rey, conviene que te enseñe el modo de emplearla. ¡Acércate más á mí!» Hassib se acercó á la reina, la cual le dijo en voz baja para que no la oyese nadie mas que él: «Uno de los frascos, el que está marcado con una raya roja, debe servir para curar al rey. Pero el otro lo destino al visir que mandó que te apalearan. En efecto, cuando el visir vea la curación del rey, querrá beber de mi leche para preservarse de las enfermedades, y tú le darás á beber del otro frasco.» Luego, la reina Yamlika entregó á Hassib los dos frascos de leche, y desapareció en seguida, mientras la tierra volvía á cerrarse sobre ella y las que la transportaban.

Cuando llegó Hassib al palacio, hizo exactamente lo que le había indicado la reina. Se acercó, pues, al rey, y le dió á beber del primer frasco. Y no bien el rey hubo bebido aquella leche, se puso á sudar por todo su cuerpo, y al cabo de algunos

instantes comenzó á caérsele á pedazos toda la piel atacada de lepra, á la vez que le nacía otra piel dulce y blanca como la plata. Y quedó curado en el momento. En cuanto al visir, quiso beber también de aquella leche, cogió el segundo frasco y lo vació de un trago. Y al punto empezó á hincharse poco á poco, y después de ponerse gordo como un elefante, estalló de pronto y murió inmediatamente. Y le retiraron de allí en seguida para enterrarle.

Cuando el rey se vió curado de aquel modo, hizo sentarse á Hassib al lado suyo, le dió muchas gracias y le nombró gran visir, en lugar del que había muerto en su presencia. Y luego hizo que le pusieran un ropón de honor avalorado con pedrerías, y mandó que proclamaran por todo el palacio su nombramiento, después de regalarle trescientos mamalik y trescientas jóvenes para concubinas, además de tres princesas de sangre real que, con la mujer de Hassib, hicieron cuatro esposas legítimas; y le dió también trescientos mil dinares de oro, trescientas mulas, trescientos camellos y muchos rebaños de búfalos, bueyes y carneros.

Tras de lo cual, todos los oficiales, chambelanes y notables, por orden del rey, que les dijo: «¡Quien me honre que le honre!», se acercaron á Hassib y le besaron la mano por orden de categorías, demostrándole su sumisión y patentizándole su respeto. Luego tomó Hassib posesión del palacio del antiguo visir, y habitó en él con su madre, sus esposas y sus favoritas. Y vivió así rodeado de hono-

res y de riquezas durante largos años, en los cuales tuvo tiempo de aprender á leer y á escribir.

Cuando aprendió Hassib á leer y á escribir, se acordó de que su padre Danial había sido un gran sabio, y tuvo la curiosidad de preguntar á su madre si no le había dejado como herencia sus libros y sus manuscritos. La madre de Hassib contestó: «Hijo mío, tu padre destruyó antes de morir todos sus papeles y todos sus manuscritos, y no te dejó como herencia mas que una hojita de papel, que me encargó te entregase cuando me expresaras tal deseo.» Y dijo Hassib: «¡Anhelo mucho poseerla, porque ahora deseo instruirme para dirigir mejor los asuntos del reino!» Entonces, la madre de Hassib...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 373.ª NOCHE

Ella dijo:

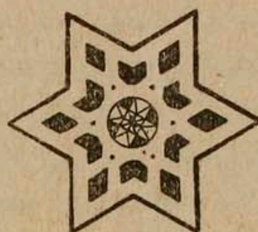
...Entonces, la madre de Hassib corrió á sacar de la maleta, donde la había guardado con sus alhajas, la hojita de papel, único legado del sabio Danial, y fué á entregársela á Hassib, que la cogió y la desenrolló. Y leyó en ella estas sencillas pala-

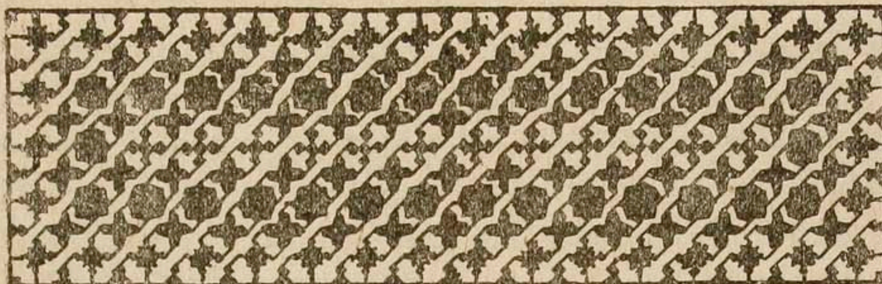
bras: «Toda ciencia es vana, porque llegaron los tiempos en que el Elegido de Alah indicará á los hombres las fuentes de la sabiduría. ¡Se llamará Mohamed! ¡Con él y con sus compañeros y con sus creyentes sean la paz y la bendición hasta la extinción de las edades!»

Y tal es ¡oh rey afortunado!—continuó Schahrazada—la historia de Hassib, hijo de Danial, y de la reina Yamlika, princesa subterránea. ¡Pero Alah es más sabio!

Cuando Schahrazada hubo acabado de contar esta historia extraordinaria, el rey Schahriar exclamó de repente: «Siento que me invade el alma un gran fastidio, Schahrazada. Y ten cuidado, porque como esto continúe, me parece que mañana por la mañana estará por un lado tu cabeza y tu cuerpo por otro.» Al oir estas palabras, la pequeña Doniazada, compungida, se acurrucó más aún en la alfombra, y Schahrazada contestó sin inmutarse: «En ese caso, ¡oh rey afortunado! voy á contarte una ó dos historias cortas, lo preciso para pasar el resto de la noche. ¡Al fin y al cabo, Alah es el Omnisciente!» Y preguntó el rey Schahriar: «¿Pero cómo vas á arreglarte para encontrar una historia que sea breve y divertida á la vez?» Schahrazada sonrió, y dijo: «Precisamente ¡oh rey afortunado! esas historias son las que mejor conozco. Voy, pues, á contarte al instante una ó dos anécdotas entresacadas del PARTERRE FLORIDO DEL INGENIO y del JARDÍN DE LA GALANTERÍA. ¡Y después quiero que me cortes la cabeza!»

Y dijo en seguida:





EL PARTERRE FLORIDO DEL INGENIO Y EL JARDIN DE LA GALANTERIA

Al-Rachid y el cuesco



He llegado á saber ¡oh rey afortunado! que un día en que el califa Harún Al-Rachid se sentía presa del fastidio y se hallaba en el mismo estado de espíritu en que se halla en este momento Tu Serenidad, salió á pasear por el camino que va de Bagdad á Bassra, llevando en su compañía á su visir Giafar Al-Barmaki, á su copero favorito Abu-Ishak y al poeta Abu-Nowas.

Mientras se paseaban y el califa seguía con la mirada torva y los labios apretados, pasó por el camino un jeique montado en un burro. Entonces

el cafifa se encaró con su visir Giafar, y le dijo: «¡Interroga á ese jeique por el lugar adonde se dirige!» Y Giafar, que desde hacía un momento no sabía qué inventar para distraer al califa, resolvió al punto divertirle á costa del jeique, que iba tranquilamente por su camino, dejando el ronzal suelto sobre el cuello del asno que le conducía. Se acercó, pues, al jeique, y le preguntó: «¿Adónde se va, ¡oh venerable!?» El jeique contestó: «¡A Bagdad, de vuelta de Bassra, que es mi país!» Giafar preguntó: «¿Y á qué obedece un viaje tan largo?» El otro contestó: «¡Por Alah! voy en busca de un médico bueno que me recete un colirio para mi ojo!» Giafar dijo: «¡La suerte y la curación están entre las manos de Alah, ¡oh jeique! Pero ¿qué me darás si para evitarte pesquisas y gastos te receto yo mismo aquí un colirio que te cure el ojo en una noche?» El otro contestó: «¡Sólo Alah podría remunerarte con arreglo á tus méritos!» Entonces Giafar se volvió hacia el califa y hacia Abu-Nowas y les guiñó el ojo; luego dijo al jeique: «Así es, mi buen tío, y no olvides la receta que voy á darte, porque es sencillísima. Hela aquí: toma tres onzas de soplo de viento, tres onzas de rayos de sol y tres onzas de luz de linterna; lo mezclas todo cuidadosamente en un mortero sin fondo, y durante tres meses lo dejas expuesto al aire libre. Entonces tendrás que machacarlo durante otros tres meses y verterlo en una escudilla agujereada, que expondrás al viento y al sol durante otros tres meses

todavía. Después de hacer esto estará á punto el colirio, y no tendrás mas que espolvorearte con él el ojo trescientas veces la primera noche, cogiendo para ello tres dedadas grandes cada vez, y te dormirás. ¡Al día siguiente te despertarás curado, si Alah quiere!»

Al oir estas palabras, en prueba de gratitud y de respeto el jeique se puso de bruces encima de su burro delante de Giafar, y de repente soltó un detestable cuesco seguido de dos largos follones, y dijo á Giafar: «Corre ¡oh médico! para recogerlos antes de que se desparramen. Por el momento, es la única respuesta que da mi gratitud á tu remedio ventoso; pero ten la seguridad de que apenas me halle de regreso en mi tierra, si Alah quiere, te enviaré como regalo una esclava de trasero tan arrugado como un higo seco, la cual ha de proporcionarte tanto placer que expirará tu alma; y entonces sentirá tu esclava tanto dolor y tanta emoción al llorar sobre tu cadáver, ¡que no podrá por menos de mearse en tu rostro frío y regar tu barba seca!»

Y el jeique acarició tranquilamente á su asno y siguió su camino, en tanto que el califa se dejaba caer de trasero en el límite de la convulsión y reventaba de risa al ver la cara de su visir, inmóvil y mudo de sorpresa, y á Abu-Nowas, que con un gesto paternal fingía felicitarle.

Al oir esta anécdota, se serenó de pronto el rey

Schahriar y dijo á Schahrazada: «¡Date prisa, Schahrazada, á contarme aún esta noche una anécdota que sea tan divertida como la anterior, por lo menos!» Y exclamó la pequeña Doniazada: «¡Oh Schahrazada, hermana mía, cuán dulces y sabrosas son tus palabras!» Entonces, tras una pausa corta, Schahrazada dijo:



El jovenzuelo y su maestro



Cuentan que el visir Badreddin, gobernador del Yamán, tenía un hermano que era un joven dotado de una belleza tan incomparable, que á su paso volvían la cabeza hombres y mujeres para admirarle y bañarse los ojos en sus encantos. Así es que, temeroso de que le sobreviniera alguna aventura considerable, el visir Badr le ténia cuidadosamente alejado de las miradas de los hombres y le impedía que se tratara con los jóvenes de su edad. Como no quería llevarle á la escuela por no poder vigilarle allí lo suficiente, hizo ir á la casa en calidad de maestro á un jeique venerable y piadoso, de costumbres notoriamente castas, y le puso entre sus manos. Y el jeique iba todos los días á ver á su discípulo, con el cual se encerraba algunas horas en una estancia que les había reservado el visir para dar las lecciones.

Al cabo de cierto tiempo, la belleza y los encantos del joven no dejaron de surtir su efecto habitual en el jeique, que acabó por quedar locamente prendado de su discípulo, y al verle sentía cantar á todos los pájaros de su alma, que despertaban con sus cánticos cuanto estaba dormido en él.

Así es que sin saber qué hacer para calmar su emoción, decidióse un día á participar al joven la turbación de su alma y le declaró que no podía ya pasarse sin su presencia. Entonces, muy conmovido por la emoción de su maestro, le dijo el joven: «¡Ay! bien sabes que tengo las manos atadas y que mi hermano vigila todos mis movimientos.» El jeique suspiró, y dijo: «¡Quisiera pasar solo contigo una velada!» El joven contestó: «¡Quién piensa en eso! Si durante el día me vigilan, ¡qué no será por las noches!» El jeique añadió: «Ya lo sé; pero la terraza de mi casa está contigua y al mismo nivel que la terraza de esta casa en que nos hallamos, y te sería fácil, cuando tu hermano se durmiera esta noche, subir sigilosamente allá, donde yo te esperaré y te llevaré conmigo, sin más que saltar la tapia divisoria, á mi terraza, en la que no vendrá nadie á vigilarnos.»

El joven aceptó la proposición, diciendo: «¡Escucho y obedezco!...»

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y el rey Schahriar se dijo: «¡En verdad que no la

mataré antes de saber lo que pasó entre ese jovenzuelo y su maestro!»



PERO CUANDO LLEGÓ LA 375.ª NOCHE

Dijo Schahrazada:

...El joven aceptó la proposición, y llegada la noche, fingió dormir, y cuando el visir se retiró á su estancia, subió él á la terraza, donde ya le esperaba el jeique, que en seguida le cogió de la mano y se dió prisa á conducirle á su terraza, en la que ya estaban dispuestas las copas llenas y las frutas. Se sentaron, pues, á la luz de la luna en la esterilla blanca, y con la inspiración propicia en la serenidad de la hermosa noche, se pusieron á cantar y á beber, en tanto que los dulces rayos del astro les iluminaban hasta el éxtasis.

Mientras dejaban transcurrir así el tiempo ellos, el visir Badr pensó, antes de acostarse, ir á ver á su hermano pequeño, y se sorprendió mucho al no encontrarle. Dedicóse á buscarle por toda la casa, y acabó por subir á la terraza y acercarse á la tapia divisoria; vió entonces á su hermano y al jeique con la copa en la mano, cantando sentados uno junto á otro. Pero el jeique también había tenido tiempo de verle avanzar desde lejos, y con un aplomo admirable interrumpió la canción que

estaba diciendo, para improvisar estos versos que cantó con el mismo motivo y sin cambiar de tono:

¡Me hace beber un vino mezclado con la saliva de su boca; y el rubí de la copa brilla en sus mejillas, que se coloran á la vez con la púrpura del pudor!

¿Qué nombre le daré? Su hermano se llama ya la Luna Llena de la Religión, y en verdad que nos alumbra como la luna en este momento. ¡Le llamaré, pues, la Luna Llena de la Belleza!

Cuando el visir Badreddin hubo oído estos versos, que contenían una alusión tan delicada con respecto á él, como era discreto y muy galante, y como tampoco veía que ocurriera nada inconveniente, se retiró, diciendo: «¡Por Alah! ¡No seré yo quien turbe su coloquio!» Y los otros dos llegaron á sentir una felicidad perfecta.

Y después de contar esta anécdota, Schahrazada se detuvo un instante, y dijo luego:



El saco prodigioso



Cuentan que el califa Harún Al-Rachid, atormentado una noche por uno de sus frecuentes insomnios, llamó á Giafar, su visir, y le dijo: «¡Oh Gia-

far! esta noche tengo extremadamente oprimido el pecho por el insomnio, y anhelo mucho ver cómo te arreglas para dilatármelo!» Giafar contestó: «¡Oh Emir de los Creyentes! tengo un amigo llamado Alí el Persa, que posee en su alforja una porción de historias deliciosas á propósito para borrar las penas más tenaces y calmar los humores irritados!» Al-Rachid contestó: «¡Venga, pues, á mi presencia al instante tu amigo!» Y Giafar le puso en seguida entre las manos del califa, que le hizo sentarse, y le dijo: «¡Escucha, Alí! Me han dicho que sabes historias capaces de disipar la pena y el fastidio, y hasta de procurar el sueño á quien sufre insomnio. ¡Deseo de ti una de esas historias!» Alí el Persa contestó: «Escucho y obedezco, ¡oh Emir de los Creyentes! ¡Pero no sé si debo contarte algo que haya oído con mis oídos ó algo que haya visto con mis ojos!» Al-Rachid dijo: «¡Prefiero una historia en que tú mismo intervengas!» Entonces dijo Alí el Persa:

«Un día estaba yo sentado en mi tienda vendiendo y comprando, cuando llegó un kurdo para ajustar conmigo algunos objetos; pero de pronto se apoderó de un saquito que había delante de mí, y sin tomarse el trabajo de ocultarlo quiso llevárselo, como si le perteneciese absolutamente desde que nació. Entonces me planté en la calle de un salto, le agarré por el faldón de su traje y le insté á que me devolviera mi saco; pero se encogió de

hombros, y me dijo: «¡Pero si este saco me pertenece con todo lo que tiene!» Entonces grité, en el límite de la sofocación: «¡Oh musulmanes, salvad de las manos de este descreído lo que es mío!» Al oir mis gritos, todo el zoco se agrupó á nuestro alrededor, y los mercaderes me aconsejaron que fuese á quejarme al kadí en el instante. Acepté, y me ayudaron á arrastrar á casa del kadí al kurdo que me robó mi saco.

Cuando estuvimos en presencia del kadí, nos mantuvimos de pie respetuosamente entre sus manos, y empezó por preguntarnos él: «¿Quién de vosotros es el querellante y de quién se querella?» Entonces, el kurdo, sin darme tiempo para abrir la boca, se adelantó algunos pasos y contestó: «¡Dé Alah su apoyo á nuestro amo el kadí! Este saco que tengo es mi saco, y me pertenece todo lo que contiene. ¡Lo había perdido, y acabo de encontrarlo delante de este hombre!» El kadí le preguntó: «¿Cuándo lo perdiste?» El otro contestó: «¡Durante el día de ayer, y su pérdida me impidió dormir toda la noche!» El kadí le dijo: «En ese caso, enumérame los objetos que contiene!» Entonces, sin dudar un instante, contestó el kurdo: «En mi saco ¡oh nuestro amo el kadí! hay dos frascos de cristal llenos de kohl, dos varillas de plata para extender el kohl, un pañuelo, dos vasos de limonada con el borde dorado, dos antorchas, dos cucharas, un almohadón, dos tapetes para mesa de juego, dos pucheros con agua, dos azafates, una

bandeja, una marmita, un depósito de agua de barro cocido, un cazo de cocina, una aguja gorda de hacer calceta, dos sacos con provisiones, una gata preñada, dos perras, una escudilla con arroz, dos burros, dos literas para mujer, un traje de paño, dos pellizas, una vaca, dos becerros, una oveja con dos corderos, una camella y dos camellitos, dos dromedarios de carrera con sus hembras, un búfalo y dos bueyes, una leona y dos leones, una osa, dos zorros, un diván, dos camas, un palacio con dos salones de recepción, dos tiendas de campaña de tela verde, dos doseles, una cocina con dos puertas, y una asamblea de kurdos de mi especie dispuestos á dar fe de que este saco es mi saco.»

Entonces se encaró conmigo el kadí y me preguntó...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 376.ª NOCHE

Ella dijo:

...Entonces se encaró conmigo el kadí y me preguntó: «¿Y qué tienes tú que contestar?»

Yo ¡oh Emir de los Creyentes! estaba estupe-

facto con todo aquello. Sin embargo, avancé un poco y contesté: «¡Eleve y honre Alah á nuestro amo el kadí! ¡Yo bien sé que en mi saco solamente hay un pabellón en ruinas, una casa sin cocina, un albergue para perros, una escuela de adultos, unos jóvenes que juegan á los dados, una guarida de salteadores, un ejército con sus jefes, la ciudad de Bassra y la ciudad de Bagdad, el palacio antiguo del emir Scheddad ben-Aad, un horno de herrero, una caña de pescar, una cayada de pastor, cinco buenos mozos, doce jóvenes intactas, y mil conductores de caravanas dispuestos á dar fe de que este saco es mi saco!»

Cuando el kurdo hubo oído mi respuesta, rompió á llorar y zollozar, y luego exclamó con la voz entrecortada por las lágrimas: «¡Oh nuestro amo el kadí! este saco que me pertenece es conocido y reconocido, y todo el mundo sabe que es de mi propiedad. ¡Encierra, además, dos ciudades fortificadas y diez torres, dos alambiques de alquimista, cuatro jugadores de ajedrez, una yegua y dos potros, un semental y dos jacas, dos lanzas largas, dos liebres, un mozo experto y dos mediadores, un ciego y dos clarividentes, un cojo y dos paralíticos, un capitán marino, un navío con sus marineros, un sacerdote cristiano y dos diáconos, un patriarca y dos frailes, y por último, un kadí y dos testigos dispuestos á dar fe de que este saco es mi saco!»

Al oir estas palabras se encaró conmigo el kadí

y me preguntó: «¿Qué tienes que contestar á todo eso?»

Yo ¡oh Emir de los Creyentes! me sentía cargado de rabia hasta las narices. Me adelanté, no obstante, algunos pasos y contesté con toda la calma de que era capaz: «¡Alah esclarezca y consolide el juicio de nuestro amo el kadí! ¡Debo añadir que en este saco hay, además, medicamentos contra el dolor de cabeza, filtros y hechizos, cotas de malla y armarios llenos de armas, mil carneros destinados á luchar á cornadas, un parque con ganados, hombres dados á las mujeres, aficionados á los muchachos, jardines llenos de árboles y de flores, viñas cargadas de uvas, manzanas é higos, sombras y fantasmas, frascos y copas, recién casados con todo el séquito de su boda, gritos y chistes, doce cuescos vergonzosos y otros tantos follones sin olor, amigos sentados en una pradera, banderas y pendones, una casada saliendo del hammam, veinte cantarinas, cinco hermosas esclavas abisinias, tres indias, cuatro griegas, cincuenta turcas, setenta persas, cuarenta cachemirienses, ochenta kurdas, otras tantas chinas, noventa georgianas, todo el país del Irak, el Paraíso terrenal, dos establos, una mezquita, varios hammams, cien mercaderes, una tabla de madera, un clavo, un negro que toca el clarinete, mil dinares, veinte cajones llenos de telas, veinte danzarinas, cincuenta almacenes, la ciudad de Kufa, la ciudad de Gaza, Damieta, Assuán, el palacio de Khosrú-Anuschirván

y el de Soleimán; todas las comarcas situadas entre Baikh é Ispahán, las Indias y el Sudán, Bagdad y el Khorassán; contiene, además (¡Alah persevere los días de nuestro amo el kadí!), una mortaja, un ataúd y una navaja de afeitar para la barba del kadí, si el kadí no quisiera reconocer mis derechos y sentenciar que este saco es mi saco!»

Cuando el kadí hubo oído todo aquello, nos miró y me dijo: «¡Por Alah! ó sois dos bribones que os burláis de la ley y de su representante, ó este saco debe ser un abismo sin fondo ó el propio Valle del Día del Juicio!»

Y para comprobar mis palabras, hizo al punto el kadí que se abriera el saco ante testigos. ¡Contenía unas cáscaras de naranja y unos huesos de aceituna!

Entonces, pasmado hasta el límite del pasmo, declaré al kadí que aquel saco pertenecía al kurdo, pero que el mío había desaparecido. Y me marché.»

Cuando el califa Harún Al-Rachid hubo escuchado esta historia, le tiró de espaldas la fuerza explosiva de su risa, é hizo un magnífico regalo á Alí el Persa. ¡Y aquella noche durmió con un profundo sueño hasta por la mañana!

Luego añadió Schahrazada: «Pero no creas ¡oh rey afortunado! que es menos deliciosa esta anécdota que aquella otra en que Al-Rachid se encuentra en un apu-

rado caso de amor.» Y preguntó el rey Schahriar: «¿Qué anécdota es esa que no conozco?» Entonces dijo Schahrazada:



Al-Rachid, justiciero de amor



Cuentan que una noche en que Harún Al-Rachid estaba acostado entre dos hermosas jóvenes que le gustaban por igual, y de las cuales una era de Medina y otra de Kufa, no quería expresar con la terminación final su preferencia por una en detrimento de la otra. Debía, pues, alcanzar tal premio la que hiciera más méritos para ello. Así es que la esclava de Medina empezó por cogerle las manos y se puso á acariciarle dulcemente, en tanto que la de Kufa, echada un poco más abajo, le frotaba los pies, aprovechándose de la ocasión para deslizar su mano hasta la mercancía de más arriba y sospesarla de cuando en cuando. Bajo la influencia de este tanteo delicado, la mercancía empezó de pronto á aumentar de peso considerablemente. Entonces se apresuró á apoderarse de ella la esclava de Kufa, y atrayéndola toda hacia sí, la ocultó entre sus manos; pero la esclava de Medina le dijo: «¡Ya veo que guardas el capital para ti sola y no piensas dejarme siquiera los intereses!» Y con un ademán rápido rechazó á su rival y se apoderó

del capital á su vez, oprimiéndolo cuidadosamente con las dos manos. Entonces la esclava defraudada, que estaba muy versada en el conocimiento de las tradiciones del Profeta, dijo á la esclava de Medina: «Yo soy quien debe tener derecho al capital, en virtud de estas palabras del Profeta (¡con él la plegaria y la paz!): «¡Quien hace revivir una tierra muerta, se convierte en su único propietario!» Pero la esclava de Medina, que no cedía la mercancía, no estaba menos versada en la Sunna que su rival de Kufa, y le contestó al punto: «El capital me pertenece en virtud de estas palabras del Profeta (¡con él la plegaria y la paz!) que nos fueron conservadas y transmitidas por Sofián: «¡La caza pertenece, no á quien la levanta, sino á quien la da alcance!»

Cuando oyó estas citas el califa, le parecieron tan justas, ¡que satisfizo por igual á ambas jóvenes aquella noche!

Luego añadió Schahrazada: «Pero ninguna de estas anécdotas ¡oh rey afortunado! vale tanto como aquella en que dos mujeres discuten para saber si en amor conviene dar la preferencia al joven ó al hombre maduro.



¿Para quién la preferencia? ¿Para el joven ó para el hombre maduro?



La anécdota siguiente nos la relata Abul-Aina. Dice:

«Un día había yo subido á mi terraza para tomar el aire, cuando oí una conversación de mujeres en la terraza contigua. Las que así charlaban eran las dos esposas de mi vecino, cada una de las cuales tenía un amante que la contentaba como no lo hacía el esposo viejo é impotente. Pero el amante de una era un hermoso joven, de lo más tierno aún y con las mejillas sonrosadas é imberbes, y el amante de la otra era un hombre maduro y peludo, de barba compacta y espesa. Y he aquí que sin saber que las escuchaban, mis dos vecinas discutían precisamente acerca de los méritos respectivos de sus enamorados. Decía una...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 377.ª NOCHE

Ella dijo:

...Decía una: «¡Oh hermana mía! ¿cómo puedes soportar la rudeza de la barba de tu amante cuando, al besarte, te frota con ella los senos y las espinas de su bigote te rozan las mejillas y los labios? ¿Qué haces para que no se te lastime y desgarre la piel cruelmente cada vez? Créeme, hermana mía; cambia de enamorado y haz lo que yo; búscate algún joven con un ligero vello en las mejillas deseables cual una fruta, con una carne delicada que se derrita en tu boca durante el beso. ¡Por Alah, que ya sabrá él compensar á tu lado su falta de barba con muchas otras cosas llenas de sabor!»

Al oir estas palabras, le contestó su compañera: «¡Qué tonta eres, hermana mía, y cómo careces de finura y buen sentido! ¿Acaso no sabes que el árbol sólo resulta hermoso cuando está lleno de hojas, y el cohombro sólo resulta sabroso con su pelusa y con todas sus asperezas? ¿Hay en el mundo algo más feo que un hombre imberbe y calvo como una cotufa? Has de saber que la barba y el bigote son para el hombre lo que para las mujeres son las trenzas de pelo. ¡Y tan notorio es, que Alah el Al-

tísimo (¡glorificado sea!) creó en el cielo especialmente á un ángel que no tiene otra ocupación que la de cantar alabanzas al Creador por haber dado barba á los hombres y dotado de cabellos largos á las mujeres! ¿A qué me hablas, pues, de elegir como enamorado á un joven imberbe? ¿Crees que consintiría yo en tenderme debajo de quien apenas se pone encima piensa en quitarse, apenas está en tensión piensa en aflojarse, apenas se une piensa en desatar el nudo, apenas se halla en su sitio piensa en abandonarlo, apenas adquiere consistencia piensa en derretirse, apenas erigido piensa en derruirse, apenas enlazado piensa en desligarse, apenas pegado piensa en despegarse, y apenas en funciones piensa en ceder? ¡Desengáñate, pobre hermana mía! ¡Nunca abandonaré al hombre que no se separa de la que enlaza, que cuando entra permanece en su sitio, cuando se vacía se llena otra vez, cuando acaba recomienza, cuando se mueve es excelente, cuando funciona es superior, cuando da es generoso y cuando empuja perfora!»

Al oir tal explicación, exclamó la mujer que tenía el amante imberbe: «¡Por el Dueño de la Kaaba santa, ¡oh hermana mía! que me hiciste entrar en ganas de probar al hombre barbudo!»

Luego, tras una corta pausa, dijo inmediatamente Schahrazada:



El precio de los cohombros



Un día en que el emir Moin ben-Zaida iba de caza, se encontró con un árabe que volvía del desierto montado en su borrico. Se puso delante de él, y después de las zalemas consiguientes, le preguntó: «¿Adónde vas, hermano árabe, y qué llevas envuelto tan cuidadosamente en ese saquito?» El árabe contestó: «Voy en busca del emir Moin para llevarle estos cohombros tempranos que me ha dado la primera recolección de mis tierras. ¡Como se trata del hombre más generoso que se conoce, estoy seguro de que me pagará mis cohombros á un precio digno de su esplendidez!» El emir Moin, á quien el árabe no había visto hasta entonces, le preguntó: «¿Y cuánto esperas que te dé por esos cohombros el emir Moin?» El árabe contestó: «¡Mil dinares de oro, por lo menos!» El emir preguntó: «¿Y si te dice que eso es mucho?» El otro contestó: «¡No le pediré mas que quinientos!»—«¿Y si te dice que es mucho?»—«¡Le pediré trescientos!»—«¿Y si te dice que es mucho?»—«¡Ciento!»—«¿Y si te dice que es mucho?»—«¡Cincuenta!»—«¿Y si te dice que es mucho?»—«¡Treinta!»—«¿Y si te dice todavía que es mucho?»—«¡Oh! ¡Entonces meteré

mi borrico en su harem y me daré á la fuga con las manos vacías!»

Al oir estas palabras, Moin se echó á reir y espoleó á su caballo para reunirse con su séquito y entrar en seguida en su palacio, donde dió orden á sus esclavos y á su chambelán para que dejaran entrar al árabe con sus cohombros.

Así es que cuando una hora más tarde llegó el árabe al palacio, el chambelán se apresuró á conducirle á la sala de recepción, donde le esperaba el emir Moin sentado majestuosamente en medio de la pompa de su corte y rodeado por sus guardias, que ostentaban la espada desnuda en la mano. Y he aquí que el árabe estuvo muy lejos de reconocer en él al jinete que había encontrado en el camino, y con el saco de cohombros en las manos esperó, después de las zalemas, á que el emir le interrogara. El emir le preguntó: «¿Qué me traes en ese saco, hermano árabe?» El otro contestó: «¡Confiando en la esplendidez de nuestro dueño el emir, le traigo los primeros cohombros tempranos que nacieron en mi campo!»—«¡Qué inspiración tan buena! ¿Y en cuánto estimas mi esplendidez?»—«¡En mil dinares!»—«¡Es mucho!»—«¡En quinientos!»—«¡Es mucho!»—«¡En trescientos!»—«¡Es mucho!»—«¡En ciento!»—«¡Es mucho!»—«¡En cincuenta!»—«¡Es mucho!»—«¡En treinta, entonces!»—«¡También es mucho!» Entonces exclamó el árabe: «¡Por Alah, que fué de mal augurio el encuentro que tuve antes, cuando vi en

el desierto aquel rostro de brea! ¡No, por Alah, ¡oh emir! no puedo dar mis cohombros en menos de treinta dinares!»

Al oir estas palabras, sonrió sin contestar el emir Moin. Entonces le miró el árabe, y al darse cuenta de que el hombre con quien se encontró en el desierto no era otro que el propio emir Moin, dijo: «¡Por Alah, ¡oh mi amo! haz que traigan los treinta dinares, porque tengo el borrico atado ahí á la puerta!» A estas palabras, el emir Moin rompió á reir de tal manera, que se cayó de trasero; é hizo llamar á su intendente y le dijo: «¡Es preciso contar inmediatamente mil dinares primero, luego quinientos, luego trescientos, luego ciento, luego cincuenta, y por último, treinta, para dárselos á este hermano árabe, con objeto de que se decida á dejar atado donde está á su borrico!» Y el árabe llegó al límite de la estupefacción al recibir mil novecientos ochenta dinares por un saco de cohombros. ¡Tanta era la esplendidez del emir Moin! ¡Sea por siempre con todos ellos la misericordia de Alah!

Después dijo Schahrazada:



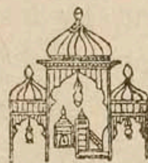
Cabellos blancos



Cuenta Aba-Suwaid:

«Un día entré en un huerto para comprar fruta, y he aquí que desde lejos vi sentada á la sombra de un albaricoquero á una mujer peinándose. Cuando me acerqué á ella, noté que era vieja y que estaban blancos sus cabellos; pero su rostro resultaba perfectamente gentil y su tez fresca y deliciosa. Al ver que me acercaba á ella no hizo ningún movimiento para taparse el rostro ni ningún ademán para cubrirse la cabeza, y continuó, sonriendo, en su tarea de alisarse los cabellos con su peine, que era de marfil. Me paré enfrente de ella, y después de las zalemas, le dije: «¡Oh vieja de edad, pero joven de rostro! ¿Por qué no te tiñes los cabellos y parecerías entonces una joven de verdad? ¿Á qué obedece el que no lo hagas?...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 378.ª NOCHE

Ella dijo:

»...¿Á qué obedece el que no lo hagas?» Levantó entonces ella la cabeza, me miró con los ojos muy abiertos, y me contestó con los versos siguientes:

¡Teñidos estuvieron antaño, pero desapareció su color y les queda el del tiempo!

¿Para qué teñirlos ahora, si cuando quiero puedo balancear mi grupa fastuosamente, y hacérmelo meter á capricho por delante ó por detrás?»

Y dijo luego Schahrazada:



La cuestión zanjada



Cuentan que el visir Giafar recibió en su casa una noche al califa Harún Al-Rachid y no escatimó nada para divertirle agradablemente. De pron-

to dijo el califa: «Giafar, he sabido que compraste para ti una esclava muy bella, en la que había puesto los ojos yo y que quise comprar para mí mismo. ¡Deseo, pues, que me la cedas por el precio que te convenga!» Giafar contestó: «No tengo la menor intención de venderla, ¡oh Emir de los Creyentes!» El califa dijo: «¡Entonces, ofrécemela como regalo!» Giafar contestó: «Tampoco tengo esa intención, ¡oh Emir de los Creyentes!» Entonces frunció las cejas Al-Rachid y exclamó: «¡Juro por los tres juramentos (1) que al instante me divorciaré de mi esposa Sett Zobeida, si no quieres consentir en venderme la esclava ó en cedérmela!» Giafar contestó: «¡Juro por los tres juramentos que al instante me divorciaré de mi esposa, madre de mis hijos, si consiento en venderte la esclava ó en cedértela!» Cuando hubieron hecho tal juramento ambos, comprendieron de pronto que habían ido demasiado lejos, cegados por los vapores del vino, y de común acuerdo se preguntaron qué medio emplearían para salir del apuro. Después de algunos instántes de perplejidad y reflexión, dijo Al-Rachid: «¡Para salir de este trance tan apurado, no tenemos más remedio que recurrir á las luces del kadí Abi-Yussuf, que tan versado está en la jurisprudencia del divorcio!» Enviaron á buscarle en seguida, y Abi-Yussuf pensó: «¡Cuando el califa

(1) Para más detalles acerca de este juramento, véase en el tomo VII la Historia de Grano de Belleza, escena del Desligador.

envía á buscarme á media noche, es porque en el Islam ocurre algún acontecimiento muy grave!» Luego salió de su casa á toda prisa, aparejó su mula, y dijo á su esclavo, que iba detrás de la mula: «¡Llévate el saco de forraje del animal, que no ha terminado su ración todavía, y no te olvides de colgárselo de la cabeza á nuestra llegada, para que siga comiendo!»

Cuando entró en la sala donde le esperaban el califa y Giafar, el califa se levantó en honor suyo y le hizo sentarse á su lado, privilegio que no concedía nunca mas que á Abi-Yussuf. Luego le dijo: «¡Te he llamado para un asunto de la mayor gravedad!» Y le explicó el caso. Entonces dijo Abi-Yussuf: «¡Pero si la solución es la cosa más sencilla del mundo!» Se encaró entonces con Giafar, y le dijo: «¡No tienes mas que vender al califa media esclava y regalarle la otra media!»

Esta solución entusiasmó en extremo al califa, que admiró toda su sutileza, porque á ambos los desligaba de su juramento, haciéndole beneficiarse con la esclava que anhelaba. Llamaron, pues, á la esclava, y dijo el califa: «No puedo esperar á que pase el tiempo reglamentario para la liberación definitiva que me permite tomar la esclava á su primer amo. Es preciso, pues, ¡oh Abi-Yussuf! que des también con el medio de lograr inmediatamente esa liberación.» Abi-Yussuf contestó: «¡La cosa es todavía más fácil! ¡Que hagan venir á un mameluco joven!» Al punto hicieron ir al mameluco

en cuestión, y dijo Abi-Yussuf: «Para que sea licita esta liberación inmediata, es necesario que la esclava esté casada legítimamente. ¡Voy, pues, á dársela en matrimonio á este mameluco, quien mediante una retribución se divorciará de ella antes de tocarla! Y solamente entonces ¡oh Emir de los Creyentes! podrá pertenecerte como concubina la esclava.» Y se encaró con el mameluco y le dijo: «¿Aceptas como esposa legítima esta esclava?» El otro contestó: «¡La acepto!» Entonces le dijo el kadí: «¡Ya estás casado! ¡He aquí ahora mil dinares para ti! ¡Divórciate de ella!» El mameluco contestó: «Ya que me casé legítimamente, quiero permanecer casado, porque me gusta la esclava!»

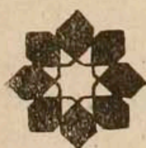
Al oir esta respuesta del mameluco, el califa frunció las cejas con cólera, y dijo al kadí: «¡Por el honor de mis antepasados, que la solución que buscaste va á llevarte á la horca!» Pero Abi-Yussuf dijo sonriendo: «¡No se preocupe nuestro dueño el califa de la respuesta de este mameluco, y convénzase de que es más fácil que nunca la solución ahora!» Luego añadió: «Solamente has de permitirme ¡oh Emir de los Creyentes! que me conduzca con este mameluco como si fuera un esclavo mío.» El califa le dijo: «¡Te lo permito! ¡Es tu esclavo y tu propiedad!» Entonces Abi-Yussuf se encaró con la joven y le dijo: «¡Te regalo este mameluco y te le doy como esclavo comprado! ¿Le aceptas así?» Ella contestó: «¡Le acepto!» Abi-Yussuf exclamó: «En ese caso, queda anulado el matrimonio que

acaba de contraer contigo. ¡Y ya estás desligada de él! ¡Así lo ordena la ley del matrimonio! ¡He sentenciado!»

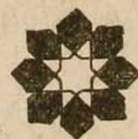
Al oir esta sentencia, Al-Rachid se irguió sobre ambos pies y exclamó, en el límite de la admiración: «¡Oh Abi-Yussuf, no tienes par en el Islam!» E hizo que le entregaran una gran bandeja llena de oro y le rogó que la aceptase. El kadí dió las gracias al califa; pero no supo cómo llevar consigo todo aquel oro. De pronto se acordó del saco de la mula, en el que cabía un celemín, y tras de mandar por él, vació allí todo el oro de la bandeja y se marchó.

Esta anécdota nos demuestra que el estudio de la jurisprudencia hace ricos á los hombres. ¡Sea, pues, con todos ellos la misericordia de Alah!

Luego dijo Schahrazada:



Abu-Nowas y el baño de Sett Zobeida



Cuentan que el califa Harún Al-Rachid, que amaba con un amor extremado á su esposa y prima Sett Zobeida, había hecho construir, en un jardín reservado para ella sola, un estanque de agua

rodeado por un bosquecillo de árboles frondosos, donde podía bañarse sin exponerse nunca á las miradas de los hombres y á los rayos del sol, pues el follaje era impenetrable.

Y he aquí que un día que hacía mucho calor, Sett Zobeida fué al bosquecillo completamente sola, se desnudó del todo al borde del estanque y se metió en el agua. Pero no sumergió mas que sus piernas hasta las rodillas, porque la daba miedo el escalofrío que produce el agua al sumergirse de una vez, y además, porque no sabía nadar. Pero con un jarro que había traído se vertía en los hombros agua pocc á poco, estremeciéndose con la caricia húmeda de su frescura.

El califa, que la había visto encaminarse al estanque, la siguió sigilosamente, y amortiguando sus pisadas, llegó cuando ella estaba ya desnuda. Á través de las hojas se puso él á observar y admirar la desnudez de su esposa, blanca sobre el agua. Como tenía la mano apoyada en una rama, la rama rechinó de pronto, y Sett Zobeida...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 379.ª NOCHE

Ella dijo:

...la rama rechinó de pronto y Sett Zobeida se volvió asustada, llevándose las dos manos á su historia, para sustraerla á las miradas, con un gesto instintivo. Por cierto, que la historia de Sett Zobeida era cosa tan considerable, que no podían ocultarla mas que á medias las dos manos; y era aquella historia tan gruesa y tan escurridiza, que Sett Zobeida no logró retenerla, y se le escapó por entre los dedos y apareció en toda su gloria á la vista del califa.

Al-Rachid, que hasta entonces no tuvo ocasión de observar al aire libre y al natural la historia de su prima, quedó maravillado y á la vez estupefacto de su enormidad y de su fastuosidad, y se apresuró á alejarse furtivamente como había venido. Pero aquel espectáculo despertó la inspiración en él, que se sintió dispuesto á improvisar. Siguiendo un ritmo ligero, empezó por componer el verso siguiente:

¡En el baño vi la plata cándida!...

Pero en vano siguió torturándose el espíritu

para construir otros ritmos, porque no sólo no consiguió acabar el poema, sino que ni siquiera hizo otro verso que rimase; y se puso muy triste, y sudaba repitiendo: *¡En el baño vi la plata cándida!...* y no salía del apuro. Entonces se decidió á llamar al poeta Abu-Nowas, y le dijo: «Vamos á ver si compones un poema corto, cuyo primer verso sea: *¡En el baño vi la plata cándida!...*» Entonces, Abu-Nowas, que también había merodeado por los alrededores del estanque y observado toda la escena consabida, contestó: «¡Escucho y obedezco!» Y ante la estupefacción del califa, improvisó en seguida los siguientes versos:

¡En el baño vi la plata cándida, y mis ojos se embriagaron de leche!

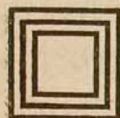
¡Una gacela cautivó mi alma á la sombra de sus caderas, mientras su historia se escurría entre sus dedos juntos!

¡Oh! ¿por qué no pude convertirme en onda, para acariciar aquella delicada historia escurridiza, ó convertirme en pez durante una hora ó dos?

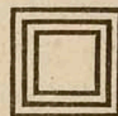
El califa no intentó averiguar cómo se había arreglado Abu-Nowas para dar á sus versos una significación tan exacta, y le recompensó espléndidamente para demostrarle su satisfacción.

Luego añadió Schahrazada: «Pero no creas ¡oh rey afortunado! que esta sutileza de ingenio de Abu-Nowas

era menos admirable que su encantadora improvisación en la anécdota que vas á oir.



Abu-Nowas improvisa



Presa de un insomnio tenaz, el califa Harún Al-Rachid se paseaba una noche por las galerías de su palacio, cuando se encontró con una de sus esclavas, á la cual amaba en extremo, que se dirigía al pabellón reservado para ella. La siguió y penetró en el pabellón detrás de la joven. La cogió entonces en brazos y se puso á acariciarla y á juguetear con ella de tal modo, que cayó el velo que la envolvía y la túnica también se escurrió de sus hombros.

Al ver aquello se encendió el deseo en el alma del califa, que al instante quiso poseer á su bella esclava; pero se excusó ella, diciendo: «Por favor, ¡oh Emir de los Creyentes! dejemos la cosa para mañana, porque no esperaba el honor de tu visita y no estoy preparada. ¡Pero mañana, si Alah quiere, me encontrarás toda perfumada y embalsamarán la cama mis jazmines!» Entonces no insistió Al-Rachid y volvió á pasearse.

Al día siguiente, á la misma hora, envió á Massrur, jefe de sus eunucos, para que previniera

á la joven de su visita proyectada. Pero precisamente la joven había tenido durante el día un principio de fatiga, y como se sentía floja y peor dispuesta que nunca, se limitó á citar por toda respuesta á Massrur, que la recordaba su promesa de la víspera, este proverbio: «¡El día borra las palabras de la noche!»

En el momento en que Massrur transmitía al califa las palabras de la joven, entraron los poetas Abu-Nowas, El-Rakaschi y Abu-Mossab. Y el califa se encaró con ellos y les dijo: «Improvisadme al instante cada uno de vosotros algunos ritmos donde se pongan en juego estas frases: «¡El día borra las palabras de la noche!»

Entonces dijo primeramente El-Rakaschi:

Guárdate, corazón mío, de una hermosa niña inflexible que no gusta de hacer ni recibir visitas, que promete una cita sin acudir á ella, y se excusa diciendo: «¡El día borra las palabras de la noche!»

Luego se adelantó Abu-Mossab, y dijo:

¡A toda velocidad vuela mi corazón, y ella se burla de su ardor! ¡Mis ojos lloran, y se abrasan de deseo por ella mis entrañas; pero ella se limita á sonreir! Y si la recuerdo su promesa, me responde: «¡El día borra las palabras de la noche!»

Abu-Nowas se adelantó el último, y dijo:

¡Oh, cuán linda estaba en su turbación aquella noche, y qué encanto tenía su resistencia!

¡El viento embriagado de la noche balanceaba lentamente la rama de su talle y su pesada grupa ondulante, y también plegábase su busto, en el que apuntaban las dos leves granadas de sus senos!

¡Con jugueteos amables, con caricias enardecidas, hice escurrirse el velo que ostentaba, y de sus hombros ¡oh redondez de perlas! se escurrió la túnica también!

¡Y apareció medio desnuda entonces, surgiendo de la ropa que la rodeaba cual surge de su cáliz una flor!

¡Como la noche corría ante nosotros su cortina de sombras, quise ser más audaz á la sazón; y le dije: «¡Coronemos el acto!»

Pero ella contestó: «¡Mañana seguiremos!»

Fuí á ella al día siguiente, y le dije: «¡Cumple tu promesa!» Se echó á reir y me contestó: «¡El día borra las palabras de la noche!»

Al oir tan diversas improvisaciones, Al-Rachid hizo que dieran una fuerte suma de plata á cada uno de los poetas, exceptuando á Abu-Nowas, á quien ordenó que condenaran á muerte al instante, exclamando: «¡Por Alah, tú estás de acuerdo con esa joven! De no ser así, ¿cómo pudiste hacer una descripción tan exacta de una escena que presencié yo solo?» Abu-Nowas se echó á reir y contestó: «¡Nuestro dueño el califa olvida que el ver-

dadero poeta sabe adivinar en lo que se le dice aquello que se le oculta! Y por cierto que nos pintó excelentemente el Profeta (¡con él la plegaria y la paz!) cuando dijo hablando de nosotros: «Los poetas van como insensatos por todos los caminos. ¡Sólo les guían su inspiración y el demonio! ¡Y cuentan y dicen cosas que no hacen!»

Ante tales palabras, no quiso Al-Rachid profundizar más en este misterio, y después de perdonar á Abu-Nowas, le dió una suma doble de la recibida por los otros dos poetas.

Cuando el rey Schahriar hubo oído esta anécdota, exclamó: «¡No, ¡por Alah! no sería yo quien perdonase á ese Abu-Nowas, y habría profundizado en aquel misterio y hubiera hecho que cortaran la cabeza á ese pillo! ¡No quiero, Schahrazada, que me hables más de ese canalla que no respetaba á califas ni á leyes! ¿Lo oyes bien?» Y dijo Schahrazada: «Entonces, ¡oh rey afortunado! voy á contarte la anécdota del asno.»



El asno



Un día, un buen hombre entre esos hombres que parecen llamados á que se burlen de ellos los demás, iba por el zoco, llevando detrás de él á su asno atado con una sencilla cuerda que servía de

cabestro al animal. Le divisó un ladrón muy experimentado, y resolvió robarle el asno. Participó su proyecto á uno de sus compañeros, que hubo de preguntarle: «Pero ¿cómo te vas á arreglar para no llamar la atención del hombre?» El otro contestó: «¡Sígueme y ya verás!...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 380.ª NOCHE

Ella dijo:

...«¡Sígueme y ya verás!» Se acercó entonces por detrás al hombre, y con mucho cuidado quitó el cabestro al asno, se le puso él mismo, sin que el hombre notase el cambio, y echó á andar como una acémila, mientras su compañero se alejaba con el asno que habían libertado.

Cuando estuvo seguro el ladrón de que el burro iba ya lejos, detuvo su marcha bruscamente, y sin volverse, intentó el hombre obligarle á marchar, tirando de él. Pero al sentir aquella resistencia, se volvió para regañar al borrico, y vió sujeto con el cabestro al ladrón en lugar del animal y mirándole con aspecto humilde y ojos implorantes. Se quedó

tan estupefacto, que permaneció inmóvil frente al ladrón; y al cabo de un momento, pudo por fin articular algunas sílabas y preguntar: «¿Quién eres?» El ladrón exclamó con voz lacrimosa: «¡Soy tu asno, oh amo mío! ¡Pero mi historia es asombrosa! Porque has de saber que en mi juventud era yo un bribón dado á toda clase de vicios vergonzosos. Un día entré completamente borracho y repugnante en casa de mi madre, la cual, al verme, sin poder dominar su ira, me colmó de reproches y quiso echarme de la casa. Pero yo la rechacé y hasta la pegué, influído por mi borrachera. Entonces, indignada ante mi conducta para con ella, mi madre me maldijo, y el efecto de su maldición fué variar repentinamente de forma y convertirme en borrico. A la sazón ¡oh amo mío! me compraste por cinco dinares en el zoco de los burros, y me has tenido todo este tiempo, y te he servido como animal de carga, y me pinchabas en la grupa cuando, rendido ya, me negaba yo á andar, y lanzabas contra mí mil juramentos que no me atreveré á repetir nunca. ¡Eso es todo! ¡Y no podía yo quejarme porque me faltaba el don de la palabra, y lo más que hacía á veces, aunque raramente, era recurrir al cuesco para reemplazar así el lenguaje de que carecía! Por último, sin duda ha debido recordarme con agrado hoy mi madre, y debió entrar la piedad en su corazón é incitarla á implorar para mí la misericordia del Altísimo. ¡Porque indudablemente obedece á esta misericordia el que ahora

haya yo vuelto á mi primitiva forma humana, ¡oh amo mío!»

Al oir estas palabras, exclamó el pobre hombre: «¡Oh semejante mío, perdóname mis yerros para contigo, ¡por Alah sobre ti! y olvida los malos tratos que te hice sufrir sin darme cuenta! ¡No hay recurso mas que en Alah!» Y se apresuró á quitar el ronzal que sujetaba al ladrón, y se fué muy arrepentido á su casa, donde pasó la noche sin poder pegar los ojos, de tantos remordimientos y pena como sentía.

Algunos días después, fué el pobre hombre al zoco de los burros para comprarse otro asno; ¡y cuál no sería su sorpresa al encontrar en el mercado á su primer borrico con el aspecto que tenía antes de su transformación! Y pensó: «¡Sin duda debió el bribón cometer ya algún otro delito!» Y se acercó al asno, que se había puesto á rebuznar al reconocerle, se inclinó á su oreja y le dijo con todas sus fuerzas: «¡Oh bribón incorregible! has debido ultrajar y pegar otra vez á tu madre, para transformarte de nuevo en borrico! Pero ¡por Alah! no seré yo quien vuelva á comprarte!» Y le escupió furioso en la cara, y se fué á comprar otro asno notoriamente conocido como hijo de padre y madre pertenecientes á la especie de los asnos.

Y Schahrazada dijo todavía aquella noche:



El flagrante delito de Sett Zobeida



Cuentan que el Comendador de los Creyentes, Harún Al-Rachid, entró un día á dormir la siesta en las habitaciones de su esposa Sett Zobeida, y ya iba á echarse, cuando notó precisamente en mitad del lecho una extensa mancha, fresca todavía, de cuyo origen no podía dudarse. Al ver aquello, se ennegreció el mundo ante el califa, que llegó al límite de la indignación. Hizo llamar al punto á Sett Zobeida, y con los ojos inflamados de cólera y temblándole la barba, le dijo: «¿De qué es esa mancha que hay en nuestro lecho?» Sett Zobeida acercó la cabeza á la mancha consabida, la olió y dijo: «Es de licor de hombre, ¡oh Emir de los Creyentes!» Conteniendo á duras penas el estallido de su cólera, exclamó él: «¿Y puedes explicarme la presencia de ese líquido aún tibio en un lecho donde no me he acostado contigo desde hace más de una semana?» Ella exclamó muy conmovida: «¡La fidelidad sobre mí y alrededor de mí, ¡oh Emir de los Creyentes! ¿Acaso me acusas de fornicación?» Al-Rachid dijo: «Tanto te acuso, que ahora mismo voy á hacer venir al kadí Abi-Yussuf para que examine la cosa y me dé su parecer acerca de ella. ¡Y te juro por el honor de mis antecesores ¡oh hija

de mi tío! que no retrocederé ante nada si el kadí te declara culpable!»

Cuando llegó el kadí, Al-Rachid le dijo: «¡Oh Abi-Yussuf, dime qué puede ser esa mancha!» El kadí se acercó al lecho, puso el dedo en la mancha, se lo llevó luego á la altura de los ojos y de la nariz, y dijo: «¡Es licor de hombre, ¡oh Emir de los Creyentes!...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 381.ª NOCHE

Ella dijo:

...«¡Es licor de hombre, ¡oh Emir de los Creyentes!» El califa preguntó: «¿Y cuál puede ser su origen inmediato?» Muy perplejo y sin querer afirmar una cosa que le hubiera atraído la enemistad de Sett Zobeida, el kadí se puso á mirar al techo como si reflexionase, y divisó en una grieta el ala de un murciélago que se había metido allí. Y le iluminó el entendimiento una idea salvadora, y dijo: «¡Dame una lanza, ¡oh Emir de los Creyentes!» El califa le entregó una lanza, y Abi-Yussuf pinchó con ella al murciélago, que hubo de caer

pesadamente. Entonces dijo el kadí: «¡Oh Emir de los Creyentes! Los libros de medicina nos enseñan que el murciélago tiene un licor que se parece de un modo asombroso al del hombre. ¡Sin duda que el delito lo cometió él mirando á Sett Zobeida dormida! ¡Ya ves que acabo de castigarle con la muerte!»

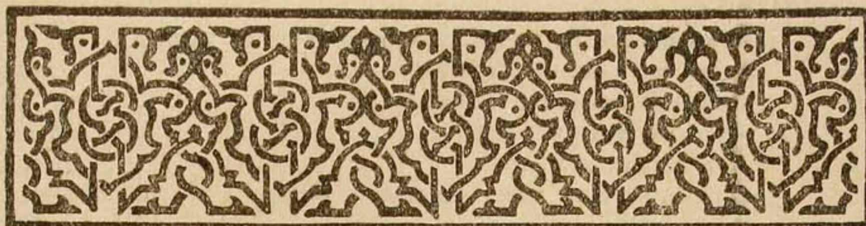
Aquella explicación satisfizo completamente al califa, que sin dudar ya de la inocencia de su esposa, colmó de presentes al kadí en prueba de gratitud. Y por su parte, Sett Zobeida, en el límite del júbilo, le hizo suntuosos regalos y le invitó á quedarse con ella y el califa para comerse algunos frutos y primicias que les habían llevado. El kadí se sentó en la alfombra entre el califa y Sett Zobeida, y Sett Zobeida mondó un plátano y le dijo, ofreciéndoselo: «En mi jardín tengo otras frutas raras en esta época del año; ¿las prefieres á los plátanos?» El kadí contestó: «Tengo por norma ¡oh mi señora! no sentenciar nunca acerca de lo que no conozco. ¡Es preciso, pues, que vea esas primicias para compararlas con estas primicias y dar luego mi opinión sobre sus respectivas excelencias!» Sett Zobeida hizo que cogieran las primicias de su jardín y se las trajeran en seguida, y cuando las probó el kadí, le preguntó: «¿Qué frutas prefieres ahora?» El kadí sonrió con suficiencia, miró al califa, después á Sett Zobeida, y les dijo: «¡Por Alah, que es muy difícil la respuesta! ¡Porque si prefiero una de estas frutas, condenaré la

otra, y me expongo así á la indigestión que el rencor de esta última me ocasionaría!»

¡Y al oir semejante respuesta, Al-Rachid y Sett Zobeida se echaron á reir de tal modo, que se cayeron de espaldas!

Y como Schahrazada notó por ciertos indicios que el rey Schahriar parecía condenar sin misericordia á Sett Zobeida, culpándola á ella sola del delito, se apresuró á contarle, para distraerle, la siguiente anécdota:





INDICE

Páginas

